

A. R. CID



SKJALDMÖ



FORJADA EN
ACERO VIKINGO

FORJADA EN
ACERO VIKINGO

A. R. CID

Copyright © 2021 A. R. Cid Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos descritos en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no ha sido intencionada.

Ningún fragmento de este libro puede ser reproducido, almacenado en un sistema de recuperación o transmitido de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación o de otro modo, sin el permiso expreso por escrito de la autora.

Si quieres leer mis libros están a buen precio y escribirlos ha llevado trabajo, valóralo... NO a la piratería.

Diseño de portada por: A. R. Cid

Editor: A. R. Cid

Es hora de soñar.

Porque sin ellas, mis lectoras, nada de esto sería posible.

Mencionaré a algunas de esas personitas tan importantes para mí.

Un beso enorme a todos.

Mari Carmen Olaya Millana, Ana De La Cruz Peña, Cuchumaria Gs, Ana María Ortiz, Izaskun Maguregui, M Sol Zazo, Pepi Morales Serrano, Mercedes Toledo López, Olga LB, Eva Olivera Comitre, Encar Tessa, Toñi Jiménez Ruiz, Yazmin Morales Vázquez, Manolita Gasalla Riera, Anna Fernández, Mary Rz Ga, Ana María Padilla Rodríguez, Mar Serrano del Cid, Tontería Las Justas, Manoli Romero Martínez, Carmen Lorente Muñoz, Rosa Cortes, Silvia Sandoval, Teresa Sarralde Edo, Sonia Rodríguez, Ana María Ortiz, Laly Romlla, María Teresa De Jesús Piñón Esquivel, David Álvarez Sánchez, Sandra González Cabanillas, Sandry Illán, Maritza Buitron, Carolina Pedrero, Itziar Martínez López, Carmen Marin Varela, Ingrid Mason, Mari Carmen, Victoria Alonso N, Mari Carmen Agüera Salazar, Almudena Valera, Mai Del Valle, Mariola Serrano, Yesica Garzón, Noemi Casco, Vanessa López Sarmiento, Leydis Sabala, Carolina Pérez, Karyna Campero Ramírez, Carmen L. Scott, María Li Chen, Laura García García, María Giraldo, Evelyn Tabarez, Beatriz Mariscal, Cinthia Hdz, Mary Iglesias y Jenny Hugo Jenny Díez.

Índice

ÍNDICE

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[SEIS MESES DESPUÉS](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

Prólogo

El invierno siempre había sido su estación favorita.

Eyra se sentía reflejada en la crudeza de sus temperaturas, en la crueldad que podías hallar en la blanca nieve que cubría el bosque.

Los árboles apenas soportaban el peso y se plegaban ante la joven, los animales estaban escondidos y la convertían en la única inconsciente que allí se encontraba.

Alzó los ojos azules eufórica, deseando forzar sus músculos todavía más, furiosa en el fondo. No sabía qué le pasaba, no quería pensar en ello.

Se dejó caer sobre una piedra y estiró los dedos, recordando la primera vez que se había visto forzada a cruzar la línea. Ese instante que debía convertirla en una verdadera guerrera y que la transformó en un fantasma huraño que apenas soportaba la presencia de otras personas.

“Siempre has sido una asesina. ¿Acaso lo has olvidado?” La voz de su abuelo inundó su cabeza.

—Solo era una niña. Tú me obligaste a hacerlo... —gimoteó Eyra, sin atreverse a alzar la voz contra el fantasma de quien tanto daño le había causado.

En la aldea todos festejaban. Bebían y comían en honor a los vencedores, disfrutando de un botín maldito. Sin embargo, eran sus preguntas y comentarios para los que ella no estaba preparada. Ellos esperaban una gran historia, palabras que ensalzarían las hazañas de su pueblo sin comprender que lo que Eyra había visto era solo oscuridad y dolor, tristeza y lágrimas, que dejaban sobre su piel una ponzoñosa sensación.

¿Por qué había elegido ir?

Ya no había marcha atrás.

“He protegido a mi pueblo, a mis hermanos”, se dijo Eyra. ¿Por qué entonces no había sido capaz de volver a levantar la espada desde esa incursión? Ahora prefería correr, saltar los arroyos y alejarse tanto como podía, hasta que la proximidad de la noche la obligaba a regresar. El orgullo que los ojos de los suyos le mostraban era el peor de los venenos.

“Jamás podré olvidarlo”, comprendió Eyra, ahogándose en un sollozo que no permitió salir. Ella no lloraba, no caía, no se rendía.

Fue el silencio sepulcral que ahora prefería el que la ayudó a escuchar lo que estaba demasiado lejos. Aunque puede que fuera su instinto, lo cierto era que giró la cabeza y miró en dirección a su pueblo sin saber qué era lo que buscaba.

Una columna negra se alzó buscando las blancas nubes.

“No se atreverían”, ni siquiera ella fue capaz de creerse tamaña mentira. ¿No se atreverán? La venganza era un sentimiento poderoso que confería fuerzas a quienes ya habían sido derrotados. Solo un pueblo los odiaba lo suficiente, perdió unos valiosos segundos ante la

sensación de que se lo merecían.

Entonces, ¿por qué corría?

Era sencillo, puede que mereciera morir, mas eso no implicaba que fuera a permitir que acabasen con los que apreciaba, que permitiera que colocasen unas cadenas en sus muñecas y convirtieran sus vidas en un infierno permanente.

La aldea era un caos cuando llegó. Rostros con marcas de guerra perseguían a otros que buscaban cómo defenderse. No quiso reconocer a nadie, cerró los ojos con fuerza mientras llegaba a su choza y buscaba a una vieja amiga que nunca creyó que volvería a empuñar.

“Son tiempos de guerra”, solía comentar su abuela cuando se sentaba frente al mar en verano. Para ella siempre lo eran y, lo cierto, era que rara vez se equivocaba cuando se aventuraba a discernir lo que el futuro les había preparado.

—Y para que la paz llegue es preciso dar un tributo a Tyr —soltó Eyra, disculpándose cuando se plantó ante un hombretón y flexionó las piernas—. Supongo que de poco valdrá que trate de negociar.

—Os arrancaremos la cabeza a todos. No habrá prisioneros —prometió el guerrero, sediento por la sangre de sus enemigos. Sus pupilas eran tan diminutas que Eyra dudaba que pudiera verla, estaba perdido en otro lugar y otro tiempo. No por eso era menos peligroso.

—Lamento esa decisión. Nunca fue mi intención arrancar más vidas.

—¿Tú? —escupió el hombretón lanzando el hacha sobre su cabeza. Golpe que esquivó de tal forma que parecía bailar, sus pies se movían con tanta habilidad que ella no tenía que pensar cómo, permitir que su instinto tomase el control era suficiente —Deja de correr, de nada te servirá.

—Estoy segura. Llevo escapando de quien soy años y, aquí nos hallamos. Mis pecados me escupen de frente. —Sonrió con los labios, sin que el gesto llegase a sus ojos. Su interior estaba tan helado como el bosque que había dejado atrás, eso no impedía que un fuego explotase en sus músculos cuando la espada estaba en su mano—. Estoy destinada a ser una asesina.

El guerrero era inmenso y sus movimientos lentos. Ella buscaba herir y fue a por su gemelo, apuntó a sus piernas sabiendo que había muchos otros a los que debía detener.

Rápida y eficiente, tanto que se detuvo tras cuatro cuerpos caídos sin recordar cómo había llegado tan lejos. Su cerebro desconectaba como si pelear fuera todo cuanto necesitase, como si fuera ella misma arrancándose las cadenas, cadenas que su conciencia trataba de grabar a fuego en un alma negra como la noche misma.

Era ella y no quería serlo. No quería sonreír al demostrar que podía doblegarlos, no quería ulular cuando corría ni cerrar los ojos de placer cuando el viento movía su pelo y refrescaba su piel.

Viva, se sentía viva.

Gritos, promesas, amenazas y ruegos. ¿Para qué? Eso no cambiaría nada. Los enemigos no se rendirían y ellos no dejarían de luchar por sobrevivir.

Algo le llamó la atención, hizo girar la espada en su mano mirando hacia el norte sin

comprender por qué ese hombre atraía sus ojos.

Un paso, dos pasos, tres pasos... Llegó hasta la esquina y esquivó un golpe mortal. Giró sobre sí misma y aprovechó la nieve para cegar a alguien, que gruñó furioso haciendo que los ojos verdes, de quien tanto le había llamado la atención, virasen a su persona.

“Hermoso...” Eyra retuvo el aire que pugnaba por salir de sus pulmones. Él estaba cubierto por sangre, sangre de los suyos. Debía matarlo... “¿Por qué?”

—¿Una mujer? —se carcajeó Snorri, alzando la ceja derecha. ¿Debía sentirse insultada? Ella lo miró con más curiosidad— ¿Ahora mandan a las mujeres a protegerlos?

Eyra miró a su alrededor buscando a la joven débil que él parecía estar observando, desde luego no se sentía identificada.

Se señaló a sí misma con la empuñadura de la espada y volvió a hacerla girar, un gesto que demostraba su nerviosismo y, al mismo tiempo, lo bien que se desenvolvía con ella. Era un apéndice más.

—Debo detenerte —se dijo, ¿o se lo había dicho a él? ¿Importaba? —No te mataré.

—¿Estás loca? —inquirió él, pareciera verdaderamente interesado en la respuesta a dicha pregunta.

Se habrían pasado horas mirándose si el grito que rasgó el aire no perteneciera a Lena.

Él estaba en el medio, lo convirtió en un hermoso estorbo.

Atacó cegada, sintiendo la prisa espoleando sus movimientos. Gritó dándole fuerza a sus golpes, haciendo que las espadas chocasen de tal forma que Snorri acabó retrocediendo.

—Me da pena terminar tan rápido —soltó ella.

—¿Qué?

Ella le golpeó las costillas, él se giró y ella se coló en el hueco que había dejado entre su cuerpo y la espada.

>> ¿Cómo?

—Quizás no sea justo —le concedió Eyra, atizándole en la muñeca con saña para desarmarlo—. Vencer no tiende a serlo.

Snorri no iba a rendirse con facilidad, un segundo grito hizo que la verdadera asesina saliera del interior de Eyra. Puede que no le gustase, que no quisiera que el brillo metálico que ahora refulgía en sus iris la definiera, pero lo hacía.

Giró y golpeó su mentón, viendo que él no llegaba a caer hizo lo que consideró necesario y hundió la espada en su costado. No quiso fijarse en el tono carmesí del líquido que escapó de tan glorioso cuerpo masculino.

>> Lo lamento. —Inclinó la cabeza a modo de disculpa, con el rostro sucio y los ojos azules brillando en el centro. El sudor, la sangre y el barro había creado una máscara sobre sus rasgos que sobrecogía a aquellos con los que se cruzaba, aunque no habrían de reconocerlo—. No morirás.

Fue lo último que le dijo antes de llegar hasta la plaza del pueblo y hallar a un vikingo

rasgando las faldas de su amiga. Ella se defendía y se escurría de sus manos, buscaba arrastrarse lejos sin lograrlo.

Lena había peleado, pero eran dos los que la cercaban y no tuvo ninguna oportunidad. Ahora ambos esperaban turnarse sobre ella, su cara de terror no los detendría. La odiaban, odiaban a todo su pueblo y cada lágrima que descendía por sus mejillas era un bálsamo para las heridas de ellos.

“Nunca terminará”, suspiró triste Eyra.

>> Soltadla —dijo Eyra con pena, apatía incluso—. Ella no tiene la culpa, fui yo una de las que os atacó. ¿No deseáis venganza?

Se giraron y recogieron sus armas. No se habían olvidado de Lena, solo posponían la celebración.

—Zorra —escupió uno.

—Te mataremos a palos —prometió el otro.

Ella no los escuchaba, solo se preguntaba si, quizás, sería mejor acabar con todos para evitar más muertes futuras. ¿Tenía sentido? ¿Había alguna otra forma de hacerlo?

No mataría, no lo haría. Era la única verdad que sentía grabada a fuego en su piel.

Ellos querían sangre y la sangre regó la blanca e impoluta nieve. Ella se mordió el labio y gimió triste cuando cayeron inconscientes.

—Hemos vencido —escuchó que decían a lo lejos.

—Encadenadlos a todos —ordenó el jarl Thorir, mientras se apretaba la herida del vientre.

—¿Qué van a hacerles? —preguntó Eyra mirando el cielo, lanzando la pregunta con miedo, sin querer intervenir, mas sin poder evitarlo. El rostro de Snorri acudió a ella llevado por el helado viento, la noche se acercaba y la nada regresaba al centro de su pecho— ¿Los matarán?

—No es el momento de pensar en eso —atajó el jarl.

—Debo pedir algo. —Eyra se giró y miró a su tío con los hombros caídos, comprendiendo que había vuelto a fallar a una promesa. Miró su mano, la espada que ahí descansada. “No volveré a empuñarla y menos en nombre de un asesino”, habían sido sus palabras.

—Eyra, ¿te encuentras bien? —Su tono preocupado fue insultante para ella, que apretó los dientes.

—Quiero a ese hombre. —El jarl iba a intervenir, ella alzó la mano dejándolos a todos sin habla. Nadie podía explicar la fuerza de Eyra, ni su determinación, ni por qué cuando ella hablaba el resto no podía hacer otra cosa que callar y aceptar sus palabras como verdades inevitables—. Es mío —recalcó.

Capítulo 1

Estaba amaneciendo cuando Snorri abrió los ojos.

Los rayos de sol se estiraban sobre la nieve, la niebla le daba un aspecto melancólico al poblado, que apenas conservaba algunas señales de lo que allí había ocurrido unas horas antes.

—Al fin abres los ojos —soltó ella. Mirándolo de reojo volvió a apretarse las sienes, mientras volvía a centrar sus pupilas en lo que acontecía fuera—. ¿Puedes caminar?

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Snorri, palpándose el costado y apretando los dientes para contener el gemido de dolor— ¿Qué me has hecho? —continuó, alzando la muñeca derecha sobre la que se cerraba una gruesa cadena de hierro.

—Debemos irnos antes de que vengan a por ti —susurró Eyra, que presentía que la sangre que se disponían a derramar pronto no sería suficiente.

El odio podía respirarse en el ambiente, se extendía como una nube que reverberaba en sus oídos en forma de todo tipo de amenazas. Quizás era la única que no se sentía cómoda en el linchamiento, que podía colocarse en la piel del enemigo y comprender sus actos.

>> Recogeré todo lo que necesitemos —le informó, sintiéndose extraña. Hacía mucho tiempo que no compartía sus pensamientos o planes.

Snorri peleó por ponerse en pie, sus piernas no le respondían como acostumbraban y acabó de rodillas ante ella.

—Son mis hermanos. ¿Qué les haréis? —escupió el guerrero buscando su espada desesperado, sin comprender que él sólo nada podría hacer contra todos los que lo esperaban fuera. Ella podría intervenir, ¿lo haría si llegase el momento? —No lo permitiré.

—Hace mucho que he comprendido que no importa lo que tratemos de hacer —le informó Eyra, colocándose un mechón de su pelo, rubio pajizo, tras la oreja—. Tampoco voy a permitirlo.

Caminó hasta llegar a él y tiró de su cadena. La envolvió en su muñeca y la tensó, sabiendo que él estaba débil y la herida podría abrirse, mas necesitando dejar claro quién estaba al mando.

>> ¿Crees que podrías hacer algo? Ni siquiera puedes vencerme a mí.

Pudo ver que él lo intentaba, sin que sus músculos respondieran, las fuerzas le fallaron. La compasión era un instinto que ella reprimió, apretando las manos y sintiéndose cruel, no se detuvo.

>> Das pena. ¿No lo hueles? Has venido a morir y no lo permitiré.

—¿Por qué te importa? —preguntó él de pronto, dejándola paralizada— ¿Quieres torturarme? ¿Es eso? Jamás podrás doblegarme, no importa lo que me hagas.

Ella asintió y se acercó, aferró los castaños cabellos del vikingo y tiró hacia arriba, disfrutando del aroma masculino que desprendía. Era el olor de la ira, la venganza y algo mucho más primitivo que todo eso, la promesa. Puede que en ese instante fuera una promesa oscura que

debería hacerla temer, no fue esa la reacción de su cuerpo.

—Nos iremos antes de que te recuerden. Incluso con la promesa del jarl nunca estarías a salvo —le susurró al lado de la oreja, consciente de que él podría tratar de herirla y, puede que, conseguirlo, no obstante, no temía el dolor o la muerte. No, llevaba esperando su final mucho tiempo—. Reponte, el camino será largo.

El silbido del viento se coló por la ventana, Snorri aprovechó para cogerla por el cuello y pegar sus rostros.

—Te enseñaré a respetarme. Ahora abrirás mi cadena y me dejarás ir, a no ser que prefieras que rompa tu hermoso cuello.

—Hazlo. —La determinación que halló en la voz de Eyra lo hizo vacilar, ella sonrió peligrosamente—. ¿Dudas? Comprendo. Soy una mujer, puedes tratar de forzarme, pero acabar con mi vida no es tan sencillo. —Lo empujó con su cuerpo, lo llevó hasta que él acabó sobre el jergón y ella se colocó a horcajadas.

Un grito los detuvo, él seguía aferrándola y ella no hizo nada por cambiarlo.

>> ¿Lo oyes? Debemos irnos.

—No huiré sin ellos. —El brillo en los ojos verdes hizo que Eyra se inclinase y se acercase lo máximo que él le permitió.

—No puedes salvarlos, pero eso ya lo sabes.

—No me importa morir intentándolo —soltó Snorri con voz ronca.

Era excitante y supo que él sentía lo mismo cuando se endureció bajo ella. Se odiaban, no había ningún cálido sentimiento que alentase esos instintos primitivos que tan fácilmente buscaron tomar el control de sus actos.

Los gritos se multiplicaron, los latigazos fueron implacables.

>> Escaparemos de noche. Los soltaré y nos iremos —se arrastró él, asqueado consigo mismo.

—No durarán tanto.

Antes de que Snorri continuase colocó el índice sobre sus labios. Quiso tocarlo todavía más y se permitió inclinarse para morderle la boca, lo hizo con fuerza, haciéndolo gruñir con los ojos abiertos de par en par.

>> Si mueres lograrás que lo único que le he pedido al cabrón de mi tío no sirva para nada. Vendrás conmigo —le recalcó sin saber por qué peleaba por quien, a todas luces, no buscaba salvarse.

Ella volvió a inclinarse más suavemente, era agradable. Él incrementó la presión en su cuello paulatinamente haciéndola despegar los labios.

—¿Por qué? No me convertirás en un esclavo.

Pero se detuvo en ese punto en el que continuar era peligroso, Snorri permanecía con los dedos agarrotados listos para matarla.

—Ya lo eres, ya te he vencido.

Ella apretó los muslos, él se quejó al sentir la herida tirante. Usando las manos lo obligó a soltarla, si quería jugar tendría que ser en otro lugar. Ese ya no era su hogar por mucho que, si se esforzaba, todavía pudiera verse a sí misma corriendo entre esas paredes o peleando en el gran salón.

Cuando saltó lejos de Snorri lo hizo con la agria sensación de estar perdiendo a la niña que fue, a la que era capaz de sentir esperanza.

“Nunca fui solo una niña, era un arma que afilaron con crueldad.”

Viendo que él no cooperaría usó la daga contra su piel para forzarlo. Lo cubrió con pieles y lo colocó tras ella.

—Ahora podría acabar contigo —la amenazó Snorri, acercándose a su espalda y dejando que la cadena, que apenas podía verse por la ropa y los fardos con los que cargaba, colgase entre ambos.

Ella no se detuvo, él dejó caer las manos sobre sus hombros con más brusquedad de la necesaria. No se esperaba el cabezazo y el guerrero paladeó la sangre con estupor.

Eyra alzó su diminuta mano derecha, los sonidos que llegaban desde el gran salón eran la antesala de una pelea que pronto acabaría en puñetazos. Puede que el jarl tuviera el control sobre sus hombres, pero no se arriesgaría a ser retado por proteger a un prisionero de guerra. No, él siempre tomaba el camino más sencillo, incluso cuando al hacerlo dañaba a quien dijo que quería.

Se desvió hacia las cocinas y salió por la puerta lateral. Apretó el paso y notó la reticencia de Snorri, que hizo que la cadena se tensase.

—Estamos cerca. Permíteme al menos liberarlos, que tengan una oportunidad.

—¿Ruegas por ellos a quien trataste de matar? —No lo miró, no obstante, tampoco dio el paso que tenía preparado. Miraba la espesura del bosque con ansia, como si al esconderse tras los altos árboles pudiera desvanecerse y desaparecer—. ¿De verdad quieres verlos?

—¿Qué insinúas? —El sexto sentido de Snorri se había activado.

—¿No lo oyes? —Ese era el gran problema, que el silencio de fuera contrastaba con los gritos que llegaban del gran salón. Era esa ausencia la que hacía temblar el alma de los que la percibían, que intuían que solo podía significar una cosa, por mucho que se negaban a creerlo—. No deberías...

—Necesito ir a mis hombres. Son mis hermanos.

Su clan nunca los apresaba juntos, los diseminaban para evitar que pudieran reorganizarse, aunque los muertos no tendían a crear grandiosas estrategias. Ironizó la mente de Eyra, desviándose hacia la derecha.

Abrió la puerta de un pequeño establo y los goznes gritaron ante lo que ella no quería presenciar. La maldad de aquellos que apreciaba y amaba, actos que nunca creyó posibles y sonaban mucho mejor en las edulcoradas descripciones con las que llenaban las mentes de los más jóvenes. Bufó para no temblar ante el rostro deforme que estaba apoyado sobre un montón de paja, mientras sus brazos pendían colgados sobre unos de los travesaños.

—¿Contento? ¿Podemos irnos ya?

—¿Todavía respira? —inquirió él, dando dos pasos dubitativos y oteando el charco rojizo que se acumulaba bajo el que era tan solo un muchacho y nunca debió acompañarlos.

—¿Importa? Sería mejor para él que no lo hiciera.

—¿Por qué? —continuó Snorri, que presentía que no deseaba saberlo.

—Es un ritual para infundir temor. Nadie desea convertirse en enemigo de quien tan cruel puede ser con los caídos —le explicó, mostrando compasión y sacándose una diminuta botellita de la cintura. Era una tintura rosácea que le había costado conseguir, miró el contenido del frasquito como si entre sus manos tuviera un tesoro invaluable—. Ábrele la boca —ordenó ella.

—¿Qué vas a hacerle? —Se cuadró interponiéndose en su camino.

—No tiene por qué sufrir más —reconoció Eyra, que recordaba lo que era el dolor y la pena, la desesperación de pensar que nunca terminaría. El descanso podía ser el mejor de los regalos, en ocasiones, lo único que se anhelaba—. Ábrele la boca —repitió.

—Podemos llevarlo.

—Pesa mucho y nos seguirán. Tú ya eres un peso muerto —lo insultó ante su debilidad, Snorri no se ofendió—. No puedo cargar también con él.

—Yo lo haré.

—¿Cómo? Apenas logras caminar recto y la herida se abrirá antes de que nos detengamos a descansar —replicó ella, alzando sus fríos ojos azules y sin dejarse intimidar por la considerable altura de su esclavo—. No protegeré a dos estorbos.

—Déjame a mí.

—No —soltó contundente.

—No iré sin él. —Le recordó a un niño tozudo y caprichoso, la idea de darle una zurra logró sacarle una extraña sonrisa. Se llevó los dedos a los labios sin creérselo, aturdida y azorada ante la siguiente imagen que golpeó su mente.

Eyra necesitaba calor, un calor terrenal que la hacía sentir sucia, pero una medicina que, al menos por unas horas, lograría alejar las pesadillas. Era esa medicina el cuerpo del hombre que le resultaba tan tentador, una sórdida imagen de pieles que se rozaban y poseían, aunque no tenía pensado darle control alguno. No, ella tomaría cuanto necesitase y le daría de comer a cambio. Viviría, ¿no era suficiente?

La pregunta la respondió su mente sin necesidad de formularla, para alguien como él nunca sería suficiente. Snorri trataría de liberarse, la mataría antes o después. Era como tratar de acariciar a una serpiente que no hacía más que medirte para comerte, sonrió de nuevo. ¿Había perdido la cabeza?

Eyra sacó la daga, antes de que él reaccionara la colocó bajo el mentón del moribundo y le alzó el rostro.

—¿Sigues vivo? —Eyra se desesperó ante la ausencia de respuesta y lo abofeteó, notando cómo Snorri apretaba la mandíbula—. ¿Y bien?

Un ojo, el que todavía le respondía, se entreabrió para evaluar a los visitantes. No le gustó lo que presenció y Ulf tosió con fuerza, escupiendo una mezcla rojiza a su lado, antes de conseguir

unir un par de palabras.

—Sucio traidor. —El asco que le demostraba, a aquel con el que había peleado, quedó meciéndose entre ellos, la voz de Ulf sonaba estrangulada.

—¿Y bien? —Eyra miró a su esclavo, señalando de nuevo al moribundo con la daga—. ¿Todavía insistes en llevártelo?

—No iría con él a ningún lado. —Ninguno esperaba esa afirmación en boca de Ulf, que hasta minutos antes habría estado dispuesto a todo por escapar.

—Calla estúpido, todavía no te ha llegado el momento de morir —le recordó Snorri.

—¿Pero sí el de llevar una correa? ¿Ahora eres su perro? —Ulf quiso reír, sonó igual que un conejo estrangulado—. El gran Snorri —se chanceó el muchacho, queriendo degradar al único que seguía en pie y a salvo, al único que no sabía lo que era tener la espada en carne viva a causa de la furia del látigo—. Nunca seré un cobarde como tú.

—Nos lo llevaremos —insistió Snorri, que la miraba a ella pidiéndole, sin palabras, que aceptase. Sabiendo que un solo mal movimiento y el joven acabaría respirando su propia sangre. Mientras hubiera vida habría esperanza. Era su pueblo, eran sus hermanos, no quería tener que enterrar a nadie más.

—¿En serio? —Ella alzó las cejas sin creérselo.

—¿Crees que podrías controlarme? Te romperé el cuello tan pronto nos alejemos lo suficiente. Regresaré y degollaré a cuantos conoces mientras duermen —le describió Snorri.

—Sin honor —lo insultó Eyra, sabiendo que eso no significaba nada en la guerra. La muerte no pregunta cómo, sino que recoge todas las almas por igual. Era algo que los vikingos negaban y ella había presenciado, cuando el brillo de vida se desvanecía de los ojos de alguien no importaba nada más.

—Si lo llevamos no intentaré nada —prometió—. Te juraría lealtad y me sometería a ti.

—Arrodíllate —ordenó Eyra, notando los ojos del moribundo sobre ambos. Lo estaba despreciando, dejando claro que nunca serían más que animales a su lado. El orgullo por ser quienes eran ya no estaba, no desde que Snorri aceptaba llevar la cadena sin pelear, desde que la reconocía como propia—. Besa mi bota y acepta que yo soy la dueña de tu vida. ¡Hazlo!

Fue duro dejarse caer sobre las rodillas, no porque le doliera el cuerpo, sino porque toda una vida había sido guerrero y líder. Inclinar la cabeza por una vida era loable, todo su ser se negaba a aceptarlo, buscando desesperado la forma de llegar a ella y destruirla sin que, en el proceso, Ulf también muriera.

>> ¿Y bien?

—Siempre te despreciaré —le recordó Snorri a ella, mas el rostro de la vikinga era una imperturbable máscara.

—Pero lo harás —comprendió la joven, mirándolo con más curiosidad que felicidad. Lo analizaba descubriendo a través de él, emociones que creía perdidas. Quiso liberarlo de sus obligaciones, por un instante quiso dejarlos marchar a ambos y proseguir sin preocuparse por si los encontraban antes de que pudieran huir. Darles lo que pedían y proseguir su sendero, en el último segundo no fue capaz de soltar las palabras necesarias.

Finalmente, solo logró sacarle al vikingo un cabeceo seco y un gruñido, supo que Snorri no podía darle más.

Capítulo 2

Quería correr y no podía hacer otra cosa que no fuera empujar a Snorri cuando sus pies se enfangaban, o sus piernas le pesaban demasiado para continuar a buen ritmo. Ambos hombres morirían si ella no hacía algo por remediarlo, mas una parte de la guerrera se negaba a interceder.

—¿No lo dejarás caer? —preguntó ella por enésima vez, al ver que las manos de Snorri resbalaban por el cuerpo de Ulf, tratando de aferrarse a él.

—Lo logrará —aseguró entre dientes el guerrero, notando el esfuerzo llevar su cuerpo a un límite en el que amenazaba con dejar de responderle. Los días de viaje, la batalla y la herida, lo habían convertido en un amasijo de huesos y carne que pronto se vendría abajo—. Debe hacerlo.

—¿Por qué? Solo es una vida, muchas más se perderán en unas horas —le recordó ella con una crueldad que no pretendía, demasiado acostumbrada a la muerte, tanto que sabía que ella misma había perecido tiempo atrás.

—Confiaban en mí.

—Perdisteis. —Alzó sus azules ojos a las nubes y sonrió al ver que pronto volvería a nevar. Quiso estirar los dedos, sentir los copos deshacerse sobre la palma de su mano, sin dejar de intentar atraparlos—. Nadie tuvo la culpa.

—No podrías comprenderlo. —Snorri tropezó y sus rodillas golpearon secamente el suelo, sin que soltase al joven que llevaba en ningún momento. Lo dejó con suavidad ante él, diciéndose que solo precisaba unos segundos—. Hemos pasado situaciones peores.

Ella se encogió de hombros, no merecía la pena discutir con quien no escuchaba. ¿Y si los alcanzaban? No iba a preocuparse por lo que todavía no había sucedido y dudaba que alguien se atreviera a alzar la espada contra ella. Miró de reojo a su esclavo, negándose a aceptar que su bienestar fuera tan importante para ella.

—Yo fui a la segunda incursión que hicieron en vuestras tierras. —¿Se estaba confesando? ¿Qué sentido tenía? —Yo sé lo que sucedió allí.

—Sois unos monstruos.

Eyra bajó la cabeza, se giró apenas lo necesario para lanzarle la botellita que antes no llegara a usar.

—Dale unas gotas. —Esperó a que él comenzase su tarea para proseguir—: Pocas veces me he imaginado cómo sería el infierno, nunca lo he temido. Luchaba por proteger a quienes amaba, nunca pensé en los lazos que cercenaba en el proceso. —Giró los ojos sabiendo que habría de compartir un gran secreto. ¿Era eso lo que no le dejaba tenderle la mano realmente a los dos varones que la acompañaban?

—Nosotros nunca habíamos matado mujeres y niños. Nunca hicimos más que defendernos contra el ansia de poder de vuestro antiguo jarl. —La voz de Snorri le llegaba desde lejos, la mente de Eyra se debatía por regresar a aquel momento.

—¿Sabes? —Se dejó caer y se tumbó para mirar el cielo. Por mucho que ambos se pusieran a correr, aprovechando que había bajado la guardia, poco podrían alejarse. No, en su lugar miró las esponjosas nubes dejando que el frío le devolviera la calma—. A veces olvido qué es lo correcto.

—No te ayudaré a aplacar tu conciencia.

—¿Eso trato de hacer? —Asintió de pronto—. Es posible. Mas ahora nos encaminamos a mi secreto y a lo único que me importa. No hagas que me arrepienta de llevaros allí. —El tono de la mujer se tornó carente de vida, ¿era humana?

Los ojos verdes de Snorri la recorrieron viéndola delicada y fuerte, salvaje y contenida. Capaz de vencer a muchos, negándose a reconocerse dicho poder. Era tan joven que no casaba con la imagen de cargar con toda una vida de errores.

“Hermosa”, si, puede que eso fuera también verdad. Su piel blanca no hacía más que resaltar sus labios rojos y carnosos, su pelo pajizo se esparcía por la nieve hasta tal punto que no se sabía dónde se mezclaban. “Peligrosa”.

Ahora ella actuaba sin motivos o líder, llevada siempre por impulsos que no cuestionaba, era mejor así. Quizás porque era más sencillo decidió atender a Ulf, no con mucha delicadeza. Apretó sus heridas y ayudó a cargar con su cuerpo. Notando como único inconveniente la cercanía de Snorri, que ahora soportaba tratando de no pensar en lo mucho que disfrutaba de ella.

>> ¿Las encontrasteis a tiempo? —Necesitaba saberlo. Era una duda que había perseguido a Eyra durante todo un año. Doce meses en los que supo que no era posible que hubieran llegado a tiempo, pero rezaba por equivocarse. En ocasiones creía sentir las manos de todos ellos rozándola, sus voces, suaves y aterrorizadas, culpándola por haber tenido muertes mucho más lentas de lo necesario.

—¿Fuiste tú la que...?

—No —mintió ella, ¿por qué lo hacía? —Me enteré poco después. ¿Murieron?

—No. Llegamos un día después —respondió escuetamente Snorri, agradecido todavía con el alma piadosa que había aceptado esconder a dos madres con más de doce niños. Ellas los atendieron como mejor pudieron, logrando mantenerlos con vida incluso cuando la esperanza no hacía más que desvanecerse horas tras hora.

Decían, de la que los había escondido, que era una diosa guerrera, un espíritu que había aparecido para apiadarse de los inocentes. Al menos eso fue lo que las mujeres soltaron cuando trataron de averiguar más, negándose incluso a dar un nombre, si es que lo tenían, por miedo a que la buscasen y acabasen hiriendo a la única que mostró compasión.

¿Qué había sucedido aquella tarde?

Eyra sonrió satisfecha, recordando la mirada agradecida de las mujeres, las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas sin hacer ningún sonido mientras ella les pedía silencio. ¿Habían guardado su secreto?

Había sido un acto desesperado que consideraba justo y la debilitaba si la descubrían.

Capítulo 3

Tras dos días Ulf empeoró y tuvieron que aprovechar una cueva en la montaña para descansar. Se acurrucaron alrededor de una pequeña fogata y devoraron cuanto ella logró cazar. El silencio contenía muchas preguntas y acusaciones, ella se hizo un ovillo en la esquina más alejada y trató de dormir.

—Las fiebres acabarán con él.

Eyra parpadeó y centró la vista, para hallar a Snorri demasiado cerca, todo lo que la cadena le permitía.

“Podría soltarse, por algún motivo no lo hace”. Pensó ella, incorporándose y apoyando la espada en la fría pared de la cueva. La humedad era molesta y no hacía más que incrementar la sensación térmica. Eyra observó a Snorri deseando conseguir el calor en su piel.

—Debe descansar, si fuera primavera podría conseguir algunas hierbas. —No se detuvo en lo que no podía cambiar—. Está en manos de los dioses. Dale un par de gotas y alza tu plegaria, te dije que no merecía la pena.

Snorri tiró de la cadena haciéndola resonar con fuerza, dispuesto a arrancarla para poder tocar a la mujer que se había convertido en su obsesión. Incluso ahora no se reconocía en el hombre sumiso que aceptaba cuanto ella soltaba por tenerla cerca.

—¡Debemos hacer algo! —aulló Snorri molesto.

Ulf tembló, perdido en sus sueños, aunque no llegó a abrir los ojos. Extrañas e incomprensibles palabras se escurrían por los labios del muchacho, que no conseguía salir victorioso en la batalla que se desarrollaba en su mente.

—Ya lo hice. Sigue respirando.

—¿Y ya está? ¿Debo estarte agradecido? —Snorri usó cuanta fuerza tenía, la cadena se soltó y, sin preocuparse en liberar su mano, la dejó arrastrarse tras él. Ese sonido marcaba cada uno de los metros que él acertaba entre ambos, Eyra esperó su llegada.

—Cierto. ¿Cómo estar agradecido por haber evitado vuestras muertes? —Ella se negó a mirarlo, él no soportó otro desplante más por parte de la mujer que lo obsesionaba. No poder comprenderla era una cosa, querer hacerlo era algo completamente nuevo y desconcertante.

Snorri tiró de ella y, con rapidez, aprovechó que acabó tumbada de espaldas para colocarse encima.

—Podríamos acercarnos a algún clan y solicitar ayuda. Tenemos con qué pagar, solo con que les ofrezcas mi medallón te darán cuanto les pidas —trató de razonar él, sin contar con que la mujer solo podía pensar en la sensación del fuerte y duro cuerpo masculino sobre ella. La apresaba de una forma deliciosa, impidiéndole moverse y, por ello, dejándola con la plácida sensación de no poder hacer nada. Libre de decisiones.

>> ¿Me escuchas?

—No quiero hacerlo —reconoció ella.

—No me obligues a forzarte —suplicó él, que deseaba probarla. Nunca se había negado el cuerpo de una mujer y, durante varios días, la había observado, imaginándola cálida y acogedora. La sabía tan cerca que le dolía la entrepierna, y eso no mejoraba su humor en absoluto—. Mejor doblégame tú —añadió con voz ronca, olvidando a Ulf por el momento.

—Comprendo. —Muchas ideas se pasaron por su mente. Sabía cómo sacárselo de encima, cómo acabar con su vida y cómo dejarse apresar. Todas las posibilidades estaban sobre la mesa, ¿qué quería hacer?

Eyra abrió las piernas, cuando las cerró las convirtió en dos tenazas que, por el momento, solo lo dejaban sin aire.

>> Me violarás para demostrarme quién eres. —La idea la excitó—. Aunque olvidas que no puedes. Un fuerte guerrero que ha caído a los pies de una simple mujer. —Apretó más y él expulsó el aire que le quedaba—. Nunca te conformas.

—Es mi familia. Esos hombres son hermanos, hemos crecido juntos y no los dejaré morir por muy hermosa que me parezcas. Si lo que debo hacer es tomar tu carne para sacarte de mi mente lo haré.

—¿Eso crees?

—El hechizo que me has lanzado se evaporará si rompo todo lo que eres y tomo cuanto me fascina. —Su lógica era... ¿estúpida? Ella lo miró hablar como quien observa a un perro que le ladra a la luna. ¿Cree que van a responderle a una sarta de estupideces? La idea de dejarlo tomarla al guardar silencio, sintiendo que ambos eran conscientes de que claudicaba, era diferente a que él creyese que podía hacerlo contra su voluntad. Eso lo convertía en un acto desagradable y Eyra nunca caía—. No quiero hacerte daño.

—Pero lo harás —completó ella, si el vikingo tenía algún tipo de instinto debía haber oído el peligro—. Cuéntame, ¿qué más harás?

—No debes preocuparte. Te gustará.

—¿Eso le dices a todas las vírgenes que te encuentras? —Alzó la ceja sin saber si le asqueaba o le divertía—. Es patético.

—O quizás todos los hombres que te han montado no sabían cómo hacerlo. ¿Lo sientes? —Deslizó la mano derecha por su vientre y aprovechó para colarla entre las piernas femeninas. Apretó con fuerza, notando a través de la ropa la calidez que Eyra desprendía.

—¿Y tú sabrías? Al menos los que han estado conmigo son auténticos vikingos. Ellos han vencido siempre que han peleado, ellos no se han arrastrado y aceptado servir por sobrevivir. Ni ellos ni yo lo haríamos nunca, ¿qué dice eso de ti?

—Que aprecio más la vida que la muerte. Que no antepongo mi orgullo a lo que amo —respondió él que, incluso cuando decía que la rompería para olvidarse de ella, llevándose de paso cuanto le gustase, la trataba con una dulzura que Eyra no soportaba.

¡No lo soportaba!

Golpeó su brazo derecho y Snorri cayó sobre ella. Cuando iba a volver a levantarse ella consiguió girarse y mordió su hombro con saña.

—¿Aprecias la vida? ¡Eres un cobarde! —soltó cuando lo liberó —¡Cobarde! Nunca podrás ser un vikingo de verdad cuando descubran que te has arrastrado para librarte del dolor y evitar la muerte —lo insultó con todo cuanto se le ocurría. Lo odiaba porque, ¿amor?, El verdadero amor no existía. La confianza solo era una forma en la que podían destrozarla, ella lo sabía y no permitiría que la engañasen de nuevo con hermosas palabras.

—¿Qué te sucede? —preguntó él sin tratar de defenderse. El hombro le escocía y sabía que ella no estaba satisfecha, no todavía. Era diabólicamente perfecta, tan hermosa que no parecía real colocada a horcajadas sobre su cuerpo.

Puede que ella tuviera razón, al menos en parte. Hasta que Eyra se cruzó en su camino nunca creyó posible que él, precisamente él, fuera a plegarse sin más. Desde que nació había estado preparado para sobrevivir, aunque también era cierto que tampoco contaba con que, llegado el momento, le ofrecieran otra posibilidad.

>> Habla conmigo.

—¿No ibas a hacerme daño? Eso puedo soportarlo, mas no tolero tus mentiras —dijo ella, colocando la mano sobre su cuello, notando la fuerza que de él emanaba solo por tensarlo.

—¿Quieres que te haga daño?

¿Eso quería? No, había evitado el dolor toda su vida sin conseguirlo. Ahora consideraba mucho más sencillo pelear, aguantar con los dientes apretados, que sonreír o conversar sin ningún motivo oculto.

>> ¿Por qué callas ahora?

Ella trató de levantarse, él se lo impidió colocando las manos sobre sus rodillas.

Pocas veces llovía, el sonido suave la hizo girar el rostro ante tamaña belleza. Finas agujas que descendían apartándolos, todavía más, del resto del mundo. Nadie saldría a buscarlos, volvió sus ojos azules a los verdes de Snorri.

—No sabes nada. No eres nada. —No lo dijo con maldad, solo era una realidad. Puede que Snorri no estuviera equivocado cuando decía que eran monstruos, lo que no comprendía era que no había nacido así—. No iremos a ningún lado. Si quieres hacer algo cógele la mano, seguro que no distingue tu rostro del de su madre.

—Ella murió.

—Entonces pronto estarán juntos. —Incluso ella se estremeció por lo que había soltado. No quiso desdecirse, no pudo.

—Estás podrida por dentro.

—Siempre puedes ir tú solo a por esa ayuda que tanto suplicas. ¿No tienes los arrestos suficientes? —La suave voz de Eyra era tan fría como el acero de la daga que acabó sobre el cuello del vikingo mientras ella sopesaba su siguiente paso—. ¿Por qué no lo haces?

—Si me reconocieran ambos estaríamos muertos. —Pues los clanes del norte jamás aceptarían tenderle la mano. No, ellos preferirían cortársela para lucirla ante sus amigos.

—Podrías tratar de llegar hasta los tuyos, si es que no son ellos los que te matan. Estás bien jodido, ahora no tienes un lugar al que regresar. —Una diminuta gota roja apareció junto a la punta de la daga—. Podría salvarte de todo el dolor y la tristeza, podría alejarte de la oscuridad y

llevarte a un lugar en el que no tendrías que preocuparte más.

Esas palabras las había recibido ella tiempo antes, por muy extraño que suene, fueron las más amables que le habían dicho en aquel entonces.

La mano de Eyra tembló.

—Somos guerreros. Nuestro deber es morir en batalla.

—¿Eso somos? —Ella realmente lo dudaba, puede que fuera la única que no creía todas las patrañas que, a lo largo de su vida, trataron de inculcarle. No estaba preparada para compartir sus motivos—. Es tu elección. —Se retiró y, antes de alejarse bajo la lluvia, sabiendo que enfermar no era una gran preocupación, agregó —: Llegará el momento en el que comprendas que no importa cuánto lo intentes. Cuando aceptes que nada cambiará, el fuerte se impondrá y el débil lo soportará. Es sencillo, puede que eso lo convierta en lo más insoportable que me he encontrado.

Capítulo 4

Debería volver, pero no pudo. Buscó hueco en el tronco de un árbol muerto y se encogió para hallar algo de calma. En ningún momento quiso la responsabilidad que se había echado sobre los hombros, eso no le impedía comprender sus motivos.

“Nunca quisiste sus muertes y salvar, aunque fuera a dos, era mejor que a ninguno”, susurró una voz en su cabeza.

—No es cierto —reconoció un segundo después—. Lo hice por él. Esa forma de mirarme... hacía mucho tiempo que nadie me observaba de esa manera.

Y era agradable, tanto que no pudo evitar recordarlo. Sentirlo, lo necesitaba y eso la hacía dudar. Era como ver regresar lentamente su humanidad, sin quererla, odiándola por colocarla en una situación peliaguda.

—No soy una niña —soltó Eyra, como si fuese una frase mágica que le permitía transportarse a entonces. Regresar a momentos que nunca creyó que querría recordar, mas incluso en el infierno existían remansos de paz.

Eyra se hallaba sentada en una gran piedra junto al arrollo. Su labio estaba partido, su ceja sangraba sobre sus ojos, pero no le importaba. Miraba la caída del agua ausente, a sus ocho años no quería correr o jugar, no tenía fuerza suficiente en su pequeño cuerpo.

Un sonido a su espalda la sobresaltó, pero no lo demostró. Fuera quien fuese antes o después se mostraría y, si llegado el momento buscaban pelea, no sería ella la que se negase.

Suspiró cansada.

—¿Todavía lamentándote? —preguntó Odd con una sonrisa orgullosa. No obstante, sus ojos verdes mostraban una preocupación que la joven no habría aceptado —¿Ha sido muy duro hoy? —No pudo evitarlo.

Odd odiaba al viejo, deseaba poder crecer lo suficiente para retarlo, mientras protegía a Eyra como mejor sabía.

“Algún día podré hacerla feliz. No tendrá que pelear, no necesitará alzar su espada de nuevo”, se había prometido a sí mismo la primera vez que la vio recibir un castigo por caer en un entrenamiento. Odd la amaba a su manera, de la misma forma que un niño de doce años sabía.

—Dice que soy como mi madre —confesó con tristeza, amando a la mujer que tanto se empeñaba su abuelo en insultar—. La odia y la ve en mí. —Giró el rostro hacia su amigo dejando que notase la lágrima que permanecía en sus ojos sin llegar a correr en libertad—. No importa. —¿Si lo decía las suficientes veces lo creería?

—He traído algo para ti. —Le tendió un pequeño fardo con pan y queso que su madre había preparado. El estómago de Eyra rugió y ella sintió sus mejillas arder—. ¿No has comido nada?

—Debo prepararme para la guerra. La debilidad causa la muerte de los nuestros —le

explicó ella sin creérselo realmente. Cuando Odd dejó el escaso contenido de su presente sobre sus manos no se tomó la modestia de rechazarlo, en su lugar se llenó los carrillos con ansia. Apenas se detenía a respirar, hasta el punto que antes de terminar tuvo que hacer un pequeño descanso para toser la bola que se formaba en su garganta.

Tras devorarlo todo, volvió a dejar caer las manos para otear el agua que se alejaba.

—No siempre será así —la reconfortó el muchacho.

—¿Cómo puedes saberlo? Un día sigue al anterior y nada cambia. Sus castigos cada vez son peores, temo morir antes de que llegue el momento en el que sea libre.

—Aguanta. Solo un poco más, pronto seré lo suficientemente fuerte para retarle. Me convertiré en jarl y nadie volverá a hacerte daño. —¿Cuántas veces soltó lo mismo? ¿Lo peor? Ambos eran conscientes que ella era mucho más fuerte, no obstante, que jamás se atrevería a retar a su propio abuelo pues, a su manera, lo amaba.

—Lo intentaré. —Pero no lo miraba. La joven cada día se alejaba más del cuerpo que le había tocado, lanzándose a pensamientos peligrosos que le concedían el descanso.

—Dime lo que debo hacer. Si lo deseas iré ahora mismo y lo mataré. No me importa si debo pagarlo con mi vida —aseguró Odd, y ella lo creyó, lo hizo de tal forma que se lanzó en sus brazos y lloró desconsolada.

No podía detenerse, no lo conseguía. Lágrimas gruesas y delatoras que dejaban ver a la niña que seguía esperando la compasión y el cariño que un abuelo debía sentir. Una niña que se sentía completamente sola y abandonada, una diminuta chiquilla que era incapaz de recordar a la mujer a la que tanto se parecía.

El dolor la traspasaba, incluso cuando, instantes antes, no lo había sentido con tanta intensidad en su pecho. Las caricias de Odd, recorriendo sus cabellos, fueron peor. Ella convulsionó derrotada, notando cómo la sangre manchaba las manos con las que trataba de borrar el húmedo rastro de las lágrimas.

—Yo... lo siento. —Ella trató de alejarse.

—Nunca digas eso. Conmigo siempre podrás ser tú misma. Para mí siempre serás la más poderosa. —Odd tomó el rostro de la niña, que algún día habría de convertirse en la madre de sus hijos, y lo acercó. Ella lo miró sin comprender lo que se proponía y nerviosa como pocas veces. Vio los finos labios de Odd aproximarse a su mejilla para dejar un suave beso, que redobló sus lágrimas—. No finjas cuando estés a mi vera.

—Debería irme.

—¿Tanto te duele? —le preguntó Odd, apretando los puños para no saltar en ese momento en busca del jarl —¿Tan cruel ha sido en esta ocasión?

Él nunca le había mentado, siempre había estado ahí. Eran amigos, puede que mucho más. Era aquel al que se aferraba cuando nada más le quedaba, cuando el mundo redoblaba sus esfuerzos para demostrarle que no había bondad en él.

Se levantó y se desanudó la camisa de piel que la cubría. Puede que la golpearan y humillaran, pero en su cuello descansaba el medallón del jarl y sus ropajes eran los mejor trabajados. Ella era su sucesora, eso le había comentado el viejo cuando alguien se había

atrevido a mentar a un tío que no conocía.

Dejó caer la prenda y se giró. Una venda protegía su espalda, la fue soltando sintiendo el sudor empaparle la piel ante el esfuerzo, las heridas que ocultaba fueron demasiado para Odd.

>> ¿Cuándo? —consiguió soltar él, conteniendo el gemido de pena. Quiso envolverla en sus brazos, no obstante, debía permitirle terminar. Nunca se había abierto de tal forma y, la vida, se había encargado de darles una madurez impropia de su edad.

—Anoche. Fue culpa mía. Me atreví a decirle que no quería ser jarl ni guerrera, que no quería pelear —le resumió concisa, omitiendo los gritos y la rabia que la habían hecho temblar. Si alguna vez estuvo a punto de devolverle los golpes al viejo fue entonces.

—Podría salvarte de todo el dolor y la tristeza, podría alejarte de la oscuridad y llevarte a un lugar en el que no tendrías que preocuparte más —declaró Odd, dispuesto a irse con ella—. No tendrás que sufrir la vergüenza, será mi mano la que acabe con tu vida. No te dejaré sola.

—¿Morir?

—Lo que sea necesario. Dime lo que quieres y eso haré.

—No importa... —Ella no se cubrió, él la observó obnubilado. Era tan bonita y delicada que no comprendía cómo podían hacerle tanto daño sin que la culpa los destruyese.

— ¡Deja de decir eso!

—Lo siento. —No quedaba nada en ella. La valentía, el orgullo, esa fortaleza que poseía antes de que su abuelo decidiera que era el momento de comenzar su entrenamiento. ¿Había pasado tanto tiempo? Odd la recordaba mucho mejor que ella misma, y le habría gustado decir mucho más.

—No, yo... No debí gritarte. No sé qué hacer. No... —Caminó y envolvió con cuidado la cintura de Eyra. La acunó contra su pecho, ambos se fundieron sin dejar que el aire se colase entre sus cuerpos. Se convirtieron en un solo ser que lograban ver que existía esperanza mientras el otro siguiera ahí, mientras pudieran saborear esos efímeros instantes.

En ese instante supo que haría lo que fuera por ella. ¿Era una despedida? No lo descubrirían.

Besó la frente de Eyra sin compartir su secreto.

>> Eres una niña un poco molesta —la aguijoneó entonces—. No me gusta que una niña sea mejor con el cuchillo que yo.

Una tímida sonrisa asomó entre los hinchados labios de Eyra.

—Puedo enseñarte.

—Eso espero, si algún día he de convertirme en tu marido debo ser capaz de protegerte. —Ella parecía esperanzada—. Y a nuestros hijos.

—Los querremos mucho.

—Estarán locos como yo y serán hermosos como tú. —Odd juntó sus frentes—. Si algo saliera mal debes prometerme que nunca te rendirás. No importa cuán destrozada estés, sé que puedes vencer.

—¿Rendirme? ¿Qué me ocultas?

—Te tendí la oportunidad y no la aceptaste porque no quieres morir. Quieres ser feliz, mereces serlo. Encontrarás tu lugar, lo encontrarás y yo te ayudaré a conseguirlo. —Los ojos verdes de Odd brillaban con determinación—. Debes prometerlo.

—Nunca me rendiré. Nunca moriré.

—De eso estoy seguro. ¿Quién sería capaz de vencerte en combate justo?

En la soledad del árbol llorar no era tan vergonzoso. Recordarlo y extrañarlo, añorar quién era cuando él todavía vivía. Al final había conseguido salvarla, aunque temía que demasiado tarde.

Habría dado cualquier cosa por cambiar el pasado. Creyó que no podría soportar más, sin comprender que las palizas eran mucho menos dolorosas que perder a quien más se quería en el mundo.

Odd estaba ahí, podía sentirlo a su lado, le daba el calor y la esperanza necesaria para volver a ponerse en pie cuando ya no lo creía posible. Caía y volvía a alzarse, puede que por eso la muerte se empeñase en esquivarla, por mucho que se había lanzado en múltiples ocasiones contra enemigos que debían haberla aplastado.

Capítulo 5

¿Por qué lo hacía?

Se lo preguntó varias veces mientras se acercaba al clan de Pallig, dio un pequeño rodeo solo para convencerse de que no era la petición de Snorri la que controlaba sus movimientos, aunque las dudas no se desvanecieron.

Golpeó con fuerza la puerta de Wulfstan, que también prefería la soledad que le aportaba el habitar una pequeña choza al borde del bosque. Entró sin esperar respuesta, se plantó bajo el umbral con las manos en las caderas y el ceño fruncido.

—Necesito que me consigas algo —dijo Eyra a modo de saludo al gigante que, encorvado, bebía de una inmensa jarra—. Me lo debes.

—Mmm —gruñó el gigante, con su habitual cara de malas pulgas—. Estoy ocupado.

—¿Ni siquiera vas a preguntarme qué necesito? —inquirió Eyra que, lejos de tomarse mal la apatía del hombretón, sonrió y se autoinvitó a sentarse ante Wulfstan—. He cometido un error.

Eso encendió la curiosidad en los ojos negros de Wulsftan, al menos lo que tardó en hacer descender lo que quedaba de la jarra por su garganta. Alzó la mano y una joven esclava que, a pesar del frío, apenas llevaba una piel para cubrirla, corrió a atenderlo con una sonrisa en los labios.

La esclava miraba a Wulfstan con auténtico deseo, pero éste no se percataba o no le interesaba. Con otro gruñido la hizo alejarse antes de que Eyra continuase como si nada hubiera sucedido.

>> Necesito medicinas. Tengo a alguien que morirá antes de la siguiente luna si no hago algo.

Wulfstan alzó la cabeza, revisó el cuerpo de Eyra con tal intensidad que ella se cruzó de brazos. Ambos se retaron, al comprobar que la mujer estaba entera reanudó su tarea sin añadir nada.

>> ¡Habla! —Eyra golpeó la mesa con la empuñadura de su daga, cansada de sentirse fuera de lugar, de los nervios que ahora la acompañaban—. Puede que me busquen.

En lugar de acompañarlo en la borrachera giró la mesa y empujó al gigante. Se sentó en su regazo sin ninguna emoción y Wulfstan la dejó hacer. No era la primera vez que yacían juntos, sin embargo, eso no había forjado nada más allá de una amistad que pocos podrían comprender.

—Te lo conseguiré —dijo él secamente, dejando que ella le tirase de las trenzas para alzarle el rostro.

Wulfstan daba miedo, era temible en realidad. Cuando la sed de sangre encendía su rostro era capaz de todo, no obstante, tan fiero se mostraba en batalla como tranquilo en el resto de su vida. Era como si lo que le rodease no fuera lo suficientemente interesante, como si la tristeza lo ahogase cuando no sentía en sus venas la euforia de enfrentarse a la muerte y vencer.

Eyra se movió sobre su regazo sin dobles intenciones u ofrecerse realmente. Lo hizo con la confianza de quien sabe que él no tomaría más de lo que ella quisiera darle, Wulfstan jamás le haría daño.

—Hoy he recordado a Odd —confesó entonces Eyra, envolviendo el grueso cuello del guerrero para dejarse caer.

—Los muertos no hablan, no pueden tocarnos. Has de olvidarlo.

—No puedo hacerlo —replicó Eyra, acercando el rostro a los labios masculinos como tantas veces había hecho cuando el dolor ganaba la batalla. Wulfstan la había recogido hasta entonces, sin embargo, nunca fue suficiente y de pronto no era su rostro el que acudía a su mente—. Dijiste que siempre cuidarías de mí en su nombre. Pues temo que pueda necesitarte.

—Cumpliré mi palabra.

—Lo sé, pero temo que no desee que lo hagas —confesó aturdida. El camino que había tomado intuía que era mucho más peligroso de lo que pensó al inicio, aunque necesitaba ver cómo terminaría. Terminar no era tan malo, estaba demasiado cansada—. Sé que estarías dispuesto a morir a mi lado, a pelear codo con codo. —Se miró las manos, cuando lo atravesó con sus ojos azules había una frialdad que no engañó al gigante—. No puedo permitirlo. Creí que venía por ese hombre, —Ese hombre tenía unos ojos verdes que le recordaban a Odd y una sonrisa sincera. Era un vikingo traicionero y peligroso, un vikingo que, antes o después, la mataría, pero se parecía demasiado a su viejo amigo y sabía que eso lograría que se lo perdonase absolutamente todo.

Odd fue mucho más que un amigo, lo había admitido muchos años antes. Cuando Wulfstan la tomó por primera vez no era a él a quién veía, pero se aferró a sus brazos porque era la forma más sencilla de estar más cerca de quien amaba. Ahora había encontrado a un hombre que se parecía tanto a Odd que el corazón amenazaba con salirse por los labios.

Fue un alivio. Eyra suspiró y sonrió al dejar que Snorri la hiciera anhelar regresar a su lado.

>> Si algo me sucediera no te vengarás. No me buscarás ni... —Al ver que Wolfstan se tensaba, aunque guardase silencio, ella se apresuró a acariciar su mejilla con ternura—. Estaré bien. La muerte no es nuestro final, nunca podría serlo.

—Odd no me lo perdonaría.

—Me lo debes —le recordó por segunda vez en esa visita. Eyra lo abrazó y besó sus labios, sin esa emoción que retorció sus entrañas cuando Snorri la rozaba—. He luchado, no me he dejado caer, mas necesito recorrer sola este camino.

—¿A quién proteges? ¿A quién temes que dañe?

¿Era eso lo que le preocupaba? Puede.

Eyra asintió sabiendo que a su gigante no podía mentirle, ni a ella misma.

—A mí —soltó Eyra antes de pensarlo. Frunció los labios—. Sigo sintiéndome muerta, excepto cuando estoy con él. —Apretando los labios contra el cuello de Wulfstan prosiguió —: Odd está muerto y debo aceptarlo. Moriré por la posibilidad de que sea cierto que puedo sentir algo de nuevo.

—Te traicionaré, lo sabes. —Wolfstan colocó sus manazas en la cintura de ella y la apartó,

su vozarrón parecía provenir de mucho más lejos cuando añadió —: Nadie podría querernos. Deberías matarlo mientras estés a tiempo.

—¿Lo sabes?

—Los tuyos te buscan —le confirmó con un gesto seco—. Creí que ya estarías lejos. ¿No acudirás a ella?

—No quiero que nadie salga herido por mi debilidad.

—Mátalos y regresa —le aconsejó Wolfstan, con aire cansado. La traición dolía demasiado para desearle llegar a sentirla en sus carnes, buscaba protegerla a su manera—. Si no puedes hacerlo dime dónde los escondes.

—Odd me dijo que algún día sería feliz. Puede que él me lo haya enviado. Lo veo en sus ojos —dijo Eyra esperanzada.

—Era tan estúpido como tú y ahora está muerto.

Le dolió la contundencia con la que el gigante lo dijo y Eyra no pudo hacer otra cosa que alejarse, poner distancia entre ambos para colocarse la coraza que siempre portaba.

>> Os parecéis demasiado.

—Sigo amándolo.

—¡Pues no mueras por defender a dos cobardes! —aulló Wolfstan de pronto, golpeando la mesa y haciéndola crujir.

Las esclavas que, hasta entonces los observaban con una mezcla insana de curiosidad y envidia, se retiraron en silencio en un intento de pasar desapercibidas. El gigante pocas veces perdía la paciencia, cuando lo hacía era mejor estar lejos.

Puede que el resto del mundo pensase eso, Eyra sonrió tranquila y se meció de un lado a otro. Medía a su oponente.

—No dejaré que nadie les haga daño —susurró ella, acrecentando el fuego que ardía en las pupilas de Wolfstan.

—¿Sabes lo que haces?

—Demostrarte que, por mucho que creas que me he vuelto débil, sigo siendo la misma. No he perdido la cabeza, pero mi corazón late cuando estoy con él y debo aferrarme a eso. —Eyra alzó la ceja derecha—. ¿Me dedicas tu mirada de muerte? ¡Esa! —Señaló ella con el índice, mientras una vena gruesa se marcaba sobre la sien izquierda de su amigo, compañero y confidente—. ¿De verdad lo intentarás?

—Si debo darte unos azotes para hacerte entrar en razón eso haré.

—Aún recuerdo los primeros —sonrió la joven, haciendo que las mejillas del vikingo adquirieran un rubor adorable—. Fue placentero, pero debo regresar. Necesito llevarle las medicinas al muchacho, a Snorri le importa y... —¿Qué pretendía conseguir? Unas migajas de ternura que la hicieran sentir más cerca de Odd, ¿o había más?

—Mi hermano no...

—¡Tu hermano está muerto por mi culpa! ¿Acaso crees que no lo sé? —replicó ella

desquiciada, atacándolo con los puños desnudos. Por mucho que lo golpeó él apenas se movía, absorbía los impactos con la desquiciante capacidad de hacerla sentir diminuta —Lo sé y lo siento. Por favor, te lo suplico, no hagas nada si él causa mi muerte.

—¿Me lo suplicas? —preguntó Wolfstan conmocionado, furioso por no ser capaz de hacerle más daño con sus palabras —Te ha destruido ya.

—¿Por qué? ¿Porque me importa? —Ella sentía que su mundo se hundía—. Tengo emociones, sentimientos, sigo viva.

Wolfstan no la dejaría sola, no a ella. No sabía ser cariñoso ni cercano, no sabía ser tierno ni escuchar, conversar tampoco era su fuerte. Había muchas cosas que no sabía, pero pelear y proteger a los suyos estaba en su sangre.

—Eres todo cuanto me queda —escupió el gigante cuando ella ya se iba. Una esclava le había dado las medicinas y otra le había preparado un saco con provisiones, Wolfstan seguía inquieto y fue por eso por lo que, antes de que ella se alejase demasiado, corrió en su busca y dejó algo entre sus dedos—. Mi hermano era el que sabía cómo explicarse, aunque espero que no precisas palabras —soltó rudo antes de regresar a su hogar.

Capítulo 6

Eyra no fue capaz de abrir la mano hasta que se había alejado lo suficiente. A mitad de camino se detuvo, reconociendo, incluso antes de verlo, lo que ahora tenía.

—Algún día será tuyo. —Odd se lo mostró con orgullo—. Madre dice que las mujeres necesitan sentirse amadas y yo te quiero. —Ella no pudo creérselo entonces, sin embargo, tras lanzarle varios golpes y empujones, Odd había logrado inmovilizarla para poder proseguir —: Ese anillo fue forjado por mis antepasados, fundido para una mujer hermosa que logró atrapar el corazón de un guerrero.

—Es bonito. —Le había concedido ella, temiendo tocarlo, pero estirando los dedos para salir a su encuentro—. Es perfecto.

—Madre dice que está destinado al amor verdadero y tú eres el mío.

Eyra no le creía, eran ridiculeces, no obstante, sonaban tan bien que guardó silencio. Internamente, aunque entonces no estuviera lista para reconocerlo, la esperanza de que hubiera dicho la verdad la hizo imaginarse con ese mismo anillo en el dedo y un Odd inmenso besando sus labios.

¿Por qué se lo había dado? Ella era la culpable de todo, no lo merecía. No pudo evitarlo, le quedaba perfecto.

Llegó a la cueva y oteó a Snorri con culpa, era un hombre tentador. Furiosa con él por provocarla, por haberla colocado en esa encrucijada, le lanzó las medicinas a la cabeza.

Snorri se despertó sobresaltado. La localizó y, olvidando lo que ella le había dejado caer sobre la cabeza, avanzó hasta que ambos estuvieron muy cerca.

—No creí que fueras a regresar —dijo él, buscando señales en ella que pudieran desvelar el misterio.

—Ya tienes lo que querías —replicó Eyra, cansada y queriendo perderse por unas horas en ensoñaciones que, si tenía suerte, no recordaría al despertarse.

—Ulf apenas respira. —Era una información preocupante que pasó por los labios de Snorri sin que se detuviera a pensar en eso. Más preocupado por esas horas en las que ella se había desvanecido, por la sensación de pérdida que no había sabido digerir. Llevó las manos a sus mejillas, desesperado por arrancarle la mueca de pena y devolverle una sonrisa que no parecía lucir a menudo—. Gracias.

—Vuestra debilidad me retrasa.

—Gracias de todas formas. —susurró él al observar el paquete que había a pocos metros. Ella quiso girarse y cubrirse con una piel, Snorri se lo impidió. Las manos del vikingo acabaron en su cintura mientras se inclinaba sobre su cuerpo.

—No me interesas, no ahora.

—¿Qué debo hacer para satisfacerte? —preguntó Snorri dispuesto a todo por meterse entre sus piernas. Ella se tensó —¿Por qué me has traído sino? No me necesitas para protegerte, tampoco para alimentarte. ¿Qué más podrías buscar en mí?

—Nada. No quiero nada de ti —soltó ella con la boca pequeña. No quería desearlo, no quería temblar cuando estaba cerca, no quería que se introdujese en su mente para relegar a Odd al pasado.

Cuando Snorri estaba cerca las penas pesaban menos, esa sensación de vacío menguaba hasta que se descubría deseando. ¡Deseando! Ella no sabía lo que era anhelar, no podía hacerlo.

Lo empujó, él no se movió. Tomó aire y paciencia para enfrentarse a él, temblorosa y pensando únicamente en el especiado aliento que él dejaba caer sobre Eyra y que olía a deseo y placer.

“Quiere hacerte suya”, le gritó la vocecilla de su cabeza. La desnudaba incluso antes de hacerlo, se tensaba por la anticipación de lo que Eyra no se sentía capaz de permitir.

>> Muchos han muerto por menos. Deberías comentarlo con el manco, se llama así gracias a mí.

—No lo dudo. ¿Me cortarás lo que trate de tocarte? —jugueteó Snorri, queriendo relajarla lo suficiente para que bajase la guardia —Si tengo que elegir preferiría perder la mano.

—Creí que correrías a curar a tu compañero —lo acusó perdiendo la compostura y queriendo cerrar los dedos en sus brazos para, aunque su boca lo lanzase lejos, él permaneciera sobre ella.

Esa postura era peligrosa para ambos, aunque la que sentía que perdía más era ella.

—Eso haré. —Tomó la mano de la joven y tiró de ella. La obligó a incorporarse, ella se percató de que el vikingo se había vuelto a colocar la cadena. ¿De qué servía si podía quitársela cuando gustase? No dijo nada, apreciando el gesto—. Algunas heridas se han infectado y preciso que lo sujetes mientras le extraigo la sangre infectada.

—Estoy cansada.

Snorri se colocó a su espalda, empujándola con suavidad y envolviéndola con los brazos. La guiaba ante el muchacho, aunque lo único que sentía era a él. La barba del vikingo raspó su cuello cuando se inclinó para susurrar en su oreja:

—Cuando lo curemos besaré tu cuerpo y me introduciré en ti. Te convertiré en una mujer de carne y hueso.

—No haces más que tentar a la suerte —lo amenazó Eyra, notando los dedos de Snorri guiar a los suyos para colocarlos sobre el pecho del joven y empezar a descubrir las heridas—. Aléjate —pidió.

—Trato de tentarte a ti. Dices que puedes hacer lo que quieras conmigo, úsame entonces.

—Pareces olvidarlo a menudo cuando no haces más que lanzar órdenes a las que no tienes derecho. —La cabeza de Eyra cayó hacia un lado, concediéndole acceso a su zona más sensible, permitiendo e, incluso autorizando, el beso húmedo que Snorri dejó sobre el arco de su cuello—. No puedo hacerlo. Debería matarte, Wolfstan tiene razón. Debería arrancaros el corazón y llevárselos a mi jarl. —Y todos sus problemas se desvanecerían.

—No lo harás.

—Lo amo. —Esas palabras aguijonearon de tal forma el pecho de Snorri que se paralizó. ¿Por qué le jodía de esa manera? Ella decía querer a otro mientras él enterraba cuanto lo había definido por crear un espacio para ambos. Quería que ella dejase de ser la guerrera fría e implacable, necesitaba ver calidez en sus pupilas y que solo él se la hubiera provocado. Quiso golpear a aquel que le había robado el corazón de su dueña. ¿Su dueña? ¡Él no era un esclavo! ¿O sí? La miró sin comprender el rumbo de sus pensamientos—. Sigo amándolo, lo añoro cada día. No eres él.

—Y te arriesgas por uno de tus enemigos. Si yo fuese él te arrancaría la lengua —siseó venenoso Snorri—. ¿Qué clase de amor es ese?

—Tienes sus ojos. Los ojos más hermosos y cálidos que nunca haya visto. Los ojos de un soñador que no comprende que... —Ella logró girarse ante el estupor de quien la envolvía—. Yo nunca merecí esa mirada.

—¿De qué hablas?

—Me miraste como si yo importase. Cuando estábamos a punto de enfrentarnos me hiciste sentir algo. —Se llevó la mano al pecho, al lugar en el que su corazón se escondía, revolucionado por la proximidad de quien debía morir por su espada—. ¿Por qué me miraste así? —Toda ella estaba desesperada por esa respuesta.

—Yo no...

—Añoro sus besos. —Sus dedos, lejos de viajar a sus labios, terminaron sobre su mejilla. Eyra cerró los ojos mientras lo hacía, dejando a Snorri confuso. Quiso consolarla, hacerla pensar en él y no en otro. Era él el que estaba ante la guerrera, era él el que había logrado que lo ayudase. Debía significar algo.

Si era un beso en lo que pensaba era lo que le daría, pero no sería como aquel al que extrañaba. No. Cuando Snorri descendió sobre sus labios lo hizo queriendo conquistar, deseando arrancárselos a base de mordiscos y revolver todo su mundo con su lengua.

Snorri quiso alzarse como el único dueño de su boca. Lo hizo con una desesperación que nació con fuerza y ella acogió cansada. No hizo nada por apartarlo, se sostuvo apoyando las manos sobre los hombros del vikingo y sus párpados temblaron.

Ella se dejó absorber por la calidez, nerviosa como no lo había estado en años. Todo quedó atrás menos la suavidad de los labios masculinos, menos la presión de sus dedos en sus caderas, menos sus dientes tirando de su labio inferior mientras se alejaba.

—¿Qué ha sido eso? —inquirió con ojos brillantes Eyra, rozándose los labios con los dedos.

—Mi beso —respondió él, recalcando ese ‘mi’ que quería grabar a fuego en su mente—. ¿No era lo que se espera de un esclavo? Satisfacerte, en cuerpo y alma.

—¿Así es un beso? ¿Uno de verdad? —La ingenuidad que demostró dejó a Snorri sin aliento—. Wolfstan nunca... él nunca creyó necesario que nos besásemos —añadió para disipar las incógnitas que ella sola había creado.

—Él sí merece morir por no saber adorarte. —Un gemido por parte de Ulf, que continuaba inconsciente, hizo que Snorri corriera a por la bolsa de medicinas sin percatarse de la turbación de ella, que lo ayudó sin pronunciar ni una sola palabra.

Cuando ya estaban volviendo a vendar las heridas de Ulf, Eyra se acercó y con valentía se plantó ante su esclavo.

—Quiero otro beso. —Quiso mostrarse firme—. Aunque debes saber que nunca seré tuya, no realmente. Le pertenezco a otro.

—No busco ser tu dueño, pero conseguiré que regreses a mí —le aseguró, cogiendo un mechón rubio pajizo que acercó a su nariz—. Un esclavo no puede tener posesiones ni portar armas, por eso no busco poseerte, sino convertirme en una necesidad.

—Entonces moriremos ambos —sonrió cansada.

Acercó los labios a él.

Snorri no necesitó más incentivos, ella era exquisita. Quiso mucho más, pero la notaba reticente. No quería entregarse a él, por mucho que claudicase en parte para disfrutar de sus caricias.

Las manos del vikingo volaron por sus pechos, los acunaron con deseo a duras penas contenido, con esa ansia de devorar que no lograba aplacar y, mucho menos, ante el gemido de placer que ella lanzó sobre su boca.

>> Nunca he podido escoger. —Sonrió triste—. Cuando sepas quién soy serás tú el que acabes enterrando el acero en mi corazón. No puedo escapar de quien soy, no puedo negar lo que he hecho ni quiero hacerlo. Me ves y crees conocerme cuando no sabes nada. Llegará el momento en el que ambos debamos tomar una decisión de la que solo uno ha de sobrevivir.

Capítulo 7

Reconoció el olor de la sangre antes de recuperar la consciencia del todo. Aspiró con fuerza y acabó escupiendo a sus pies, controlando el dolor entre resoplidos y moviendo levemente los músculos para evaluar los daños.

Leif se miró las muñecas sintiendo que la claridad, que entraba por el ventanuco, lo cegaba por un instante. Una joven se aproximó y él la evaluó. No era muy hermosa, más bien menuda, tanto que parecía enfermiza, pero tenía dos manos y eso era suficiente.

—Tengo sed... —gimió mostrándose mucho más débil de lo que estaba—. Solo unas gotas de agua.

—No me permiten hablarles —reconoció la joven, encogiéndose con miedo, como si las sombras pudieran descubrirla haciendo algo indebido.

—Muchacha, no merezco morir. —Cuando ella hizo girar sus ojos para mirarlo le sonrió sin pensar en el dolor que lo traspasó por culpa del corte del labio, la recorrió con tal intensidad que ella se sintió desnuda y deseada—. No pido que me liberes, solo que no me causes más sufrimiento.

—No sé si...

—Nadie lo sabrá por mí —le aseguró el vikingo, con la mirada oscurecida por la determinación. Ella dio un paso, después no recordaría haberlo hecho—. Compadécete de mí, al menos afloja mis ataduras.

Groa se miró las muñecas, ella recordaba lo que era que las cuerdas le impidieran moverse, recordaba lo que era que su piel se rasgase ante el roce. La piedad la condenaría, pues se acercó demasiado.

Era dulce y tierna, nada de eso le importó al vikingo que la aferró por el cuello y sonrió vencedor.

>> Hermosa, ahora harás todo cuanto te diga o serás la primera en abandonar este mundo. — Su voz había cambiado. Por pura cabezonería logró incorporarse, apretó un poco más el agarre hasta que la joven dejó caer los brazos a ambos lados de su cuerpo derrotada.

Fue tan sencillo que, por un efímero instante, la culpa lo aguijoneó.

Groa estaba muerta. Las historias sobre las monstruosidades que esos hombres habían realizado resonaron en sus oídos, ella no saldría de allí entonces, ¿por qué concederle la libertad?

—Hágalo —soltó con auténtico pavor la joven de ojos grises y finos labios, que no oponía resistencia—. Es un asesino, ¿verdad? No le concederé lo que necesita cuando mi destino ya ha sido decidido.

—¿Por qué habría de hacerlo? Preciosa —continuó él comprendiendo que, con ciertas mujeres, era mucho más útil la seducción—, no está en mi naturaleza dañar a criaturas indefensas que merecen ser alabadas.

—No iré contra los míos.

—¿Los tuyos? —Casi se carcajeó Leif, que mostró el tatuaje de su antebrazo cuando tiró de ella para acercarla—. Puedo ser el hombre que te haga soñar o puedo hacerte sufrir. ¿No temes a la muerte? Puede que tengas razón, morir es sencillo. Rompe mis ataduras o comenzaré a cortarte en tantos trocitos que no podrán reconocerte.

Ella tembló de miedo, perdió todo el color.

Lloró, pero consiguió estirarse hasta aferrar una afilada espada que descansaba junto la puerta. La habían puesto ahí para hacerlo sufrir más, al tener tan cerca la posibilidad de escapar, ahora él lo aprovechaba.

Los dedos de Groa consiguieron asirla y acercarla, Leif la aferró y lanzó a la esclava lejos como basura.

Cuando se vio libre cayó sobre la paja, gimió secamente y se alzó apoyándose en todo menos en su pierna derecha. Renqueante volvió a acercarse a ella, volviendo a tomarla por los pelos la obligó a colocarse a su altura.

Groa era un bulto sin voluntad que, desde niña, había aprendido a claudicar y obedecer.

—Me llevarás a los otros. Solo así tu vida tendría algún valor —aseguró él, revisando la luna que resplandecía fuera y puede que no tardase mucho en ocultarse. Debía aprovechar la oscuridad que lo cubría, ocultarse como pudiera y largarse antes de que alguien lograra dar la voz de alarma. La tensión despertaba sus sentidos.

—Yo no...

—¿Acaso no me has escuchado? —Muchas vidas estaban en juego. Se escudó en eso cuando, con saña, la zarandó. Los ruegos de ella acabaron rozando el pecho del guerrero, que había aprendido mucho tiempo atrás a colocarse la coraza ante las emociones que surgían en batalla.

Leif estaba en territorio enemigo y lo sabía.

—No puedo. No puedo hacerlo, yo... —llovió Groa, que temía soltarlo pues solo ella estaba para pagar las consecuencias —Ellos...

—¡Hazlo!

—Todos han sido degollados. Solo quedáis dos —reconoció Groa, que miraba la puerta con desesperación, planteándose dejar atrás cuantos cabellos fuera necesario. Quería gritar con todas sus fuerzas, ¿por qué no conseguía que su boca realizara sonido alguno?

—Llévame a él. Al que sigue con vida.

—Está muy herido —quiso disuadirlo.

—¿Estás loca? ¿No lo comprendes? O me llevas a él o solo lograrán reconocerte cuando consigan unir tus pedazos.

Fue suficiente, ella casi se desvaneció y una bofetada logró mantenerla alerta.

Magni era el que menos esperaba encontrarse. Le costó más de media hora hacerlo regresar en sí y, cuando lo logró, no conseguía soltar nada con sentido.

>> Nos largamos —compartió Leif con su amigo, palmeándole el hombro con fuerza

mientras lograba ponerlo en pie—. Todos. —Miró a Groa con intención.

—No yo... le he ayudado. No me lleve con usted, tenga piedad. Se lo suplico. —Se tiró al suelo, raspándose las rodillas

Los rizos castaños de la esclava eran suaves, descubrió Leif sorprendido, tras otearla en detalle. Las pecas de sus mejillas eran adorables, parpadeó todavía más impactado ante el curso de sus pensamientos.

—Nos guiarás y yo cuidaré de ti.

—¿Y quién me protege de ti? —saltó de pronto ella, cansada con que él jugase con su vida como una moneda de cambio. Puede que no fuera valiente y, de serlo, no le sirviera de mucho. Puede que fuera diminuta, delgada y apenas lograrse alzar una espada, eso no implicaba que le faltase valentía y lo demostró al olvidarse de la autoprotección —Debería gritar, al menos sabría que tú...

—¿Deseas tanto mi muerte? —preguntó con voz suave Leif, atravesándola de tal forma que ella abrió y cerró la boca varias veces sin soltar palabra —Hazlo, prometo no hacerte daño. —Levantó la mano pidiendo tiempo—. Si lo haces quiero que observes cómo acaban conmigo, que comprendas que toda la culpa será tuya. Mi sufrimiento, mi dolor, mi muerte.

—No he hecho nada.

—Lo harás, si no me acompañas lo harás porque moriremos.

—Ya estabais muertos —siseó Groa entre dientes.

—Lo siento amigo —se excusó Leif antes de dejar caer el cuerpo de Magni y acudir a la esclava. En esta ocasión la acercó con suavidad y la llevó a alzar el rostro. Tras esa mirada vidriosa supo que, tan pronto regresase, precisaría al menos a tres mujeres desnudas al alcance de sus manos para saciarse. La entrepierna se le endureció y quiso jugar, incluso sabiendo que el tiempo era un cobarde que mecía una espada sobre su cabeza—. Cierto, tú me salvaste.

—No era mi intención.

—Permíteme compensarte —continuó él, apretando las nalgas de la muchacha con fuerza.

La apretó contra él con esa intensidad que atraviesa los huesos pues, cuando la muerte te ha atosigado durante días, cuando todo se desvanece y los motivos del por qué dejan de importar, es más lógico aceptar los impulsos como lo único que uno puede obtener.

—No lo hagas. —La voz de Groa se perdió en la cueva que escondía la lengua masculina. Era un demonio perfecto, pensó la joven cuando él comenzó a tentarla. Pequeños toques que la confundían, una sensación ganaba intensidad en su vientre y la llevaba a permanecer quieta.

Cuando Leif se separó había recuperado parte de sus fuerzas. Si instantes antes se había mostrado como si estuviera prendado de ella, incluso como si le importase, ahora volvía a ser alguien capaz de todo por obtener cuanto necesitara.

—Arriégate conmigo —pidió Leif.

¿Qué tenía ese hombre que ella no pudo apartar los ojos? Se sintió única, imprescindible, necesitada. Lo dijo de tal forma que, lejos de pedirle que le ayudase a escapar, pareciera que le ofrecía una aventura a su lado, un viaje en el que ambos... ¿qué? ¿Más besos? Su inocente mente no podía llegar mucho más allá, mas sabía que había mucho más.

Ella se giró y miró la puerta. No contestó, dio el primer paso en silencio, después observó sobre su hombro a las dos sombras que se recomponían para emprender el viaje.

¿Por qué lo hacía?

Groa llevaba desde niña esperando un cambio, la idea de la aventura despertaba una mujer que no reconocía, pero le gustaba.

“Es por él”. Negó con la cabeza ese primer pensamiento, con el segundo se sumió en una discusión interna en la que perdía siempre. “Temes que vuestros caminos no vuelvan a cruzarse.”

Capítulo 8

Recordar, en ocasiones, por mucho que se intente es imposible.

Eyra regresó a la entrada de la cueva ante el pánico de olvidar a Odd por completo, ante lo bien que la hacía sentir Snorri con una conversación insulsa en la que apenas participaba. Su impulso natural era buscar roces innecesarios, justo por eso, escapó asustada.

—¿Qué es lo que buscas en las sombras? —preguntó Snorri, tomándola de la muñeca. Notó las cicatrices, tan profundas que habían creado medias lunas que surcaban una piel tan delicada y sensible.

Ella apartó el brazo, asqueada consigo misma y con quién era.

—No vuelvas a hacerlo. No tienes derecho a tocarme —gimió ella, regresando a los tiempos en los que no era más que una niña asustada y avergonzada, que se ocultaba cada vez que debía lamerse las heridas y las escondía porque la culpa la carcomía. Ella recibía los golpes y se laceraba después, penoso cuando menos—. Si lo haces te azotaré.

La sonrisa de él la enfadó todavía más.

>> ¡No me mires de esa forma!

—¿Cómo? —El desconcierto de Snorri hizo que quisiera arrancarle los pelos de la cabeza.

—No quiero hacerte daño.

—Pero me amenazas —le recordó el guerrero.

—¿Podrías fingir al menos que te crees un esclavo? —escupió ella, cegada por una sensación escamosa que no quería volver a sentir. Ahora era fuerte, poderosa, invencible. A su lado las personas temblaban, nadie se había acercado tanto y menos sin cierto temblor en sus manos — Quizás necesitas sentirlo, comprender que, en ocasiones, no importa cuanta fuerza tengas o cuanto lo intentes. En ocasiones no puedes vencer.

—¿Qué me harás? —Él se lo estaba pasando en grande, viendo en su berrinche una posibilidad de divertirse. Ella era incapaz de dejarse llevar y, colocarla al límite, era otra forma de tentarla. Tocarse, golpearse incluso, era la posibilidad de estar tan pegados que la línea que debían cruzar para acabar arrancándose la ropa era muy fina.

Sin embargo, cuando Eyra ya tenía la daga firmemente apretada entre los dedos y pensaba cómo hacerlo caer, se detuvo. Observó los ojos verdes de Snorri y sonrió, la respiración se le normalizó despacio.

Odd no la dejaba sola, se mantenía a su lado, aunque tenía la decencia de guardar silencio cuando las palabras no podrían ayudar. Solo estaba a su vera y la protegía de sus propios pensamientos mientras el sol caía sobre las montañas y la noche la protegía.

Eyra se sobresaltó ante su propia voz, aguda y demasiado tranquila.

—Dice que estoy lista para interrogar a uno de los que han apresado —soltó ahogándose, la

idea de mareaba—. Dejó un cuchillo en mi mano y me pidió que lo cortase.

Eyra apartó el paño ensangrentado de su mejilla y Odd envolvió sus hombros aguantando el aliento.

>> Tranquilo, Nera dice que no perderé el ojo. —Quiso reconfortarlo pues, aunque ese abrazo significaba tanto, su preocupación también la aguijoneaba de tal manera que no lograba mirarlo a la cara.

—No tienes que contarme nada más. —Quiso detenerla Odd, ella apretó con fuerza el corte que rajaba su mejilla derecha. Lo hizo con el odio que sentía por sí misma, con el asco por la niña que, aun intentándolo, estaba abocada a ser un monstruo como su abuelo.

—Lo hice. —¿Cómo explicarlo? Ni lo pensó. Creyó que había un límite para ella, se equivocaba.

Fue imposible negarle algo a su abuelo. La voz le había temblado, sus piernas, todo su cuerpo sudaba y le suplicaba que corriera lejos. No hacía falta que regresase nunca, podía sobrevivir lejos de allí entonces, ¿por qué no podía irse? ¿Qué era lo que la retenía en aquel infierno?

Por un segundo creyó ver cierta empatía en la envejecida mirada del jarl, después lo dudó. El viejo sádico se giró y cojeó hasta la silla que había colocado junto a la puerta. Recogió un cuchillo y regresó a su lado.

Eyra cerró los ojos creyendo que había vencido. La obligaría a presenciarlo, solo eso.

—Mírame. No permitiré ningún tipo de debilidad por tu parte —gruñó el jarl, su sonrisa de después congeló a la niña—. ¿Crees que saldrás vivo de aquí? —le preguntó al prisionero mientras aferraba la cabellera de su nieta —Si puedo hacer esto con ella, ¿qué crees te espera a ti?

La rajó y volvió a alzar la hoja ensangrentada, la dejó ante los azules ojos de su nieta prometiendo mucho más.

>> Eyra, ¿él o tú? Cada uno de los cortes que le pertenecen decorarán tu cuerpo si te niegas. —Eyra no podía creérselo, no llegaría tan lejos. Quiso retroceder, no pudo, no se lo permitió—. Te haré fuerte muchacha, para que no te conviertas en tu madre. Nadie podrá acabar contigo.

El cuchillo volvía a acercarse y Eyra no pudo, no fue el dolor sino el pánico en su aspecto más primitivo el que la hizo gritar que aceptaba. La idea era estirar la tortura cuanto pudiera, miró los ojos dorados del prisionero y supo que al final el viejo había vencido, puede que en parte siempre lo hubiese sabido.

—Lo degollé —soltó sin culpa, o puede que tan sobrepasada por ella que no lograba procesarlo.

—No sufrió —trató de consolarla Odd.

Eso no compensaba nada, una estrella más brillaba en el cielo por su culpa. Esperaba que los dioses supieran ver más allá de sus actos, que supieran comprender que, incluso teniendo el arma en la mano, nunca tuvo opción de negarse.

Podría haberle mostrado a Snorri que ella tenía razón. Podría haberlo tumbado y encadenado

de tal forma que no fuese capaz ni de mover la cabeza, tener el poder de hacerlo no significaba nada para ella. Los ojos verdes del vikingo eran hermosos, cálidos, dignos de alguien que, aun teniendo que pelear para defender a los suyos, había esquivado los actos más atroces que el mundo escondía.

—¿Ahora sonríes? —inquirió Snorri confundido.

—No importa. —Ella quiso apartarse, él rodeó su cintura, apoyando el mentón en su hombro—. Deberíais iros. Si aprovecháis el frío podréis esquivar a los rastreadores.

—Te he dado mi palabra. Ahora soy tuyo.

—¿Tanto valor tiene para ti? —Apoyó sus temblorosos dedos sobre la fría piedra de la cueva para hallar serenidad, porque él lograba hacer que su piel se volviera sensible y se le secase la boca. Estaba cansada de resistir los impulsos, unos pocos días fueron suficientes para que sintiese que perdía la batalla—. Mientes, aunque todos lo hacemos. No estás aquí porque yo te salvase o reclamase como esclavo. Estás aquí porque buscas conseguir algo de mí, todos somos egoístas, aunque tratemos de evitarlo.

—¿Y qué deseas conseguir tú?

El amor infantil que todavía sentía por Odd no se parecía en nada a lo que experimentaba cuando Snorri la cercaba, cuando su cuerpo se preparaba para atenciones que nunca fueron tan intensas y necesarias para respirar.

Ella sabía lo que era el control, el poder, la autoridad. Sabía avanzar cuando otros se meaban encima, lo que era correr hacia quien, con seguridad, podría arrancarle la cabeza del cuerpo, sin embargo, se sentía débil cerca de Snorri.

Lena se habría reído de ella, de todas las veces en las que trató de convencerla de que la relación entre un hombre y una mujer era mucho más. Ella creía en el amor, esa emoción que podía devolverte a la luz, sin comprender que no era que negase su existencia, sino que ya lo había sentido y la pérdida era devastadora.

—No sufrir. —Algo impensable en un mundo cruel—. No dudar, no caer. Olvidar incluso, olvidar quien soy y lo que he hecho. Olvidar lo que he perdido. —Las manos masculinas ascendieron y pasaron por sus pechos, una se quedó ahí, la otra terminó en su cuello y la pegó a él. Ella perdió la voz.

Snorri sintió la lucha de ella por cederle el control, por aceptar cuanto él quería darle sin alzar los puños. Permitiéndose disfrutar cuando no creía merecerlo, porque nunca podría ser de nadie.

>> Si te vas ahora puede que me olvides con el tiempo —susurró Eyra.

Retiró su pelo rubio con dulzura, lo colocó a un lado disfrutando al mismo tiempo de su aroma. Era tan sensual y hermosa que le sorprendía que no se diera cuenta del poder que esgrimía ante los que la observaban. Puede que lograrse mantenerlos lejos, muchos habrían dado una mano por la oportunidad que a él se le presentaba.

El peligro era otro aliciente mientras, sin querer, se preguntaba si podría lograr que ella se quedase a su lado. Snorri podía soportar el dolor y sabía que se lo inflingiría, no temía ese momento si podía vivirlo con ella. Él quería recomponerla, intuyendo que había otra mujer que seguía peleando con uñas y dientes contra la coraza que la protegía.

Quería acunarla, aunque ella no lo permitiría.

—¿Te acobardas ahora? —Ella se tensó, él supo que no retrocedería—. Dime que pare si no estás preparada. —Acercó la boca a su oreja—. Soy tuyo, ¿lo recuerdas? —Sopló sobre ella con suavidad.

Capítulo 9

Desde que lo vio la idea había sido poseerlo, tenerlo entre sus piernas consolando su negra alma entonces, ¿por qué su reticencia a aceptar sus caricias?

Snorri posó los labios en el arco de su cuello, olisqueó ese delicado trocito de piel como si el aroma lo llevase a rugir. Un demonio oscuro ascendía por el cuerpo del vikingo volviéndolo demandante, posesivo, haciendo que sus caricias fuesen mucho más intensas.

La giró, ella esquivó sus ojos. Mordió su labio inferior y ella se creyó incapaz de respirar.

—¿Sabes por qué sigo a tu lado? —La voz de Snorri la sobresaltó, sus párpados habían caído y ella se había permitido disfrutar sin más de lo que él le regalaba—. Puede que creas que soy tu esclavo, —Volvió a tomar el labio inferior de ella, lo hizo marcando los dientes en su piel sin que Eyra moviera su gesto. Le concedería que era dura, no lo suficiente—. sin embargo, ambos sabemos que yo tengo el poder. Eres una mujer que sabe usar la espada, no un guerrero. Puedo verlo en tus ojos.

—¿Eso crees? —Eyra mostró los dientes en una mueca peligrosa.

—Las hembras sois dulces, vuestros corazones demasiado tiernos para soportar...

—¿La muerte? ¿El dolor? ¿El hambre? ¿El frío? —enumeró ella —¿Crees poder controlarme? —Bufó queriendo reír. Ella pasó las manos por los fuertes antebrazos del vikingo, ahogándose en una verdad que nadie podía negar—. He visto caer a muchos, me gustaría olvidarlos —le concedió.

—Preciosa, abandónate a mí. Te llevaré conmigo y serás la dueña de mi cama —ofreció él, creyendo que el regalo de ser su amante sería suficiente. Otra cualquiera se habría ofendido, ¿por qué no su esposa? Aunque en la situación de ambos era obvio, ella no se paró en nimiedades.

—¿La dueña de tu cama? —Eso sí que le hizo gracia. Ya lo era, solo que de mucho más. Le habían enseñado a tomar todo lo que anhelase, solo que ella rehusaba hacerlo—. Quizás es el momento de que comprendas que no soy como las que han zurcido tu ropa, como las que hacen tu comida y te buscan en la noche. —Se tragó mucho más. Para Eyra esas hembras eran débiles, incapaces de soportar todo lo que ella había tenido que vivir.

—Disfrutarías. Puedo ser atento, tierno incluso. Muchas te envidiarían.

—Te tienes en alta estima.

—Antes o después habré de regresar con los míos. —La amenazó sin hacerlo, el tiempo de jugar a ser su prisionero se acercaba a su fin. ¿Eso era para él? Ella sintió el veneno de las palabras en la lengua, lo paladeó como buenamente pudo antes de hablar, lo hizo con la misma frialdad que la recorría.

—Habré de repetirme, creo que no logras comprender tu situación. Guerrero, en muy alta estima te tienes —siseó Eyra, hizo girar los brazos y él tuvo que soltarla. Se escurrió sin que lograra aferrarla.

La daga siempre ahí, un apéndice más que acudía antes de que ella la reclamase. La sintió en los dedos de su mano derecha, la alzó entre ambos.

Se pegó a él sin bajar el acero, no lo hirió, tampoco hacía falta incrementar demasiado la presión. Cuando pegó sus labios a los de Snorri estaba vacía, cansada, herida. Lo hizo con el gélido aliento de la nada recorriéndola.

Quería cambiar, ¿ser otra persona? En otro tiempo habría aceptado por mucho menos con tal de no ser la que tuviera que sesgar tantas vidas. No ser testigo de la nada que ocupaba los ojos de sus enemigos cuando las almas escapaban de tan terrenales recipientes.

Rígida, controlando cada movimiento, usó la mano izquierda para tomar su pelo y obligarlo a inclinarse.

>> ¿Quieres escapar? Hazlo. Acaba con mi vida, inténtalo al menos. Logra arrebatarme la daga y clávala en mi corazón —le ofreció sin hacerlo, sintiendo pena al comprender que no lo lograría. Ella pelearía y él caería, no había otro final posible—. Ahora me darás lo que es mío.

Deslizó la daga hacia abajo hasta que la punta llegó a sus pantalones. Cortó el cordón que los mantenía en su lugar y tiró de ellos hacia abajo sin despegar sus pupilas de los verdes ojos de su esclavo. Lo hizo alejando cualquier cálida emoción, retándolo a retirarse, a negarse.

“Detente. No eres así.” Suplicaba una voz en su interior. ¿Por qué le costaba tanto rendirse? ¿Era capaz de plegarse?

Snorri la odió, también la deseó con tanta intensidad que, cuando ella logró liberarlo, su pene la saludo al señalarla.

>> Siéntate.

Él lo hizo. Hipnotizado, conteniendo el aliento.

—No podrías dañarme —aseguró Snorri, sin atreverse a tomar la daga.

—Esclavo, ¿no lo comprendes? —Ella se puso en pie, guardó el acero y sonrió triunfal—. El poder es mío incluso a manos desnudas. Ahora vas a quitarme los pantalones y tomaré el trozo de carne que he salvado.

—¡Soy un vikingo!

—Un cobarde que se plegó con demasiada facilidad con tal de sobrevivir. Ahora respiras, ¿acaso no he cumplido mi parte?

—Lo hice por salvar a mis hombres.

Ella se encogió de hombros.

—¿Acaso es diferente si soy yo la que te pide que me arranques la ropa? ¿Es diferente si soy yo la que decide cómo y cuándo? Guerrero, la única mujer que hay aquí eres tú —se carcajeó ella y, de pronto, comenzó a reír histérica.

—Has perdido la cabeza.

—Es posible y, sin embargo, harás lo que yo diga —aseguró Eyra tomando los pelos de su cabeza y forzándolo a mirarla—. ¿Verdad? Me apenaría acabar con tu amigo para demostrarte quién manda.

Snorri apretó los dientes y las manos. Se planteó la idea de atacar y, de haber sido cualquier otro el enemigo, lo habría hecho. No obstante, al mirar los ojos azules de Eyra, un mal presentimiento lo recorría.

Llevó los dedos al pantalón de ella. Le temblaban de pura ira, lo estaba humillando y ambos lo sabían. Debía azotarla solo por el descaro que demostraba, cualquier otra de su clan habría pasado hambre durante días por mucho menos, pero cualquier otra le habría temido y respetado.

La mujer que se alzaba sobre él parecía tallada en piedra, inalcanzable incluso. Cuando creía vislumbrar algo de calor en sus ojos éste desaparecía y era reemplazado por la rabia. Entonces, ¿por qué la idea de que le perteneciera lo hacía endurecerse? ¿Cómo había logrado colarse en sus sueños de tal manera que la idea de abandonarla lo torturaba?

>> No te preocupes. Por muy denigrante que creas que es, te haré disfrutar. Prometo que llegará un día en el que anhelarás que yo acuda a pedir tus servicios.

¿Sus servicios?

—¡No soy un esclavo! —aulló Snorri, queriendo ponerse en pie.

Ella envolvió su cuello con los brazos de tal forma que él se vio obligado a defenderse para poder llenar los pulmones.

—Me confundes. ¿Acaso no es lo que me ofrecías a mí? —Ella lo sintió relajarse y lo dejó ir. Le dio la espalda sin bajar la guardia, esperando un ataque que no tardó en llegar.

Cayeron al suelo. Giraron y él buscó inmovilizarla, una auténtica pena que no fuera capaz de lograrlo. Ella se impuso, logrando colocarse a horcajadas sobre su esclavo.

>> Deberías mejorar tu técnica. Es burda, confías demasiado en la fuerza —le regañó melosa, antes de inclinarse, dejándose llevar por un juego absurdo de poder que le confería la posibilidad de distanciarse de la verdadera Eyra—. Quizás podría enseñarte cómo pelear.

Ella se quitó la piel de los hombros y después la camisa. Al vikingo se le secó la boca, sus labios se le despegaron ante la necesidad de tomar uno de esos pezones que lo señalaban y recorrerlo con la punta de la lengua. Saborearlo, jugar con él durante días incluso.

Eyra se puso en pie, él no se movió. La observó perdido en las vistas, la guerrera se relajó e incluso sonrió con esa ternura e inocencia que no parecía pertenecerle. La duda, la vergüenza que solo con él la embargaba.

Se arrancó los pantalones con prisa, temiendo echarse atrás. Lo observó con orgullo, deseándolo, notando el calor de sus miradas reptando por su piel y acariciándola incluso antes de que las manos de Snorri la descubrieran.

Volvió a dejarse caer de rodillas, con las piernas abiertas. Ambos se miraron sobrecogidos ante lo placentero de sentir sus entrepiernas rozarse, la humedad, el calor, los escalofríos que, como pequeñas descargas, los dejaban anhelantes y débiles.

>> Te haré mío —susurró ella.

—Ahora mismo te lo daría todo —jadeó Snorri al notar los fríos dedos de ella ascender por su pecho mientras él se recolocaba en su entrada.

Ese todo era inmenso pues, la hembra que estaba a punto de cabalgarlo, era indescifrable. Cuando creía empezar a conocerla mutaba, dejándolo sin palabras. Ella se inclinó y rozó su boca,

un toque que a él lo hizo gruñir y reclamar más mientras la apresaba por la nuca.

La mantuvo ahí y ella le permitió todo cuanto él quiso. Un beso que pronto los convirtió en lava, los volvió necesitados y dejó atrás la lucha de poder que entre ambos se desarrollaba. Se acariciaron con brusquedad, ella se dejó caer y él quiso atravesarla con dureza.

Eyra iba a mecerse cuando él la tomó por las caderas. Clavó los dedos y le instó a descender con brusquedad mientras se separaba de él con la delicadeza de una mariposa. Quería que el mundo temblase al introducirse en su interior mientras que la despedida debía ser incluso triste.

Un caudal de emociones que a ella la dejaron sin aliento y a él le permitieron cambiar las tornas.

Se puso sobre la guerrera y marcó su propio ritmo. Recogió uno de sus pezones entre los dientes y lo marcó, ella gruñó a modo de protesta y lo tomó por los pelos, haciéndolo sonreír.

>> Preciosa, tienes un cuerpo endiabladamente perfecto. Me quedaría en tu interior toda una vida.

Halagada no supo responder. Puede que no fueran las palabras más hermosas del mundo, sí las que llegaron hasta el centro de su corazón y la dejaron jadeante, necesitada, implorando una liberación que, a ese ritmo, no tardaría en llegar.

Juntos alcanzaron la cima del mundo, volaron sobre las altas cumbres nevadas y se abrazaron cuando notaban que las fuerzas les fallaban. Estaban sumidos en ese placer adictivo, demasiado absortos por las lenguas de fuego que se deslizaban por sus cuerpos para pensar en todo lo que debía separarlos.

>> Me estrangulas... —jadeó con voz grave Snorri, revolviendo las entrañas de su amante. Ella sonrió al notar el orgasmo recorrerla, con cada embestida, llegando hasta lugares insospechados.

El mundo quedó atrás, el pasado, la culpa. Lo que era y había sido se difuminó en manos del enemigo, de aquel con el que debía acabar. ¿Cómo haberlo? No podía regresar hasta que llevase su cabeza con ella, nunca lo haría. Lo protegería, ¿por qué? ¿Importaba?

>> Si sigues así no podré soportarlo más...

—No lo hagas... —casi suplicó ella, con los ojos brillantes y los labios rojos. Lo hizo de tal forma que zarandó el pecho del guerrero, que la observó completamente perdido — Acompáñame en el placer.

¿Cómo no hacerlo? Daría cuanto era en ese momento por concederle tal petición, por no soltarla cuando cayera en el abismo más oscuro y reconfortante. Enlazaron sus manos sobre la cabeza de Eyra y ella alzó las caderas.

—¡Por Odín! —Snorri apoyó la frente en la suya—. Juegas conmigo, preciosa. —No debía permitirlo, no debía... —Joder...

Y el mundo se tiñó de millones de colores, brillantes, hermosos. Mil colores que bailaban en los iris de la mujer más bonita, complicada y peligrosa que Snorri había poseído.

La idea de regresar a otro lecho que no fuera el suyo se le tornó aburrida, insípida. Ella había logrado convertir el sexo en una batalla, peligrosa, adictiva. Una lucha de poder que él había perdido, al menos por el momento.

Cuando el calor del momento se desvaneció ella corrió a cubrirse. Lo hizo con prisa, incluso con asco hacia sí misma. Snorri sonrió orgulloso, ella bajó el rostro y se dijo a sí misma que iba a cazar. ¿El qué? Con el frío que hacía no lograría nada.

Él, todavía desnudo, se acercó y la tomó por la cintura. Notaba su miembro semi—erecto contra el vientre. Ella alzó el rostro para poder retarlo de frente, él estaba relajado y no quiso entrar en su juego.

—Ahora dime qué debo hacer para ser recompensado de esa forma —soltó Snorri. Su sonrisa retándola, esa sonrisa orgullosa que lucía, fue una patada en el estómago para ella—. Debo reconocer que sabes cómo lograr que un insulto suene apetecible.

—No olvides apretarte bien la cadena. Además, pronto habré de lucir a mi esclavo ante los míos.

—¿Eso crees? Ten cuidado. Creo que tienes un esclavo tan hermoso que muchas tratarán de acercarse a mí, de obtener mis atenciones. ¿Tendré que servirlos a todas? —Se restregó con indecencia contra Eyra, ronroneando ante la palidez que ella mostraba—. Habrás de poner un límite por día, creo que soy bueno, pero tengo mis límites.

—¡Cállate! Nadie te tocará, ¡nunca! Eres mío —Su lengua la traicionó. Ella lo miró y empujó, él se reía haciéndola sentir poca cosa.

—¿Tuyo? —Hizo que se limpiaba las lágrimas de los ojos—. ¿Tan bajo tienes que caer para que un hombre te toque? —Ella tembló, ni siquiera pensó en defenderse—. ¿Tan poca cosa eres como mujer que nadie querría poseerte si no está encadenado?

Ella se giró, él no le permitió huir, no todavía.

>> Piensa bien mi oferta. Cuando Ulf se encuentre mejor habré de regresar y no quiero tener que cortarte la cabeza. Yo te ofrezco rebajarme a tomarte —susurró a su oreja, ella rechinó los dientes—. Habrás de compartirme como hacen otras, pero siempre regresaré a tu co...

—Eres tú el que debe pensárselo bien. —Golpeó la boca de su estómago con el codo. Sus palabras la habían calado hondo, cuando se giró no lo demostraba—. Eres tú el que me compartirá. Eres tú el que se plegará y aceptará mis migajas.

Él quiso devolverle el golpe, no demasiado fuerte, lo justo para ponerla en su lugar. Lanzó un puñetazo guiado por la rabia, por lo que él consideraba injusto. Ella permitió que impactase en su abdomen, lo absorbió lentamente y volvió a alzarse.

Snorri se arrepintió casi al momento.

>> ¿Quieres intentarlo de nuevo? Habrás de esforzarte mucho más si quieres hacerme suplicar —ironizó la joven, que no sentía odio ni rencor. Lo veía incluso justo, anestesiante para el resto de emociones que la traspasaban. El dolor físico podía soportarlo, llevaban conviviendo muchos años para rechazarlo ahora—. ¿Es eso? ¿De verdad eres un vikingo?

Ella sacó la daga y se la tendió. Se aproximó a él, que se veía reticente a tomarla.

>> ¿No era lo que querías?

—No te mataré. No acabaré con la vida de quien me ha salvado de una muerte segura.

—Excusas. ¡Hazlo! ¿No quieres tu libertad? Solo podrás encontrarla cuando pases por encima de mi cuerpo sin vida. Cuando hundas la hoja en mi pecho y notes mi sangre mancharte

las manos —describió Eyra—. Te perseguiré el resto de tus días, mas es un pequeño precio a pagar que todos los guerreros han de llevar sobre sus almas.

—Estás loca.

—Puede —le concedió la joven con indiferencia—. Cuando de verdad seas un hombre, cuando seas capaz de reclamar lo que dices ansiar tanto, entonces hazlo. No me hagas perder el tiempo en rabietas de niño pequeño.

¿Era locura ya no tener nada por lo que vivir? ¿Era locura que, tras tantos años sin motivos para continuar, prefiriera que alguien le diera la libertad de morir?

El final era dulce pues, para Eyra, el final era poder descansar al fin. Llegar hasta Odd, sabiendo que él la recogería y consolaría, que en sus brazos encontraría un amor sin condiciones. No importaba lo mucho que errase, lo defectuosa que fuera por dentro, Odd estaría ahí.

>> Limpia un poco —ordenó entonces, señalando la cueva—. Y cuida de la rata con la que me has obligado a cargar. Sus lamentos empiezan a incomodarme y no quiero tener que rajarle la garganta por la noche para poder descansar.

Capítulo 10

La nieve era tan blanca que la cegaba. Siguió caminando, notando cómo los pies se le hundían casi hasta las rodillas y el cansancio hacía mella en sus músculos. Estaba agotada, no por eso se detuvo.

Alzó el rostro hacia las esponjosas nubes que, sobre su cabeza, amenazaban con continuar congelando el mundo que la rodeaba.

—Sabía que te encontraría aquí. —La voz de Eyra dejó un rastro a su alrededor en forma de vaho. El frío empezaba a calarla de tal forma que le castañeaban los dientes.

—Eres ruidosa —gruñó Wulfstan, tensando su inmensa espalda.

—Te necesitaba —reconoció ella, anhelante de cualquier tipo de consuelo.

Wulfstan se giró aferrando entre sus manazas un hacha inmensa que meció como si no pesase nada. Incluso a través de las pieles Eyra percibió cómo tensaba los músculos, en todo momento preparado para la batalla.

—¿Quién? —fue la única pregunta del vikingo. ¿Qué sangre era preciso derramar? No necesitaba sus motivos, no, ella era familia. Lo era porque, incluso sin haberse casado con su hermano y habiendo compartido su lecho, siempre le pertenecería a Odd.

—Yo... —Se tocó el pecho sin ser capaz de procesar el rápido latido que la estrangulaba cuando pensaba en Snorri. Logró dar un paso, al segundo se dejó caer de rodillas.

Hacía muchos años que no la veía tan derrotada, tantos que Wulfstan dejó caer el hacha y acudió a ella. Tan diminuta... la alzó sin problema, ella desapareció entre sus brazos y dejó que el calor tan intenso que el gigante expulsaba la guareciera.

>> Me hace sentir pequeña, indecisa. Ese hombre me hace dudar.

—Mátalo —ordenó con esa furia incontrolable Wulfstan—. Yo lo haré —Y comenzó a caminar sin llegar a soltarla.

—¡No! —Las uñas de Eyra acabaron clavadas en los hombros del gigante.

—¿No? —La ceja derecha del Wulfstan se alzó, su mirada lanzaba muchas incógnitas que debían ser respondidas—. Te destruiré.

—Puede que lo merezca, ¿no? —En las pestañas de la vikinga temblaban mil lágrimas que entonces no fue capaz de derramar—. Llevo esperando mi castigo demasiado tiempo.

—Acabaré con él —aseguró Wulfstan, tomándola por sus rubios cabellos y obligándola a mirarlo. Él, que creía no tener ninguna debilidad, descubrió que ella era una. No la soltaría, no estaba sola—. Regresa al lado de la lumbre, yo me encargaré de todo.

—¿Podrías besarme? —preguntó entonces la joven, indecisa, sin desearlo realmente. ¿Qué pretendía conseguir? ¿Convencerse de que cualquiera podría zarandear su corazón con la misma intensidad que lo había hecho Snorri?

Tantas cicatrices decoraban su piel...y ella había olvidado la mayoría, no era el caso de la que cortaba su mejilla y el gigante acarició con mimo.

>> No puedo permitir que le dañes. —Ella se estiró buscando sus labios, lo hizo sabiendo que se encontraba al borde de un acantilado demasiado profundo.

Puede que en el pasado la pasión que los había recorrido fuera tan carnal como intensa, ahora era diferente. Ella no se entregó, no dejó su cuerpo en manos de su amigo, no podía. Lo traicionaba, ¿acaso le había prometido algo?

—¿Qué será de ella si mueres? —preguntó entonces el guerrero sabiendo dónde presionar.

—La protegerás.

—¿Yo? Siempre has sabido que ella no me importa. —Mentía, ambos eran conscientes. La voz ronca del Wulfstan hizo que ella poyase el oído en su pecho y sonriera. ¿Cuántas veces se había despertado en esa misma posición? Incluso había llegado un momento en el que se preguntó si eso era amor, ese cariño tranquilo que hacía que protegerlo fuera lo único que le importase.

—¡Esa vieja! —se carcajeó con brusquedad Eyra —Tantos potingues y poder para necesitar que la cuiden como a una niña.

La dejó caer y él mismo se sentó a su vera. Tan inmenso que ocupaba todo el espacio, pronto estarían empapados. El aire gélido los atravesaba buscando meterse bajo las pieles que los protegían, ninguno de los dos lo notó cuando sus ojos se conectaron.

>> Una deuda de sangre solo con sangre se paga —repitió Eyra apoyándose en él.

A ambos les dolía recordar, solo juntos podían hacerlo. Ella buscó su consuelo como antaño, él cruzó la barrera que lo separaba del mundo, la misma que había alzado a su alrededor cuando era tan solo un muchacho, y envolvió su cuerpo.

La memoria era traicionera, se empeñaba en recordarles lo que más les dolía.

Esa noche fue un infierno. Los gritos, la sangre, los ojos vacíos de Odd.

Eyra había corrido con las lágrimas deslizándose por su rostro y haciendo que la herida de la mejilla le ardiera. Estaba aterrada, no quería creerlo y buscó al único que sabía que la apoyaría.

—Tu hermano. ¡Wulfstan! ¡Tu hermano! —gritó la pequeña Eyra aquella noche. El sabor salado se había colado en su boca, la sangre teñía su piel —¡Wulfstan! —La garganta le ardió por la fuerza de su súplica.

El gigante, en aquel entonces mucho más delgado y aniñado, salió de una de las cabañas que rodeaban la del jarl mientras se limpiaba las legañas. Con el torso descubierto y descalzo, la observó y su rostro se cubrió con la determinación de quien se siente atacado.

—¿Qué ha sucedido? —La tomó por los hombros y la acercó a su rostro. La miraba queriendo atravesarla, leer su mente.

—El jarl... Odd... —No era capaz. No podía relatar lo que no lograba creerse. Las imágenes corrían por su mente narrando la historia que Wulfstan precisaba, sus labios no encontraban las palabras—. Odd...

La soltó y corrió, ella no logró despertar del todo de la ensoñación que envolvía lo que veía con una blanca neblina.

Eyra caminó atontada de vuelta a la casa del jarl. Con los dedos recorrió la pared de piedra mientras sus ojos esquivaban el ala norte del gran salón. Varios vikingos gritaban en busca de venganza, ella tembló y se dejó caer hasta que acabó sentada en el suelo.

—¡Ha acabado con nuestro jarl! ¡Traidor!

—Deberíamos quemar a toda su familia. Seguro que lo sabían...

—¡Cortadle la cabeza para ponerla sobre una pica y que nadie olvide lo que sucede cuando...!

—¡No! —aulló Eyra tapándose los oídos —¡No!

Los ojos de los presentes se volvieron a ella, que no lograba hacer que sus párpados volvieran a alzarse. No quería ver su cuerpo, la sangre empapándolo, ese rictus que ahora acompañaría a Odd a su siguiente vida.

Wulfstan, con un hacha entre sus manos, se encontraba ante los restos del muchacho para protegerlo. Incluso sin vida seguía siendo su hermano y, aunque más de una docena de hombres exigían venganza, ni uno solo se atrevió a dar el primer paso.

Eyra comenzó a avanzar a gatas, sin vergüenza, sin pensar en lo que el resto de guerreros pensarían de ella.

Despacio se aproximó a Odd, apoyó la mejilla en su húmedo pecho y lloró desconsolada.

>> Nadie lo tocará. Tendrá un funeral digno como el guerrero que era —dijo completamente ida, al tiempo que acariciaba a quien ya no podía sentirlo—. Los dioses lo recibirán entre alabanzas por la valentía que ha demostrado.

—Niña, ¿acaso has perdido la cabeza?

Ella giró el rostro hacia el que debía ser su pueblo odiándolos por cobardes, por estúpidos. Los miró pues todos sabían el tipo de monstruo que había sido el jarl, aunque para ellos ese diminuto detalle no tenía importancia.

Wulfstan apenas lograba controlarse, Eyra puso su mano derecha sobre el antebrazo del joven, dejando ahí la marca de sus dedos carmesí. Lo miró y sonrió sin ganas, se apoyó en él para ponerse en pie como si las fuerzas le fallasen.

Eyra se mecía de lado a lado, dando la impresión de estar vencida antes de pelear.

Muchos allí se veían con la posibilidad de robarle el poder. A pocos les importó la muerte que los rodeaba ni que la susodicha fuera una niña, no, era el momento y no lo dejarían pasar.

Las excusas eran solo eso, los hombres se fueron armando y Eyra notó que alguien ponía una espada en sus manos.

—No te dejaré sola. Hombro con hombro. Mi hacha siempre será tuya, mi alma te servirá eternamente —¿Era la voz de Wulfstan? Llegaba como si se hallase mucho más lejos.

¿Nada de eso era real?

Eyra asintió y aspiró con fuerza. Los miró sin reconocerlos, por mucho que la habían visto

crecer, día tras día. La joven vikinga notó el silencio que se extendía a su alrededor.

—Nadie tocará su cuerpo. Odd me pertenece, siempre ha sido así. Si tanto lo queréis, es hora de matar. —Las palabras de la niña cortaron a los presentes por la frialdad que demostró. Era el rostro de la muerte, ese rostro carente de emociones que, sin embargo, escondía un poder que se podía sentir en el bajo vientre.

Se lanzaron contra ellos. Eyra olvidó cuanto sabía, no buscó defenderse y, justo por eso, acabó malherida mientras remataba a muchos de ellos. Los hizo caer dedicándoles a todos y cada uno de ellos una sonrisa, incluso se inclinaba levemente a modo de reverencia antes de atacar, una burla imposible de ocultar que los hacía dudar.

Wulfstan era un guerrero increíble, no logró igualarla.

Cuando los pocos que quedaban en pie decidieron retirarse la joven apartó sus rubios cabellos, ahora negros, del rostro y suspiró más tranquila. Era el aroma de la muerte, del final, de la desolación, el que cubría el ambiente. Eyra dejó caer el acero y se llevó las manos a la boca, queriendo contener el grito por lo sucedido, ese grito que pugnaba por su libertad.

>> ¿Ha muerto? —preguntó entonces, mirando a Wulfstan, suplicando que le dijera que era una gran broma.

El hombretón apretó su hombro queriendo reconfortarla. Ella se lanzó contra él y envolvió su cintura mientras enterraba el rostro y descargaba cuando sentía sobre él. Gritó llevada por el rencor, el odio más profundo y la desolación. El vikingo no sabía qué hacer con los brazos y no llegó a devolverle el abrazo, aunque tampoco la apartó.

Permitieron que los minutos pasasen hasta que, al observarla mejor, notó que estaba herida. De mucha más gravedad de lo que, por la fuerza del abrazo de la joven, podía parecer.

La recogió y la cargó sobre su hombro, caminó decidido hacia la salida sin bajar la guardia.

—Traidor. No regreses nunca.

—Debimos acabar con ellos mucho antes. Al jarl nunca le gustaron las atenciones que tenían con Eyra.

Muchas voces se enlazaron para dejar bien claro cuanto lo odiaban, culpándolo de todo. Wulfstan anotó mentalmente el nombre de todos y cada uno de ellos. Habría querido llevarse a Odd, no podía cargar con ambos y Eyra todavía respiraba.

La llevó a través del bosque creyendo que lograría llegar lejos. Pronto tuvo que dejarla en el suelo al notar que su piel también ardía, su pierna derecha le latía anormalmente.

¿Cuándo habían logrado hundirle un puñal en el muslo? Lo tocó y arrancó sin sentir nada.

Eyra estaba desmallada, el gigante casi sintió envidia de que pudiera alejarse de la realidad. Pasó las manazas por su cuerpo para comprobar que las heridas no hubieran sangrado demasiado, era lo máximo que podía hacer y se dijo que dormiría solo unos minutos antes de proseguir.

—¿Están muertos? Es posible —dijo alguien con voz aniñada—. Pero si lo están no podrán jugar con nosotros —continuó.

—Deja de hablar y llevémonoslos. Si no hacemos nada pronto estarán rumbo al otro mundo —gruñó la misma voz, pero mucho más grave, aparentando pertenecer ahora a un hombre.

—Yo no puedo cargar con ellos... —lloriqueó esta vez esa persona con voz anañada.

Wulfstan logró despegar los ojos y descubrió sobre ellos a una mujer de blancos cabellos que, cambiando completamente el semblante, actuaba en cuestión de minutos como si mil seres habitasen en su interior.

La anciana arrugó el rostro en señal de enfado y volvió a gruñir:

—Está bien niña inútil. Yo cargaré con ellos, pero luego habrás de dejarme descansar. —Y la anciana tomó a Eyra por las botas hasta que la arrastró sobre una piel que había colocado a su lado—. Menos mal que no estamos lejos, o nos habría sido más sencillo dejar que los osos los devorasen.

¿Había osos por esa zona? El vikingo logró sentarse y carraspeó haciendo que la anciana saltase asustada.

—No nos hagas nada... —La voz aguda e infantil que ahora usaba acompañó a modo de súplica sus manos estiradas—. Solo queríamos ayudar. Mayra sabe cómo curar vuestras heridas. —Señaló su propio pecho.

—¿Está muy lejos? —inquirió Wulfstan.

—No mucho, al pasar esa montaña —contestó la anciana llevándose el dedo a la boca como si fuera necesario para obtener la respuesta.

—Te ayudaré a llevar a Eyra —aseguró el vikingo, incluso cuando dudaba que sus piernas pudieran soportar el peso de su propio cuerpo. No, él no se rendiría y no permitiría que Eyra muriera por su debilidad.

Eyra sonrió con cariño al recordar el extraño comportamiento de la vieja.

—La protegeré —aseguró ella, recordando las extrañas conversaciones que habían mantenido a la luz de la hoguera y lo mucho que se había reído. Eran recuerdos hermosos entre la oscuridad, la mujer tenía la capacidad de sobreponerse al mundo, solo que de una forma única. El amor que ella le profesó mientras la curaba jamás podría pagárselo—. Pronto habré de ir a vigilar que no se ha hecho daño. Creo que dijo, la última vez que la vi, que Daven quería castigarla por haber roto una de las marmitas. —Sonrió ante el recuerdo.

La vieja no tenía un nombre, no solo uno. El original, el que le habían dado al nacer, lo había olvidado mucho tiempo atrás. Ahora en su interior vivían seis personas diferentes que la cuidaban y protegían, emergiendo cuando más las necesitaba.

Lo que nadie sabía era que fue preciso que esas personas abrieran los ojos en el interior de la anciana para que pudiera sobrevivir cuando la dejaron en el bosque para que las alimañas acabaran con ella. La habían llevado allí a morir, avergonzados de la deformidad de su mano izquierda y de que cada uno de sus ojos fuera de un color diferente.

Lo que para Eyra fue algo que la hacía especial, para los que le habían dado la vida fue un constante recordatorio de que el mal habitaba en el cuerpo de su hija. La miraban y odiaban, la castigaban con tanta brutalidad que la niña había dejado de hablar un año antes de que la abandonaran.

Catorce años tenía cuando su padre la llevó allí y la apuñaló en el vientre, incapaz de rematarla. La abandonó mientras ella se desangraba y lloraba, en silencio, como siempre. No

miró atrás, por mucho que la muchacha no dejó de observarlo.

Esa noche, cuando el aullido de un lobo resonó entre los árboles, Daven despertó. Fue el primero. Un hombre fornido y cabezota, luchador. Él abrió los ojos y el rostro de la joven se arrugó, con los dientes apretados obligó al cuerpo de la ella a ponerse en pie.

—Niña tonta, sabes lo que tienes que hacer para curar la herida y te tiras a morir. No permitiré que sigas haciéndote daño. No, ahora que estoy contigo te protegeré siempre —gruñó Daven con mirada decidida mientras buscaba agua, hierbas y pequeños trozos de madera que podía usar para encender la hoguera.

Fue justo cuando quemaba la herida cuando el grito que salió por sus labios se volvió agudo. Aren nació llorando, protestando y pataleando. Demostraba una inocencia que nunca fue suya, que le había sido arrebatada por los que debían amarla y protegerla.

—¡Bruto! ¡Duele! —Aren se mordió el labio mientras sorbía los mocos.

—Calla, niña tonta. ¿Acaso quieres morir? —escupió Daven que, en cambio, se apuró para colocar el ungüento sobre la quemadura y cubrirla —Ahora debemos dormir para recuperar fuerzas. Pronto habremos de buscar un lugar en el que vivir y algo de comer.

—No podremos hacerlo... Somos débiles y la oscuridad me da mucho miedo... —gimió Aren queriendo hacerse un ovillo. Deberían haber muerto, era más sencillo que enfrentarse al mundo tan inmenso y aterrador que los rodeaba.

—Por eso me necesitáis. Mujeres... ¿Qué sería de vosotras sin mí? —ironizó Daven, antes de tumbarse y echar otro leño a la pequeña hoguera que había logrado encender.

Se acercó a Wulfstan con esa mirada derrotada que él no soportaba, con el temblor haciendo que sus carnosos labios temblasen. Ella quería ser impenetrable, sin embargo, su corazón era demasiado hermoso. Ella quiso hacerle creer que podía soportarlo, que estaba bien, pero le fue imposible ocultar la inmensidad de los sentimientos que Snorri encendía en su interior.

El gigante no tenía un gran don para las palabras, tampoco era tierno o considerado. Quiso serlo por ella.

—Llora, llora si lo precisas —la alentó él.

—Estoy confusa, aterrada y asustada. Ayúdame —repitió como tantas veces antaño. Eyra enterró sus manos entre los negros y lacios cabellos del guerrero, lo miraba sin verlo—. ¿Por qué no podías ser tú? Habría sido una gran madre, juntos podemos con todos. ¿Verdad?

Él también se lo había preguntado. Quiso tomarla como su compañera muchas veces, por algún motivo no logró dar el gran paso. Ella era tan dulce, delicada y sensible, que no comprendía cómo el resto del mundo no lograba verlo.

La tumbó con delicadeza sobre la nieve y la cubrió de tal forma que nadie podría verla, no a ella. La atravesó con las pupilas y Eyra dejó que su pecho se abriera. Lloró en silencio, odiándose por caer.

>> ¿Qué me sucede?

—Lo amas. —Era tan obvio... Quiso prohibirle sucumbir, exigirle que se alejase de Snorri. En su lugar se descubrió alentándola, dándole alas a lo que acabaría con la guerrera que él apreciaba—. Pocas veces he visto un amor tan inmenso y temo que él no podrá igualarlo.

—Me odia, odiará lo que soy. Soy un monstruo y lo sabes. La muerte me acompaña, la siento cada vez que cierro los ojos y los rostros de aquellos que...

—Debes dejarlo ir —susurró Wolfstan.

—¿Cómo? ¿Cómo puedo hacerlo?

No pudo darle una respuesta que no tenía. Se emborrachaba cada noche en un intento de escapar a los recuerdos, en su lugar besó su boca con ternura.

Pasó su nariz por la de ella, sonrió sobre sus labios con esa tranquilidad que en el campo de batalla provocaba que los hombres lo temieran. Wolfstan no comprendía qué era lo que los unía, pero la quería a su manera. Era suya, su familia, parte de él mismo y debía cedérsela a quien la despedazaría sin comprender lo que hacía. ¿Cómo apartarse y permitirlo?

—¿Has de regresar? —inquirió él.

Eyra asintió haciendo que sus frentes chocasen con fuerza y haciendo que la sonrisa se dibujase en su rostro.

>> Hazlo entonces. Nunca estarás sola. En el pasado te prometí mi hacha y siempre la tendrás.

—No debes hacerles daño. —Giró el rostro negándose a mirarlo cuando soltase lo que, por mucho que él habría de negarlo, le hacía daño—. No a ellos, no a él.

Los puños de Wolfstan se cerraron a ambos lados de la cabeza de su vikinga, sus músculos se tensaron queriendo descargar un infierno sobre aquellos que la habían llevado hasta ese estado, apretó los dientes y asintió secamente.

—Trataré de cumplir tus deseos. No me culpes por protegerte.

—Hubo una noche en la que, entre tus brazos, pensé que el mundo podría terminarse y sería feliz. Era dichosa, toqué las nubes con tus caricias y creí... —le describió Eyra a modo de confidencia.

—Puedo hacerte mi mujer si lo deseas. Si lo que temes es estar sola no tienes que hacerlo, yo te daré cuanto necesites —prometió él, ella negó con tristeza.

—No era nuestro sino. Las Nornas nos colocaron en el camino del otro, pero no como a dos partes de un todo. —Se abrazó a él con esa ansiedad de quien teme no volver a verlo.

No quería desaparecer, algo en su pecho le decía que si regresaba con Snorri lo haría. Quería correr lejos, aceptar la oferta de su amigo y esconderse, sin embargo, la sola idea de volver a sentir los labios de Snorri, sus caricias, su voz... lo daría todo por regresar.

Capítulo 11

“Necesitaba ser cruel pues, mientras fuese un monstruo, podría aceptar todo lo que había hecho. Era más sencillo seguir golpeando y atacando que detenerse, si lo hacía corría el riesgo a hundirse en sus propios pecados.”

—Soy lo que soy —dijo alzando la mano sin desear golpearlo, mas era lo que se esperaba ante el insulto que él le había lanzado—. Nunca debiste ir a por mi pueblo. ¿Qué esperabas que sucediera? ¡¿Qué?! ¿Qué era lo que esperabas? —Se pegó tanto a su rostro que él no podía verla.

—¿Acaso no comprendes lo que le pasa? —intervino Ulf —Ella ha perdido la cabeza y no hace más que jugar con nosotros mientras piensa cómo acabar con nuestra vida de la peor manera posible.

Puede que fuera cierto, aunque Snorri intuía que había algo más. Ella se ocultaba, lo insultaba y menospreciaba, pero se escondía cada vez que mostraba algo de delicadeza con su persona. Temblaba al más mínimo roce, lo miraba como si el mundo se hubiera reducido a cenizas y solo quedasen ambos sobre la tierra. ¿Cómo permanecer inmutable ante eso?

—¿Qué harás ahora? Nos hemos alejado, ellos ya no rigen tus decisiones —le recordó Snorri al ver que ella miraba a ambos lados indecisa.

Entonces Eyra lo comprendió. Puede que no le gustase, pero había nacido en el clan ... y debía respetar su herencia. Era una guerrera, una vikinga capaz de todo y ese todo también incluía el domesticar a dos enemigos que no comprendían que la guerra nunca les daría la posibilidad de compartir más que golpes.

—Debemos continuar —dijo Eyra.

—No hasta que me respondas —la retó Snorri.

—Podría obligarte —le recordó la vikinga de malos modos, sonriendo de forma peligrosa a un Ulf que, aunque no quisiera reconocerlo, se encogió visiblemente—. ¿Es eso lo que buscas? ¿Qué pretendes conseguir?

—Te has alejado de nuevo —comentó Snorri mirando los labios femeninos—. ¿Me temes?

—Nunca mostraría debilidad —soltó Eyra a la defensiva.

—¿Por qué no te acercas a demostrarme que no soy nada más que un perro que golpearás cuando te aburras para castigarme por atacar a tu pueblo?

Eyra sintió la boca seca, las manos le sudaban. Ulf estaba pendiente de ambos, queriendo intervenir, sin fuerzas para hacerlo.

La vikinga se consumía a cada paso. La cadena enrollaba la muñeca de él, pero era a ella a quien le impedía correr lejos. Lo miró sintiéndolo inmenso, fuerte, tentador. Los ojos verdes de Snorri la atravesaban de tal forma que perdía la confianza, olvidando que hubo un tiempo en el que besar le había causado el mismo nerviosismo. ¿Era eso?

Era imposible. Ella ya había yacido con hombres, nada los diferenciaba a uno de otro. Un acto que, aunque placentero, no le provocaba ese dolor en las entrañas hasta el punto de que sus piernas olvidaban cómo mantener la estabilidad.

>> Necesitamos un lugar en el que resguardarnos. —Quería entrar en la mente de Eyra, aprovechando la cercanía para que ella no lo cortase. La voz grave de él consiguió un escalofrío en su dueña, que no se detuvo hasta que podían rozarse.

Snorri bajó el rostro, ella lo alzó en su busca.

—Pronto el frío será mortal —le concedió ella—, sin embargo, podemos encontrar otra cueva en la que...

—No nos habrías guiado con tanta seguridad si no tuvieras un destino en mente. ¿Qué es lo que temes que encontremos? —¿Era posible que ese hombre fuera capaz de leerle la mente? ¿Cómo lograba encontrar sus secretos y ponerles voz con tanta facilidad? —Necesitamos descansar y reponernos.

Ella estiró la mano, rozó su barba con las uñas y siguió hasta que aferró el pelo de Snorri. Tiró con saña, demostrando que no importaba lo que él creyese saber, Eyra no tenía corazón, no con los enemigos.

—No os quiero en mi hogar cuando tratéis de asesinarme. Tenéis largas jornadas por delante en las que tratar de conseguirlo, solo cuando... —Se detuvo—. Nunca os llevaré, jamás podría confiar en vosotros.

—Lo harás. —¿Cómo podía estar tan seguro? Snorri cazó su mano cuando trataba de alejarse y llevó los dedos a los dientes. Los mordisqueó con auténtico placer. Él, que desde joven era un conquistador nato, reconoció las sutiles señales al momento—. ¿Verdad? No puedes evitarlo, no puedes evitarlo como yo no puedo evitar querer besarte. Eres mi enemigo, entonces, ¿qué nos sucede?

Ella no quería que sucediera, no de nuevo. Volver a estar entre sus brazos, notando cómo la envolvía y tentaba. Su boca, ese aroma tan masculino que la hacía suspirar. No podía dejar que la convenciera, no cuando no era su vida la que estaba en juego. Quiso obligarlo a alejarse, lo empujó con todas sus fuerzas sin lograr moverlo.

—¡Eres mi enemigo! —Pero había regresado y, en los dos días que habían pasado, no había dejado de esperar que fuera él el que se acercase—. ¡Te odio! No me toques... —siseó con la voz rota.

Y sin más, sin dobles intenciones, él no encontró mejor forma de callarla que tomando sus labios. La cabeza de Eyra daba mil vueltas, el suelo se mecía bajo sus pies. ¿Cómo continuar sin él? ¿Cómo hacerlo cuando se estaba haciendo adicta a esas hermosas sensaciones?

>> Te odio —repitió ella mucho más bajo.

—Pero no dejarás que me congele, ¿verdad? —Colocó uno de sus mechones rebeldes tras la oreja, sorprendido de lo mucho que se parecían al oro líquido. La acarició como si fuera a romperse, totalmente hipnotizado por la forma en la que ella despegaba los labios esperándolo—. Ulf no lo comprende, es todavía un muchacho. Debes lealtad a tu jarl —continuó él.

—No puedo dejaros ir —reconoció Eyra.

—Tampoco quieres matarnos.

—No lo sé.

—Mientes —aseguró Snorri—. ¿Nos temes? No confías, ¿cómo hacerlo?

Y eso dolía, cuando lo único que parecía importarle era él. Esos ojos verdes en los que se ahogaba, esos labios que conseguían sonsacarle con facilidad. Lo habría dado todo porque él la amase de tal forma que no importase cuánto tuvieran que arriesgar, dejar su vida en manos de Snorri sin temer ningún mal. ¿Era posible? No en su mundo, no en un mundo en el que el débil siempre cae.

—No soy una tierna mujer que puedes convencer con dos palabras hermosas. —¿Se lo decía a él o a sí misma? —¿Vas a suplicarme? Si fueras uno de mis hombres te dejaría la espalda en carne viva por tus palabras. Por eso habéis perdido.

Ella se giró, él no la dejó ir.

—¿He perdido? Sigo con vida —le recordó con voz grave. Pasó los dedos por su brazo hasta llegar a su hombro—. Destruyeme si puedes, ¿no puedes?

Eyra apretó los labios.

>> ¿Es eso? Has arrebatado la vida de otros, ¿por qué no la mía? —Snorri se vio con un poder que ella nunca quiso darle, sonrió viendo una oportunidad—. ¿Temes que me suceda algo malo? Pobrecita, —Llegó a su mentón y la obligó a alzarlo—. eres bonita y peleas bien, pero también tienes un corazón delicado.

—Cállate.

—No debes preocuparte. Muchas otras mujeres han caído, ¿qué hacer cuando vuestros corazones os gritan mi nombre? —El desdén la lastimó, Eyra no lo demostraría. Él también se sentía atraído, solo eso.

—Tienes razón —confirmó la vikinga dejando a todos los presentes mudos. Los atravesó con la mirada durante unos segundos eternos, en los que la pausa que realizó les impidió respirar—. Me importa que mueras, por algún motivo me duele. ¿Te crees especial? Nunca fue sencillo, nunca quise ser en quien me han convertido y por eso corro lejos. Si me lo ordenasen... Lo haría. Por mucho que deseo que vivas soy una guerrera. —Los ojos azules de ella tenían ese brillo metálico y decidido ante lo que no podían decir nada—. Sé que llegará el momento en el que habré de enfrentarme a una dolorosa decisión.

—Matarme.

—Y lo haré si tu no lo haces antes. Lo haré y por eso... —¿Estaba esperando que él acabase atravesando su corazón? Se defendería, ¿verdad? Ni siquiera ella misma lo sabía.

Ulf la miró como si no la hubiera visto nunca antes. El temblor que la recorría, esa tristeza que la cubría era imposible de fingir. Si él se hubiera encontrado en la piel de la mujer estaría orgulloso por haber vencido, no era eso lo que Eyra demostraba.

>> Me gustaría estar siempre a tu lado, incluso si para ello tuviera que encadenarte. Me conformaría con las migajas que obtendría entre tanto odio. —Quiso dejar de pensar, detener las imágenes que acudieron. ¿Cómo explicarle el infierno que escondía en su interior? —Puedo defenderte del mundo, no de mí.

Llegó a la boca de la cueva y sonrió mirando el paisaje.

Snorri miró la espada que había apoyada contra la pared planteándose acabar en ese instante con el peligro, no fue capaz de dar el último paso.

>> Hazlo. —¿Lo sabía? ¿Por eso se había girado? —Hazlo rápido, quizás sea lo mejor. ¡Hazlo!

—¡Snorri máatala! —gritó Ulf.

En su lugar la abrazó sin comprender qué lo llevaba a hacerlo. La sostuvo con fiereza, queriendo castigarla por haber valorado tan poco su vida. ¡Era importante!

Ella se giró y él quiso consolarla. Cuando rozaba a Eyra dejaba de pertenecer a su clan, olvidaba quien había sido para ser solo un hombre sin tiempo suficiente para disfrutar de sus besos, sus caricias.

—Debiste hacerle caso —aseguró ella.

Acto seguido golpeó la cabeza del hombre que tanto la debilitaba con la empuñadura de la daga. Soportó como pudo su peso y lo dejó con suavidad sobre la fría piedra del suelo.

Eyra besó la mejilla de Snorri antes de cubrirlo con pieles.

—Eres una asesina —susurró Ulf.

—¿Sabes? Voy a darte un consejo que habría agradecido entonces. —Ulf se sintió mucho más niño bajo su mirada. Ella lograba hacerlo sentir estúpido—. Puedes perder mucho más en la victoria de lo que crees y el dolor te acompañará siempre. A veces es preferible perder.

Se acercó al muchacho y se inclinó, con delicadeza limpió sus heridas y cambió sus vendajes. Cuando Ulf se atrevió a tratar de robarle el puñal ella se limitó a impedírselo y lanzarlo lejos.

Se inclinó sobre él, que se quedó paralizado.

>> Cuida de él —le pidió entonces. La voz de Eyra sonaba a despedida—. Lo que nos separa nos ha separado antes de encontrarnos, pero te pido que lo protejas. ¿Lo harías por mí?

—¿Nos dejarás ir?

—Lo haréis —aseguró ella, regresando a la boca de la cueva y oteando las negras columnas de humo que se alzaban a lo lejos y que ella podía reconocer. El color anaranjado que tomaban cada hora era inequívoco—. Vendrán a por vosotros. —Le sonrió después.

Debía tomar una decisión, comprendió mirando hacia lo lejos y queriendo regresar. ¿Estaba loca por seguir ahí?

“Habrás de esperar un poco más, soportarme un poco más. No puedo dejarte ir, no todavía.” Dijo una voz desde el interior de su mente mientras observaba el cuerpo inconsciente de Snorri. “¿Eres mío?”

No sabía querer, no sabía amar. Lo estaba haciendo lo mejor que sabía.

Capítulo 12

Tardaron mucho más de lo que creía posible, poco importaban sus habilidades de rastreo cuando la nieve no había dejado de caer borrando cualquier posible señal. El paisaje ocultaba a sus enemigos, también a ellos.

—¿Estás segura de que esa mujer se llevó a dos de mis hombres hacia las montañas? —preguntó por millonésima vez ante la frustración que sentía. El hambre lo devoraba, el queso que habían logrado llevarse ya había pasado a mejor vida.

—Sí... —susurró Groa en voz baja mientras Leif lanzaba la piel sobre la nieve y tomaba asiento.

—¡Habla más alto! —aulló él, notando que el silencio que los rodeaba lo molestaba. Se sentía perseguido, sabiendo que el enemigo se acercaba y pronto los alcanzarían.

Leif estiró la mano, molesto por la reticencia que ella mostraba a acercarse. Cuando los finos y fríos dedos de Groa se posaron sobre su palma la atrapó y la hizo caer sobre su regazo. ¿Qué mejor forma de calentarse las manos que introduciéndolas bajo sus ropas y acaricias su tersa piel?

Ella lo rechazaba, al menos al principio. Leif jugaba con su deseo, haciendo que lo anhelase para dejarla con las ganas. Podía ver el odio que causaba en sus pupilas y, siendo sincero, de estar en otras circunstancias hacía mucho que habría cedido a su olor, a sus gemidos.

Magni se tumbó algo más lejos mientras gruñía y se tapaba los ojos para tratar de dormir unos minutos. El dolor lo enfurecía y apenas le quedaban fuerzas. Era una misión suicida, eso no les impediría continuar.

>> ¿Estás segura de que ella los mantendrá con vida? —la interrogó Leif, notándola tan pegada a él que su entrepierna se alzó necesitada. Ella no se atrevía a mirarlo, él quiso creer que no le importaba tal rechazo.

Groa se tensó cuando las manos masculinas descendieron hasta sus nalgas, cuando la apretaron para que notase su necesidad. Leif tomó sus labios con posesividad, incluso agresividad. Groa se dejó querer con vergüenza, preguntándose si para él sería tan agradable como para ella o, por el contrario, el hecho de que sus lenguas se tocasen le daría asco.

Groa quería mostrarse valiente cuando en su vientre despertaban las culebras de la tentación, cuando el calor la enloquecía hasta tal punto que dejaba de alejarlo. Ella, que siempre había logrado esquivar las propuestas libidinosas de los vikingos, necesitaba caer cuando era Leif quien la demandaba.

Justo cuando Groa jadeó Leif la empujó lejos haciéndola caer de culo.

>> Haz algo útil y contesta —escupió con una sonrisa fría que a ella la hizo sentir poca cosa.

—¿Qué...?

—¿Los mantendrá con vida? —repitió Leif, complacido porque hubiera olvidado sus

palabras. Era tan hermosa que se quedó absorto en la forma que tenía de arrugar la nariz, queriendo contar las pecas que la recubrían.

—Eyra es justa. No los matará. —Groa fue concisa, temía dañar a su señora. La apreciaba, de haber podido la habría llamado amiga, pero nunca fueron iguales.

—Espero que tengas razón. —Se levantó y Groa retrocedió. Él se divertía jugando con ella, asustándola, tentándola y riéndose después. Era cruel, tanto que Groa quiso gritar.

Entre carcajadas trató de levantarle las faldas mientras ella alejaba sus dedos. La joven miraba a Magni ante la vergüenza de que alguien más fuera testigo de la escena, con esa esperanza que nacía con sus besos a ser algo más, muriendo despacio. Quería creer que, si regresaba a ella, si no lograba quitarle las manos de encima, aunque fuera para agujijonearla, era porque la deseaba.

—Déjala ya —la voz de Magni los sorprendió—. ¡Suéltala! Me hacéis doler la cabeza.

—¿Ahora te importa? —preguntó Leif.

—Deja de comportarte como un estúpido. Nos jugamos la vida y no seguiré a quien no puede mantener la polla en los pantalones.

—Pero si todavía no la he montado... tienes que reconocer que la perra tiene un buen revolcón... —se quejó Leif sin apartar los ojos de la joven, que se encogió sobre sí misma. Cogió su mano derecha impidiéndole retroceder.

Quería descargar sobre la esclava todo su odio, las horas de tortura que él tuvo que soportar. No obstante, se odió por ello. Quiso disfrazar sus palabras con un tono burlesco que no impidió que ella se sintiera herida.

—Cuando regresemos podrás hacer lo que quieras con ella. Habrás de reclamarla para impedir que otros la busquen —comentó Magni, mirando de reojo a Groa.

Ella aferró la piel de Leif negándose a la posibilidad de que otros, que no fueran él, la tuvieran. Por mucho que fuera cruel no era... ¿desagradable? No, Leif no podía permitirlo. ¿Acaso le debía algo? No, pero...

Miró al joven que, con cara de pillo, sonreía de medio lado mientras la observaba.

—¿Preocupada? —inquirió entonces, tirando de una de sus trenzas para acercarla—. Tranquila, jamás comparto mis juguetes. Habrás de mantenerme ocupado... —Y jugueteó con el cordón que mantenía los pantalones interiores de Groa bien sujetos.

Tras tratar de llenar sus estómagos con nieve para, de paso, calmar su sed volvieron a ponerse en pie. Ella acudió a Leif y permitió que él descargase parte de su peso en sus delicados hombros. Groa no se lo planteó siquiera, él aceptó el gesto envolviendo sus hombros y suspirando. La pierna derecha de Leif había sido muy maltratada y apenas lograba apoyarla sin gruñir.

Se acercaba la noche cuando Leif alzó la mano. Había visto algo, ambos lo comprendieron cuando colocó el índice ante los labios.

—Guarda silencio. Si se te pasa por la cabeza traicionarme habrás de olvidarlo, no me gustaría rajarte el cuello... todavía —siseó Leif tan cerca del rostro de Groa que ella perdió el color.

La esclava asintió sin fuerzas.

Se arrastraron sin preocuparse del frío, aunque tampoco lo sintieron. Esperaron su momento mientras, a medida que se acercaban, las voces se volvieron más nítidas.

Escondidos tras unas rocas aguardaron hasta que llegó la madrugada. Cuando el silencio llegó y Leif se atrevió a sacar su cabecita para echar un ojo, comprendió que no sería tan sencillo.

Eyra, con la mirada perdida y una cadena en su mano izquierda que terminaba bajo el cuerpo dormido de Snorri, afilaba su espada con una piedra mientras pensaba. Ella los había percibido, pero no movió el gesto.

—Es solo una, podremos con ella —aseguró Magni.

Leif se negó totalmente serio sin apartar los ojos.

—Algo extraño sucede. Mírala, no me fío. —Pocas veces se había equivocado. Podía notar la tensión en ella, tantas cicatrices... esa forma de moverse... No, La mujer que estaban acechando era peligrosa—. Tenemos que esperar nuestra oportunidad.

—¿Ahora la temes?

—Tú no la viste pelear, yo la recuerdo. Me dejó vivir, pudo haberme cortado la cabeza y prefirió herirme en la pierna. —Se llevó los dedos a la herida y tensó el gesto. La odió tanto como la respetó—. Yo mismo me encargaré de reducirla, debemos esperar un poco más. No queremos que Snorri y Ulf salgan heridos.

Justo antes del amanecer Eyra se desperezó como si no le importase haberse pasado toda la noche en vela. Estiró los músculos de su cuerpo preguntándose qué debía hacer, solo había algo que tenía claro. Recogió la espada y se puso en movimiento, desplazándose con la seguridad de quien conoce cada centímetro de esa montaña.

Era su lugar, el lugar en el que más a salvo se sentía. Eyra se detuvo un par de veces, sonriendo ante lo ruidosos que eran aquellos que pretendían sorprenderla. Se preguntaba cuándo se atreverían a dar el gran paso, deseando en silencio que ese momento nunca llegase.

Eyra se arrancó el medallón que colgaba de su cuello y pasó los dedos por el árbol de inmensas raíces que en él había representado. Lo observó absorta, no recordaba quién se lo había dado, tampoco ningún día en el que no la hubiera acompañado. Era parte de ella, algo que no se quitaba sin una buena razón.

“La vieja lo comprenderá. No quiero que salga herida”, se dijo la vikinga dejándolo bajo unas piedras junto a un pequeño riachuelo que esos días estaba completamente congelado. “Debo alejarlos lo suficiente para que no la encuentren”, aunque le daba pena no poder despedirse de su viejecita.

Regresó hacia la cueva y pensó en Snorri. Estaba todavía fuera cuando comprendió que no la dejarían llegar tan lejos. Ese silbido rasgando el aire hizo que se girase con rapidez, la flecha pasó tan cerca de su hombro que tuvo que admirar la destreza del hombre que la retaba.

—Pensé que no os atreveríais nunca —comentó Eyra, aferrando la espada en su mano derecha.

—¿Me recuerdas? —preguntó Leif llevándose la mano a la pierna—. No debiste dejarme

vivir.

La joven guerrera hizo que sus ojos azules recorrieran la herida de su contrincante, después se encogió de hombros.

—¿Qué buscas tan lejos de tus tierras? —inquirió Eyra con suavidad —¿Has venido a por los tuyos? Lamento informarte que todos han muerto.

—No todos —replicó Leif.

—¿Ellos? Ahora son esclavos —le informó la vikinga con esa voz autoritaria que mandaba un claro aviso. No te metas en donde no te llaman, puede ser peligroso—. ¿Acaso quieres acompañarlos?

—No te será tan sencillo esta vez. Te subestimé por ser mujer, imaginándome cómo sería tenerte en mi regazo. —Leif sonrió con descaro, poco importaba que se dispusiera a acabar con su vida, seguía siendo hermosa. Era adicto a las mujeres, necesitaba seducirlas y poseerlas, haciendo de paso que se sintiera vivo—. Tira la espada y ven a disfrutar. Seguro que nadie te ha hecho sentir mujer como te merecías.

Eyra sonrió y se inclinó hacia delante. Movi6 la espada sin dejar que sus palabras llegasen a su mente.

—¿Bailamos? —propuso ella.

—Espero que mis caricias no sean demasiado dolorosas —coment6 Leif, pensando en cortarla tantas veces que no fuera capaz de notarlo hasta que ya se hubiera desangrado.

—Creo que me gustas. —Sonrió de tal forma que Leif parpade6 y trag6 con fuerza, reponiéndose en el proceso del efecto que la vikinga tuvo en su cuerpo. Era impresionante, invitaba a hacer muchas cosas con ella, ninguna era dañarla.

Sin embargo, por mucho que Leif trat6 de alcanzarla ella era ágil, cuando creía haberlo conseguido descubría que ella ya no estaba ahí. Se cansaba con rapidez sin que Eyra hubiera lanzado ni un solo golpe. Pronto la pierna derecha le latía tanto que a Leif le costaba pensar.

Eyra golpe6 su ment6n cuando el vikingo se detuvo.

>> Regresa con los tuyos —aconsej6 Eyra—. No tienes por qu6 morir hoy.

—¡Soy un guerrero! —grit6 Leif.

—Y no est6 solo. —La voz de Magni hizo que Eyra diera dos pasos atr6s y suspirase—. ¿Verdad hermano?

—SÍ. —Leif apret6 los dientes cuando se alz6 en toda su envergadura. Se tambale6 y apoy6 la espada para mantener el equilibrio—. Debemos acabar con ella con rapidez.

Magni asinti6, Eyra acept6 que no había otro final posible. Había hecho lo impensable por no matarlos, ¿era suficiente?

Eyra avanz6 con rapidez y coloc6 la hoja bajo el ment6n de Leif. Sonrió sin ganas, dejando que su rostro se cubriera por ese velo que le robaba toda emoci6n. Casi con cansancio movi6 el arma haciendo un peque6o corte.

—Todavía podéis iros —susurr6 ella, sabiendo cual sería la respuesta. ¿Por qu6 no podían largarse y hacer que ese instante no había sucedido? ¿Qu6 honor había en seguir peleando

cuando la derrota ya estaba asegurada? —Por favor... —gimió cansada, odiándose por haber caído tan bajo.

—Preciosa —gruñó Leif tosiendo con fuerza—, has peleado bien. Es una auténtica pena, pero he vivido bien.

¿Era su despedida? ¿Estaba loco? ¿Por qué? ¡¿Por qué?!

Eyra asintió y alzó la espada.

—Lo lamento, nunca quise ser tu enemiga.

Un grito la tensó, reconoció la voz antes de girarse a mirarlo. Se detuvo, aferró los cabellos de Leif y dejó que el acero descansase sobre su piel mientras se volvía.

—Déjalo ir —ordenó Snorri con una daga en el cuello de Groa. Miró a la joven sin creerse que estuviera allí, su expresión de terror la sobrecogió—. Deja caer las armas, te dije que llegaría este día.

Sus ojos verdes la miraban con, ¿pena? ¿Por ella? La observaba con los labios apretados, preparado para mucho más que amenazar a alguien que no tenía culpa de nada. Eran los inocentes los que siempre sufrían por los pecados de otros, Eyra no lo permitiría.

—Me traicionas, a pesar de haber dado tu palabra —susurró ella con voz cansada.

—Deja la espada —repitió Snorri incapaz de defenderse con palabras de la decepción que ella mostraba. Quiso consolarla, asegurarle que nada le sucedería si confiaba en él. La protegería, ¿podría hacerlo?

—¿Dañarías a quien no ha hecho mal a nadie? —lo interrogó Eyra, sabiendo que era perder el tiempo. Estaba atrapada, derrotada por quien tanto insistió en proteger.

Le dio tal bofetada que Groa se llevó a las manos a la boca, sus ojos tan abiertos que amenazaban con salirse de sus cuencas, regresaron a Eyra. Snorri la tomó del pelo, sonriendo de forma despiadada mientras movía la daga ante sus ojos.

Leif se tensó y a duras penas controló el insulto que pugnaba por salir de su boca.

“Si vuelves a ponerle la mano encima te la corto”, pensó Leif contando los segundos mentalmente.

>> Tú ganas. —Eyra dejó caer el arma y sonrió con dulzura—. Groa has de estar tranquila, nadie te hará daño.

—¡No! Señora, no tiene que hacerlo por mí. ¡Defiéndase! —Groa peleó por primera vez y trató de llegar a Eyra para cubrirla con su propio cuerpo—. Ella no merece que le hagáis daño. No la toquéis.

—No importa —aseguró la vikinga sin creérselo. Antes o después habría sido derrotada, lo sabía, entonces, ¿por qué no soportaba la idea de que hubiera sido Snorri el culpable? Quizás porque, a pesar de saber que él la odiaba, en su corazón esperaba que el guerrero lo diera todo por ella. ¿Acaso solo ella se sentía perdida cuando estaban cerca? —No te preocupes.

Snorri empujó a Groa y la lanzó al suelo. La miró frustrado y dio un paso hacia Eyra, mientras Magni la ataba. Quiso abrazarla y disculparse, fue suficiente una mirada de ella para comprender que le arrancararía los brazos antes de permitirle rozarla.

—Era necesario. Debemos regresar, Ulf me...

—Calla. No importa. —Eyra permitió que sus hombros se hundieran, dejando caer los brazos sabiendo que no era tarde para escapar que, de no hacerlo ahora puede que no tuviera otra oportunidad. ¿Por qué no hacía nada? Ni siquiera ella lo sabía—. Solo pido una cosa, no vuelvas a acercarte a mí.

—Eyra, yo... —Snorri estiró la mano, la dejó caer al ver que ella se había girado.

—¿Sabes? Lo más sencillo es hacer lo que esperan de nosotros. —Alzó el rostro hacia el cielo, sabiendo que por fin se sentía libre. Ya no era dueña de sí misma, pronto pagaría por todo lo que había hecho. Era el final. ¡El final! Sonrió y recordó a Odd, él lo habría dado todo por protegerla, no importaba que tuviera razón o no. Odd la amaba y era el momento de que regresase a su lado.

“He cumplido, no me odies por estar cansada” lanzó ese pensamiento lo más lejos que pudo, queriendo creer que Odd estaba con ella, que la abrazaba, aunque no pudiera sentirlo.

>> Lo difícil es oponerte a cuantos conoces por alguien. Lo difícil es alzarte contra todos sabiendo que eso será lo que te condene.

Y Odd lo hizo siendo solo un niño, por ella, por protegerla. Lo hizo pagando un alto precio, dándolo todo. Sonrió y se volvió, las lágrimas que tanto odiaba estaban ahí cuando comprendió que, aun ahora, Snorri significaba mucho más para ella de lo que era capaz de comprender.

Eyra reprimió el impulso de matar su orgullo y aceptar sus caricias, no podía permitir que la consolase y le ofreciera migajas pues, incluso sintiendo que no merecía ser feliz, tampoco dejaría que la convirtieran en mucho menos que en el reflejo de quien había sido.

—Señora yo... —lloraba Groa entre los brazos de Leif que, aunque apenas soportaba su propio peso, la envolvió con dulzura y acariciaba su espalda —ha sido mi culpa.

—Ahora eres libre, ¿verdad? —Miró a los hombres que la rodeaban y vio que esquivaban responderle—. Ella era una esclava y perteneció a los vuestros. Su madre era parte de vuestro pueblo, ¿acaso no os la habéis llevado para liberarla?

—Si es cierto lo que dices... —dijo Snorri, buscando cualquier excusa para hacer que Eyra lo mirase.

—¡No! ¡Es mía! —gritó Leif apretándola contra su pecho y poniéndose en guardia —Ella pagará lo que su pueblo me ha hecho.

Asintiendo como si estuviera loca Eyra comenzó a reír, aunque quería llorar. No dejó de asentir cuando sintió que la arrastraban y envolvían su cintura con una cuerda.

Capítulo 13

Aren no debería haber ido tan lejos, pero empezó saltando de piedra en piedra y, cuando se dio cuenta, se había perdido. Asustada comenzó a llorar y se dejó caer sobre el suelo.

—Wulfstan va a volver a reñirme... —sollozó la niña con aire apenado mientras buscaba con los ojos alguna señal en el paisaje para poder ubicarse. Fue entonces cuando se percató del riachuelo y comenzó a seguir su curso —Eyra me ayudará. Ella me protegerá. —Conforme con su decisión comenzó a correr.

Cuando los ojos de la anciana se toparon con algo que brillaba bajo unas piedras fue otro el que habló por sus labios. La furia, el miedo, la preocupación. Daven gruñó recogiendo el cuchillo de su cintura.

—Esa mujer siempre metiéndose en problemas. ¿Cuándo dejará de pelear como si fuera uno más de ellos? —soltó Daven que, bajo tantas palabras, escondía el miedo que sentía porque le hubiera sucedido algo.

Recogió el medallón y se acuclilló. Encontró las pisadas y sonrió, poniendo atención en cada paso para no hacer ruido. Las siguió durante media hora, cuando las voces se alzaron se escondió tras varios matorrales al acecho.

—Debemos hacer algo. Van a hacerle daño... —susurró Aren por sus labios.

—Niña tonta, nosotros solo estorbaremos. Ella puede vencer sin problemas, míralos, están agotados y hambrientos. Ella no... —Mas los argumentos de Daven se quedaron en nada cuando vio como Eyra dejaba caer la espada—. ¿Por qué? ¿Qué hace? —Un escalofrío lo recorrió, podía reconocer la nada en la mirada de su amiga y él no se veía capaz de ayudarla.

—¿Ves? Le harán daño... ¿Qué vamos a hacer? —continuó Aren mientras se tiraba de los pelos y se pegaba cuanto podía al suelo por miedo a ser encontrada. Amaba a su amiga, sin embargo, la idea de ir a ella le impedía dar el primer paso —Es nuestra culpa... Es nuestra culpa...

—Calla, niña tonta. —Daven se hizo cargo de la situación mientras observaba lo que sucedía. Apretando los dientes al ver cómo la ataban, sintiendo las cuerdas en su piel, prometiéndole en silencio que no habría de soportar el cautiverio mucho tiempo—. Ella es fuerte, no debes preocuparte.

Cuando Eyra y el resto regresaron a la cueva, disque a llenar sus estómagos con lo poco que les quedaba, la vieja y su artrítico cuerpo corrieron cuanto podían mientras Daven tenía el control. No les importó el cansancio, ni la tormenta que, despacio, despertaba sobre sus cabezas. La vieja, con todas sus personalidades discutiendo entre ellas, continuaba implacable.

—¡Debemos ayudarla! —aulló llevada por los mil demonios varios metros antes de pararse ante la puerta de Wulfstan y golpear la madera con tal intensidad que se dañó las manos — ¡Wulfstan! ¡Han atrapado a Eyra! —gritaba con voz aguda Aren.

Le abrieron y la vieja cayó dentro del salón completamente desorientada. El gigante la

recogió con delicadeza y la colocó sobre una silla mientras dejaba sobre sus hombros una piel. La humedad la había calado y sobre sus blancos cabellos de derretían varios copos de nieve.

Varias mujeres fueron a buscar algo de comer y se lo tendieron, no obstante, la anciana rechazó todo cuanto le dieron mientras soltaba palabras inconexas y sin sentido.

—Le van a hacer daño... —gimió Aren.

—Se dejó atrapar. Esa mujer no sabe lo que hace. ¡Está loca! —gruñó Daven, queriendo salir en su busca, sin comprender por qué Wulfstan permanecía sentado y seguía lanzando preguntas.

—Lloraba... Mi amiga nunca llora. Ella es fuerte, no como yo que cuando me hago una herida y... —continuó Aren, que tenía la facultad de cambiar de una conversación a otra de tal forma que era difícil sacar algo en claro.

—Es suficiente —susurró Wulfstan golpeando la mesa—. Vieja, cállate ya. —La señaló amenazante—. Mayra, ¿qué ha sucedido?

De todas las personalidades de la anciana solo a una toleraba el gigante. La curandera, personalidad que no tendía a emerger con frecuencia.

—Ella está cansada. No quiere... —comentó Aren.

—Mayra —volvió a intentarlo Wulfstan—, necesitamos tu ayuda.

Hasta sus gestos cambiaron. Con dedos trémulos la anciana tomó una jarra y bebió su contenido. Aspiró y miró al gigante meditando cómo soltar lo que había visto desde lejos.

—Ella se rindió —confirmó Mayra—. Lleva muchos años castigándose por lo que la tortura.

—No quiere mi ayuda —gruñó Wulfstan.

—Ni la de nadie —asintió Mayra, entonces aferró la mano del gigante y continuó —: ¿Podrás soportar saber que ha muerto y que no trataste de evitarlo? Puede que ella no se ame, no quiera ver que es una buena mujer, pero tú sabes que no merece todo lo que ha pasado. —Enterró las uñas en la carne del vikingo—. Es una niña asustada que lo único que busca es ser amada, creo que tú, mejor que nadie, puede comprenderla.

—Bruja...

—Es posible. Siempre he sido buena viendo lo que todos ignoran —concordó Mayra—. Yo iré, ¿es eso lo que necesitas?

—Me pidió que te protegiera —asintió Wulfstan, yendo a por el hacha y alzándola como si esa fuera la señal que precisaba—. ¿Cómo hacerlo si te dejo sola? ¿Nos vamos?

—Sus secretos se encuentran próximos a ser descubiertos. Nos necesita más que nunca.

—¿Qué le sucederá?

Mayra no lo sabía, lo que podía vislumbrar del futuro eran pequeñas imágenes que la dejaban con más preguntas que respuestas. Por eso raramente hablaba, ¿para qué?

—Solo ella podría decírtelo. —Entonces se sorprendió añadiendo —: Le avergüenza más lo bueno que ha hecho que todo lo que se vio obligada a realizar.

La anciana permitió que las esclavas la cambiasen de ropa antes de partir. Wulfstan no llegó a salir de la sala, tampoco la veía. Sus ojos se habían perdido lejos mientras gruñía y afilaba su

preciada hacha.

Capítulo 14

Caminaba despacio, con la cabeza gacha y el corazón despedazado. Miraba sus pies concentrándose en proseguir, huyendo de sus manos cada vez que Snorri se había aproximado a hablar. ¿Qué pretendía conseguir?

No obstante, incluso ahora, lo seguía teniendo presente en todo momento. Lo perseguía con los ojos cuando él no se percataba, lo tenía en su mente cuando él podía descubrirla.

¿Lo odiaba? No podría cuando sabía que, antes o después, ese momento llegaría. Eran enemigos y uno moriría, se alegraba de que la elegida fuera a ser ella.

El camino había sido largo y, cuando llegaron al poblado que se había prometido no volver a pisar, se dejó caer de rodillas con el aliento entrecortado. No eran sus fuerzas las que fallaban, sino su pecho el que se negaba a hincharse, los recuerdos amontonándose tras sus lacrimales, que llevaban en desuso demasiado tiempo.

—¿Sucede algo? —pregunto Snorri sin atreverse a tocarla, sabiendo que ella respondería rabiosa, mas demasiado preocupado para callar.

—Quizás en unas horas. ¿Qué sentirás cuando mi cabeza acabe sobre una pica? ¿Estarás feliz al haber conseguido que la gran asesina confiase en ti? —escupió Eyra, girando la cabeza hacia la derecha y aprovechando para ocultarse bajo su pelo rubio pajizo. Se habría cubierto la cabeza de haber podido, pero los grilletes pesaban demasiado y ya no creía ser capaz de alzar las manos —Felicidades.

—No permitiré que acaben con tu vida —aseguró Snorri, que todavía no había logrado averiguar cómo, cuando ella era lo único que tenían para vengar las muertes de quienes amaban. La sola idea de perderla, ¿la había tenido alguna vez? Quería hacerlo, necesitaba poseerla y protegerla—. Debes confiar en mí.

Eyra quiso carcajearse, un sonido lastimero ocupó su boca y reptó al exterior.

Si esperaba pasar desapercibida era una ilusa. Todo el clan se había congregado en la plaza y la observaba a la espera, mientras apretaban las piedras en sus manos. Sus rostros tensos, apenas contenían el odio, la furia y el dolor. Eyra alzó todavía más el mentón representando el papel que esperaban, no les haría sentir culpables por lo que tanto necesitaban.

Fue un error, lo supo cuando sus ojos azules toparon con otros más pequeños.

La niña contuvo el aire y tiró de la manga de una mujer. Quería gritar una verdad que debía seguir entre las sombras, su madre siguió la dirección de su diminuto dedo con auténtico estupor y perdió el color.

—No es posible... Ella no... —susurró Syn, tapando los labios de su hija con dedos temblorosos. La pena que tiñó su rostro fue una patada en la boca del estómago que Eyra encajó como pudo —Shh. Calla, pequeña.

—Mamá, le harán daño —replicó Ludmila con sus mismos ojos verdes centelleando ante la

necesidad de romper en llanto. Ella era la diosa que la había escondido de los demonios, era la hermosa guerrera que ahora acudía a la vera de su camastro cuando las pesadillas la amenazaban —. Mamá, tenemos que salvarla.

Syn asintió, dejando que sus dos trenzas rubias se mecieran con fuerza. Sin embargo, no tenían nada más que a su clan y, si lo traicionaban y eran descubiertas... La mera idea hizo que apretase el cuerpecito de su niña contra su corazón, queriendo volver a guarecerla en sus entrañas y, puede que así, tener la fortaleza para hacer lo correcto.

—¿Y bien? —escupió Eyra necesitando acelerar su muerte. Quiso que la encerrasen en alguna esquina, sintió que el suelo se mecía bajo sus pies cuando la pequeña salió corriendo y regresó acompañada de otros niños —¿Quién lanzará la primera piedra? ¡Cobardes! No creí que hubieran quedado ratas cuando...

Una piedra impactó en su frente y sonrió al notar la sangre descendiendo con fuerza. El calor que notaba no era suficiente, Snorri se colocó ante ella, que lo empujó embravecida.

>> ¿No te gusta lo que has logrado? —le preguntó, cerca de su oreja, mientras trataba de apartarlo —Toma asiento, seguro que el espectáculo mejorará.

—Calla...

—Míralos, ¿acaso creías que lograrías aplacarlos? —se burló Eyra cerrando los ojos, sabiendo que nadie la descubriría en ese momento, aprovechando para dejarse consolar por el aroma de él —¿Lo creías? ¿Era eso?

—No soy un esclavo.

—Apártate. Tomaste una decisión, ahora has de vivir con ella —siseó Eyra, que descubrió entre la muchedumbre al jarl Esben. Su barba y pelo rojo le hacían sobresalir, se pasó la mano por el abdomen disfrutando de la visión.

—He oído hablar de ti —la voz del jarl impuso el silencio a su alrededor—. Snorri apártate.

—Jarl yo quería pedir...

—¡Fuera! —aulló el jarl Esben enloquecido por la pérdida. Solo de pensar en su mujer el jarl quería despellejar a Eyra con sus manos —Permíteme verla bien —siseó mucho más bajo.

Eyra no se encogió, lo retó atravesándolo con las pupilas. Alzó el mentón oliendo el peligro, la lucha interna que se desarrollaba en el interior del hombretón. Casi, casi, sentía pena por él.

“Lo que hice fue necesario. No importa lo que él diga.” Se recordó a sí misma.

>> Era mi mujer. Pusisteis su cabeza en una pica ante mi puerta. Era mi mujer. —El jarl dio una zancada y se detuvo—. ¿Lo sabíais? Sí, por eso lo hicisteis.

—Muchos murieron, ¿esto es por una sola hembra? —se rio Eyra, descubriendo por el rabillo del ojo que Syn retenía entre sus brazos a su hija para impedir que la pequeña interviniera.

—No te preocupes. Haré que tú también llores por ella. Sufrirás en tus carnes todo su tormento —dictaminó el jarl con fuerza, su voz se dispersó haciendo que su pueblo le diera la razón.

Snorri, preocupado, decidió esperar para tratar de hacerlo entrar en razón. ¿Estaba dispuesto a quedarse de brazos cruzados si no lo lograba?

Eyra sonrió altiva, antes de que Snorri pudiera evitarlo se acercó al jarl e inclinó la cabeza hacia la derecha. Tomó aire y soltó con esa bravuconería que le granjearía un puñetazo en el mentón que la lanzara hacia atrás:

—Gritó de placer mientras mis hombres la tomaban. Fue una pena que no pudiéramos hacer esclavos.

Quería quedarse en el suelo, no lo hizo. Volvió a ponerse en pie sin limpiarse, dejando que las sangrantes heridas deformasen sus rasgos de tal forma que la incomodidad recorrió a los presentes. Querían herirla, no era tan agradable de ver como creían, sobre todo las mujeres que no sabían lo que era la muerte en sí.

—¡Atadla lo más lejos de mí que podáis! —ordenó el jarl.

La noche estaba próxima y quería tomarse su tiempo para domesticarla. Quería arrebatarle cuanto era, convertirla en un animal que suplicase e, incluso entonces, no le daría un final digno. ¿Era posible infligir tanto daño como el jarl deseaba?

Eyra notó que tiraban de ella y caminó arrastrando los pies. Habían quemado muchas de las chozas y la devastación se notaba a su alrededor. Los recuerdos llegaron sin que ella se lo propusiera.

—Señora... —gimoteó Groa cuando Leif tiró de ella y la introdujo en una de las chozas.

Snorri rozó su espalda, lo hizo con dulzura cuando la guio. Sintió su cálida y tersa piel bajo las pieles y su cuerpo reaccionó. Quiso alejarse, no pudo hacerlo hasta que él mismo se encargó de colocarla sobre un montón de paja en uno de los graneros.

La miró y necesitó acercarse, besarla, acariciarla... En su lugar le tendió algo de comer y se despidió.

—Lo siento por vosotros —soltó Eyra antes de que Snorri cerrase la puerta. ¿Cómo podían esos ojos verdes, incluso ahora, arrebatarle el aliento? La miró y ella se sintió en un mundo aparte, solos los dos, capaces de todo—. Nunca quise haceros desaparecer, ahora es inevitable.

—¿Por qué dices eso?

—Mi jarl no podrá evitarlo, no cuando habéis atacado a su princesa. Puede que él tenga el título, mío ha sido siempre el poder y mi pueblo vendrá incluso cuando hace mucho que no me sienten parte de ellos.

—¿Por qué me avisas?

—Intenta que Groa no esté cerca cuando suceda —pidió Eyra, haciéndose un ovillo sobre la paja y sonriendo—. Ella no debe estar cerca.

Capítulo 15

Era noche cerrada cuando unas voces quedas llegaron a ella. La luz de la luna menguante entraba por un ventanuco y, con dificultad tras tantas horas en una misma posición, se sentó apoyándose contra la pared.

El frío la había envuelto y sus dientes castañearon al sentir que, al moverse, perdía parte del poco calor que le quedaba.

—Debes vigilar —dijo Ása.

—¿Y si nos descubren? —preguntó Ludmila, mirando a ambos lados con terror mientras desbloqueaban la puerta.

—Calla. Si haces tanto ruido nos oirán —soltó Ása sin detenerse en nimiedades. Caminó decidida hasta que llegó a Eyra y acercó el rostro para tratar de verla mejor—. ¿Eres la diosa que nos salvó? —inquirió de frente y con franqueza la niña.

¡No se lo creía! Eran dos niñas, una de ella no tendría más de cinco años. Eyra parpadeó y quiso reír, controló el impulso y contestó con suavidad.

—Soy vuestro enemigo —comentó con dulzura—. Debéis regresar ahora.

—Yo te recuerdo. Fuiste la que... —Levantó la manito y se la tendió—. Me cogiste y me escondiste con las demás. Tú nos salvaste.

—No es cierto. Has de regresar —ordenó nerviosa Eyra, temiendo que alguien pudiera escucharla.

—¡Sí! ¡Lo es! Yo lo recuerdo. —Al ver que había gritado Ása se tapó la boca y bajó el tono con el corazón desbocado—. También sé que tú fuiste la que mató a la esposa del jarl. Lo vi todo.

—Calla. Vete ahora.

—Me gustas. Ludmi dice que eres una diosa —comentó Ása como si no la hubiera escuchado—. Yo sé que miente. Eres mi mamá, ¿verdad?

Los labios de la vikinga se abrieron, su asombro fue doloroso por la ternura y miedo con la que lo había preguntado. Había auténtica esperanza encerrada en esas pocas palabras, tanta, que quiso serlo. Eyra deseó que fuera cierto.

—Soy vuestro enemigo. Soy un monstruo que ha matado a vuestros hombres y mujeres —le relató queriendo crear una imagen lo suficientemente horrenda para que no volviera a acercarse, aun cuando la observó pensando que era adorable y hermosa.

—Sé que eres mi mamá y sé lo que vi —continuó cabezota Ása. Se aproximó tanto que, de haber estado en auténtico peligro, estaría muerta. La idea surcó la mente de Eyra y, ante ese funesto pensamiento, la guerrera la tomó y abrazó con fuerza.

Actuó por instinto y miedo a que algún día se topase con un monstruo de verdad. Se dijo que

era para asustar a la pequeña, pero no le hizo daño. En su lugar la sostuvo con firmeza y delicadeza, mientras gruñía:

—Debería cortarte la cabeza. Vete si no quieres que cambie de opinión.

La empujó lejos observando cómo la niña tropezaba y a punto estuvo de caerse.

—Mientes. Sé que eres mi mamá. He suplicado a los dioses que regresases. Que regresases tú.

—¿Yo? —no pudo evitar preguntarlo.

—Fuiste buena. Cuando me cogiste en brazos me sentí en casa. Eres mi mamá, solo que todavía no lo sabes. —Negándose a parecer pequeña o débil, por miedo a que la viera más como un estorbo inútil que como a alguien que mereciera la pena querer, Ása la miró de frente y frunció el ceño—. ¿Me querrás? Yo te liberaré y nos iremos juntas.

Al ver que la niña sacaba un cuchillo y se aproximaba a la cuerda la detuvo. No la dejaría cometer un error semejante, no le permitiría lanzarse al abismo cuando no comprendía quién era realmente. Ahí estaba a salvo, incluso siendo huérfana. ¿Qué podría darle ella?

Eyra se arrodilló y suspiró. Miró los diminutos ojos castaños de la pequeña viéndose reflejada. ¿Cómo no caía aterrada ante la imagen? Era valiente y sincera, tan perfecta que la quiso sin motivo ni remedio.

—Debes regresar y olvidarme. No soy quien buscas. Vete antes de que te descubran.

—No me importa. Eres buena, sé que eres buena —aseguró con las manos sobre su pequeño corazón. Ása se lanzó contra su cuello y la abrazó con todas sus fuerzas, temiendo ser rechazada.

Eyra sabía lo que debía hacer, no pudo. En su lugar la envolvió y la acunó, sintiéndose reflejada en sus exigencias. ¿Cuántas noches había pedido lo mismo? Un hogar, un lugar que representase la inmensidad de esa palabra.

Parecieron segundos, se obligó a despegarse de la niña y besó su frente.

—Has de prometerme que no regresarás. —Aferró su cabeza entre las manos y la obligó a mirarla a los ojos—. No debes volver aquí. No digas nada y aléjate. Prométemelo.

—Mamá no...

Mamá... La vikinga se mordió el labio con fuerza. Las palabras la estrangulaban.

—Has de hacerlo por mí. Vete, has de hacer que no me conoces.

Entonces lloró, Eyra besó sus húmedas mejillas sorprendida de que su muerte fuera a dolerle a quien no la conocía. Quizás fuera por eso.

—Ása. Viene alguien —susurró Ludmila, metiendo la cabeza por la puerta—. ¡Corre!

La niña se dejó arrastrar por su amiga sin dejar de mirarla hasta que la perdió de vista. Eyra volvió a tumbarse sabiendo que ese poblado despertaría a demasiados demonios en su interior.

—*Son niños, no merecen morir. —Había dicho la mujer del jarl. Nunca llegó a saber su nombre, solo estaba segura de que era una gran persona.*

No había querido responderle, no pudo evitarlo.

—No puedo hacer nada —susurró mirando a sus hombres.

—Engáñalos. —La determinación que la mujer mostraba sorprendió a Eyra mientras la veía quitarse la capa—. Úsame para convencerlos.

—No sé qué pretendes...

Pero sí que lo sabía. Lo veía y no quería hacerlo, ya habían vencido, no quería ser testigo de lo que ahora sucedería en ese lugar.

—Córtame la cabeza, tras eso no dudarán de tus palabras. —Eyra se acercó a ella, lo hizo hasta que sus narices se rozaron. Quería amedrentarla, hacer que se desdijera y se dejase caer al suelo—. Moriré de todas formas.

Cierto, su muerte era inevitable...

Ahora la castigarían cuando no había hecho más que lo que le pidieron, cuando por primera vez cedió a lo que creía correcto. Lo hizo porque lo deseaba, aunque sin las palabras de esa mujer Eyra no habría sido capaz. Fue el empujón que precisó para ponerse en acción, eso no borraba la sangre de sus manos ni la culpa de su pecho.

“No lo sabrán. No por mí.” Se repitió hasta que se quedó dormida, temiendo la tortura que le esperaba. Creía estar acostumbrada al dolor, ser capaz de soportarlo todo, ¿era cierto?

Capítulo 16

Snorri no dejaría que nadie la tocara, incluso si para lograrlo debía ser él el que portase el látigo.

La arrastró fuera y la ató al tocón. La devoró con los ojos, suplicando un perdón que ella no le concedería.

—Aguanta. Solo serán cinco latigazos —susurró Snorri de forma que únicamente ella pudo escucharlo.

Eyra apretó la cuerda entre sus manos y tomó aire.

—¿Solo cinco? Espero que los disfrutes.

Snorri se lanzó sobre Eyra, furioso, pero no con ella. Sobre su oreja, sintiéndola pegada a su pecho, siseó sabiéndose acorralado.

—Eres fuerte. Sé que me odiarás siempre, pero vivirás. Serás libre.

—¿Pretendes redimirte? Eres un cobarde, un asqueroso cobarde que se arrastró a mi lado cuando tuvo miedo con el único propósito de sobrevivir. —Eyra lo sentía tan cerca que notó cómo se tensaba—. Te regalaste, ¿ahora pretendes alzarte como un guerrero? No eres nada, una puta que se vende cuando con la espada no puede vencer.

—Calla...

—¿Por qué? ¿Temes que descubran lo que has hecho con el enemigo para vivir? ¿Cómo has logrado convencer a Ulf? —lanzó las preguntas con maestría, Snorri la tomó por el pelo y alzó su cabeza sin que ella sintiera nada. Eso no era dolor —¿Es eso?

La acercó de nuevo, temiendo lo que su pueblo pudiera pensar de tan breve intercambio.

—Así me gusta. Ódiame si es lo que precisas —la alentó, ella no gritó cuando rasgaron su camisa y dejaron su espalda al descubierto. Snorri descubrió las cicatrices a la luz del sol y se quedó blanco, ella sabía lo que pensaba sin necesidad de que él se lo comentase.

Un grito agudo hizo que la condenada alzase el rostro y descubrió a Ása entre tantos otros. Syn la apretaba contra sus faldas, como hacía con su propia hija. Trataba de evitar que lo viera, pero la pequeña peleaba contra su agarre.

—No... —gritó Ása.

Nadie se volteó a mirarla, la consideraban tan poquita cosa que, en ocasiones, incluso parecía que no la veían o escuchaban. Era un bulto que servía al resto y que soportaban manteniéndolo con migajas.

Sin voz, vocalizó unas palabras solo para ella. Eyra conectó sus ojos con los de la pequeña, notando que ese gesto la sostenía, que por ella lograría evitar que ni un solo grito rasgase su garganta.

“Juntas somos fuertes” vocalizó Eyra, con una sonrisa al terminar. Se tensó y centró, debía aceptar y encajar los latigazos con entereza. La voz de su abuelo llegó entonces, fue una burla que le hizo arder las venas y ganar determinación.

“Debes ser un demonio. Los demonios no sufren y por eso se les teme, ¿cómo vencer a quien no pueden destruir?” La voz del anciano llenó su mente, nadie podía ser tan cruel como él.

—Comencemos. —El jarl se sentó en un trono de madera que habían colocado para él y alzó la mano. Snorri asintió y se remangó, Eyra no dejó de mirar a la niña que temblaba más que ella misma.

El sonido llegó antes, apretó los labios. Contó despacio, Ása lloró con fuerza y gritó tanto que varios le pidieron a Syn que se la llevara.

—Uno más... —susurró Snorri, que quería arrancarse las manos. El dolor que percibía, ese tormento que no se creía capaz de curar. ¿Cómo compensarla por todo lo que le estaba haciendo pasar? Sus sentidos estaban centrados en ella, solo en ella.

Tras el quinto el jarl se puso en pie y caminó sintiéndose victorioso.

—He de reconocer que eres dura. ¿Cuánto crees que podrás soportarlo? Te haré gritar, puedes estar segura. —La voz de Esben fue una bofetada para Eyra que, al pensar en hablar, gimió quedamente. El jarl hinchó el pecho.

—Puedes intentarlo... Moriréis antes que yo... —Los amenazó como única defensa.

—¿Sigues peleando? Mejor, disfrutaré mucho más al verte caer. —El jarl se giró entre jaleos enardecidos.

Cuando su pueblo se retiró, Snorri la soltó y la tomó en brazos sin encontrar una posición en la que no rozase sus heridas. La miró y ella no se ocultó, le dolía. Eyra notó que alguien acariciaba su mano, que caía sin vida a su lado, y descubrió a Ása.

—Él es malo, yo te cuidaré —aseguró la niña.

Snorri se sorprendió de la presencia de la pequeña, mucho más de sus palabras. ¿Por qué se había acercado si no la conocía? Eyra movió los dedos y le devolvió el gesto, con una sonrisa cansada.

—Te dije que no regresases.

—Mamá, son malos. No importa, eres una diosa y los vencerás, ¿verdad? —La ilusión que mantenía a Ása en pie impidió a Eyra que le arrebatase su mentira. Eyra se había rendido y, justo por eso, sentía que la traicionaba.

“No le debo nada. No le debo nada...”

—Tranquila, no duele. Son tontos, no comprenden que no se puede dañar a los dioses —soltó Eyra, Snorri caminó con su guerrera entre los brazos y el corazón encogido. La dejó boca abajo sobre la paja y puso varios montoncitos de nieve en las heridas.

Ása tomó el rostro de su mamá con las manos y lo dejó sobre su regazo, mientras pasaba los dedos por los dorados cabellos de la vikinga. Era hermosa incluso mugrienta y destrozada, tenía ese porte que, a los ojos de la niña, la convertía en alguien capaz de lograr un milagro, uno que ambas necesitaban.

A Snorri le hervía la sangre, era culpa suya. Se vio en una encrucijada y había escogido mal. Debió dejarla marchar, mas la idea de no tenerla a su lado...

Mientras la curaba y colocaba los emplastos que había robado besó su hombro. Eyra fingió no percatarse, conteniendo el aliento por lo mucho que ese gesto había significado. Snorri continuó acariciándola, de pronto se llevó la mano a su propia mejilla al notar la humedad.

Lloró por ella, por él, por un error que no sabía cómo subsanar.

Era esa fortaleza, de la que ya consideraba su mujer, la que lo hería, ella no se dejaría caer. Se mantenía lejos de él mientras que con la niña se abría con facilidad.

—Duerme. Syn dice que nos ponemos buenos cuando dormimos —le explicó la pequeña, como si con ordenarlo Eyra pudiera caer en un sueño profundo que eliminase los calambres que recorrían su espalda y se extendían por su piel. Al más mínimo movimiento quería gruñir y llorar, retorcerse y reptar a la nieve para lanzarse sobre ella.

En un momento apretó la diminuta mano y la niña se inclinó orgullosa, sabiéndose importante para quien veía inalcanzable, para la mujer con la que llevaba meses soñando.

—Gracias princesa. Ahora vete, no queremos que nadie te descubra.

—Vale, mamá. —Complaciente se puso en pie y estiró la falda de su vestido. Miró de mala gana a Snorri temiendo dejarla con él, para susurrarle al oído a Eyra—. Si te hace daño yo le pegaré. Le patearé los huevos, Ludmi dice que si les pegas muy fuerte los chicos también lloran.

—¿Eso dice? —Eyra miró de reojo a su hermoso carcelero, que no apartaba sus verdes iris de ellas—. ¿Qué más dice?

—Que hay algo que, si les dices que se lo vas a cortar, les da mucho miedo. —Compartió a continuación, para terminar besando la mejilla de Eyra, dejando una marca húmeda que la vikinga se vio incapaz de borrar.

Cuando la niña se alejó Eyra se quedó en silencio, permitiendo que Snorri la moviera a su antojo. El vikingo no pudo soportar más su apatía, su desgana. ¿Dónde estaba el fuego que él conocía? Ella parecía perdida muy lejos de allí, de él mismo. ¿Cómo hacerla regresar? La giró con delicadeza, pero los ojos azules lo traspasaron sin piedad.

—No vas a contarme nada. —Se sintió pequeño cuando Eyra lo recorrió de arriba a abajo, mucho más ante las palabras que le lanzó.

—¿Para que destruyas la poca luz que queda en mi vida? Estaba dispuesta a enfrentarme a todos por ti, te protegí de los míos porque cuando te vi te metiste en mi corazón. A la fuerza, no pude evitarlo. —Snorri retrocedió sintiendo que lo golpeaba sin tener que tocarlo, notando que las paredes se cerraban sobre él y el mundo se acababa—. ¿Por qué tenías que ser tú el que me atacase? Yo sabía desde que te vi que eras tú, ahora sé que erré y no vales nada. Justo por eso no importa lo que intentes, no lograrás herirme.

—No era mi intención. Haré que el jarl entre en razón. Tú nos protegiste, hiciste cuanto pudiste.

—Sabes que no es cierto. Además, no debes confiarte. Puede que haya aceptado mi final, no obstante, tú vendrás conmigo —aseguró decidida—. Eso te lo juro. Tanto como necesitaba estar entre tus brazos necesito ahora acabar contigo.

—Me amas, estás herida, pero comprenderás que era necesario. Te aceptarán, serás mía y no volverás a sufrir. Solo has de mantenerte con vida el tiempo suficiente.

—¿Estás loco? Antes de yacer contigo, de estar obligada a soportar tu presencia... —Escupió en el suelo para dar énfasis a sus palabras, para mostrar el asco que le producía—. Nunca sucederá eso.

—Te haré comprender que eres mía —aseguró acercándose y tomando su boca.

La besó desesperado, incapaz de hacer algo por menguar el dolor de su mujer y, por ello, completamente impotente. Quiso curarla y recibió un mordisco salado que lo hizo alejarse. No le importaba, regresaría cuantas veces fuera necesario.

>> Lo aceptarás. Sé que me equivoqué, ¡no podía permitir que los asesinases! ¿De verdad no lo comprendes?

—Sus vidas valían más que la mía. Vete, ya te dije que no puedes hacer nada que duela más.

Entonces, ¿por qué al ver que hacía lo que le había pedido no pudo contener las lágrimas? ¿Por qué seguía precisando el consuelo de sus brazos, incluso cuando fue él el causante del ardor que recorría sus heridas? La destrozaba y luego ponía emplastos, habrían podido huir juntos, alejarse de lo que habían sido.

“Ya no es posible. Odd, espero que puedas perdonarme, también a él lo amo.”

Capítulo 17

Durante tres días más sintió en sus carnes golpes de diversa índole, Snorri ponía especial cuidado en no tocar ciertas zonas, no obstante, eso no impidió que ella se debilitara.

Todavía no era de día cuando el guerrero entró en la cabaña y trató de despertarla. Cogió su cabeza y le cercó el cuenco de agua, mas ella no abrió los ojos. Gruñó perdida en una pesadilla, donde corría cuanto podía sin lograr escapar. Nunca lo lograba...

—Eyra, ¡Eyra! ¡Reacciona! —La ansiedad y el pánico lo llevó a zarandearla, haciendo que notase que su cuerpo estaba completamente laxo—. Eres una Skjaldmö, no permitirás que nadie acabe contigo.

Wulfstan estaba escuchándolo todo desde las sombras cuando comprendió que no estaban solos. Había decidido actuar esa misma noche, al comprender que su amiga no lograría resistir la tortura mucho más tiempo, no obstante, pronto se vería forzado a intervenir.

El grito de guerra se extendió por el lugar como el peor de los augurios. Un ulular siniestro que llevó a los habitantes del poblado a las armas, sin comprender que ya los habían cercado y muchos de los guerreros que deberían estar de guardia ya habían sido pasados por el cuchillo.

Era el olor de la muerte, los gritos de miedo se dispersaron en todas direcciones, de forma que los que trataron de escapar no sabían a dónde dirigirse y, en varias ocasiones, lo que hacían era correr directamente hacia el peligro.

—Son los colores de Thorir —comentó Daven mirando a Wulfstan que, desconfiando de sus intenciones, no se atrevió a emerger de las sombras—. Ha venido a por su sobrina.

—Guarda silencio —ordenó el gigante, mientras se encogía cuanto podía y trataba de llegar hasta la puerta del granero de Eyra sin llamar la atención de los que corrían por la zona—. Espérame aquí, avísame si alguien se acerca.

Entró y los goznes protestaron, el chirrido lo puso en tensión y se enfrentó por primera vez a Snorri, un hombre que odiaba desde lo más profundo de las entrañas. Quiso clavar el hacha en su cabeza tan pronto lo vio, contuvo las ganas apretando el mango de su arma hasta tal punto que sintió varias astillas penetrando su piel.

—Déjala —escupió Wulfstan deseando que no le hiciera caso—. No vuelvas a tocarla.

—¿Quién eres? —Snorri desenvainó la espada y se colocó ante el cuerpo de Eyra—. ¿Qué buscas? Ella es mía.

—¿Tuya? —Se rio el gigante con la mirada oscurecida—. Solo sobre mi cadáver. Ella se irá conmigo.

Wulfstan entrecerró los ojos, un gemido de su amiga hizo que no llegase a lanzar el hachazo sobre su enemigo.

—Wulf... —Eyra tosió antes de terminar—. ¿Eres tú?

—Guarda silencio. No malgastes fuerzas —gruñó con el mismo tono tosco y huraño que lo caracterizaba. La vikinga sonrió sin ganas, para volver a gemir cuando intentó sentarse.

—Gracias... —Se llevó la mano a la frente—. Gracias por venir a por mí. Me equivoqué...

—Calla —ladró el gigante impotente al ver su dolor, llevado por los mil demonios—. Nunca debí prometer lo que no puedo cumplir.

“Morirá por mi mano.” Comprendió al mirar a Snorri que, nervioso, observaba a la mujer que se había convertido en su obsesión iluminarse por la visita de otro hombre. Quiso gritarle de nuevo que era suya, ¿cómo hacerlo cuando la culpa sellaba sus labios?

—No puedo permitir que te la lleves... —dijo nervioso Snorri, inclinándose y acariciando la suave mejilla de Eyra—. Encontraré la manera de compensarla, de hacerla mía.

—¿Tuya? ¿Así proteges a los tuyos? —El asco del gigante hizo que Snorri bajase las manos.

—Lo he intentado. El jarl está furioso, pero es justo. Sé que...

Wulfstan no atendería a razones, no le importaban. Eyra sufría y él la recogería para cuidarla. Eran familia, solo eso le importó cuando se dispuso a rematar a la rata que nunca debió cruzarse en el camino de su amiga.

El choque de aceros despejó la mente de la cansada y sedienta Eyra. Logró alzarse y, con las piernas temblorosas, observó lo que sucedía. Estaba tan cansada que no lograba hablar, tan agotada que, solo por un instante, deseó de corazón que alguien atravesase el pecho de Snorri. Así todos sus problemas terminarían, no obstante, esa idea duró solo un instante tan efímero que... con la misma velocidad dio paso al miedo asentándose en su pecho.

—¡No! —Se llevó las manos a los oídos. Eyra se tambaleó y quiso llegar a su gigante, pero la cuerda no le permitió acercarse lo suficiente—. Wulfstan, no le hagas daño —suplicó.

El gigante asintió enfadado, pero con ella. ¿Acaso no se respetaba lo suficiente para exigir venganza? Lanzando un puñetazo que, a todas luces Snorri no se esperaba, dejó inconsciente al hombrecillo y acudió a soltar las manos de Eyra.

>> No me odies —suplicó ella, aferrándose a su cuello cuando Wulfstan la elevó—. Ni siquiera yo puedo comprenderlo.

Él gruñó cerrándose en sí mismo, Eyra enterró el rostro en el arco de su cuello y dejó salir unas ácidas lágrimas que desgarraron su garganta en silencio.

>> ¿Qué sucede? —preguntó entonces al percatarse, por primera vez, de los gritos que se habían convertido en la melodía de fondo.

—Tu tío —replicó secamente Wulfstan.

—Ha venido a arrasarlos...

La vikinga se movió exigiendo que la soltase, cuando la dejó sobre el suelo ella necesitó su apoyo, pero tiró de su amigo en dirección a la puerta.

>> Debo encontrarla. Debo encontrar a Ása, ella me necesita —dijo, rogándole al cielo que tuviera compasión.

¿Era el amor capaz de devolverle las fuerzas a un cuerpo medio muerto? Fue como verla renacer, recuperar el control de quien era y alzarse sobre las cenizas con las heridas todavía

sangrantes.

La mujer que salió de ese granero se movía con decisión, sus ojos azules recorrieron la zona analizando qué pasos dar para no malgastar energías.

—Te sigo —susurró Wulfstan.

—¡Amiga! —gritó Aren desde los labios de la vieja echándole las manos al cuello y estrujándola.

—Vieja quédate atrás. —Al ver que no la soltaba Eyra palmeó su hombro con nerviosismo—. Más tarde hablaremos, lo prometo.

Eyra apretó los dientes temiendo caer antes de encontrar a la niña.

Deshaciéndose de la anciana logró avanzar, movió la espada al descubrir a Syn en una esquina cubriendo con su cuerpo a su hija. Quería pasar por delante sin detenerse, más preocupada por Ása, no pudo hacerlo. Fueron los gritos, esos sonidos de auténtico pavor y súplica, los que la obligaron a intervenir.

>> ¡Dejadlas! —aulló con ese aire autoritario que hacía mucho tiempo que no empleaba.

—¿Quién eres tú para...? ¿Eyra? —Sixten parpadeó ante la sangrienta imagen de su princesa—. Acabaremos con todos para que no vuelvan a atreverse a atacarnos. Zorras...

—Déjalas. —Eyra bajó el tono, apretó la empuñadura de su espada—. ¿Prefieres que te obligue?

Sixten se alejó sin responderle, atacando a un hombre que trataba de alcanzar un caballo para escapar. Eyra suspiró y se dispuso a continuar cuando una mano la aferró por el brazo. Iba a cortarla cuando Eyra descubrió tras ese brazo a Syn.

—Gracias. Dos veces has salvado nuestra vida.

—No importa —gruñó Eyra.

—Sí, debimos ayudarte. Debimos decir algo, pero tenía demasiado miedo por mi hija. No tenemos a nadie más, sin ellos moriremos... —quiso disculparse, Eyra no deseaba oírla. Estaba harta de excusas.

—Suéltame, debo continuar —siseó la vikinga.

—¿Buscas a Ása? —Syn señaló el bosque y, tirando de ella, se puso en movimiento—. Esa niña merece ser amada.

Lo que no esperaban era ver a dos hombres pateándola, Eyra perdió la cabeza cuando uno de ellos alzó la espada sobre Ása. Segundos, solo eso le quedaba. La vida y la muerte, todo estaba en juego cuando Eyra aferró el arma y corrió.

Dicen que, en ocasiones, somos más parecidos a monstruos que a personas. Emociones demasiado intensas para explicarlas, pero tan poderosas para conferirnos una fuerza única.

Enloquecida Eyra saltó. Antes de pensarlo se giró y sesgó la vida del que amenazaba a su hija con un giro rápido que separó su cabeza del resto de su cuerpo. Su compañero aún no se había dado cuenta de la pérdida cuando Eyra lo señaló con la punta de su espada.

—Reza cuanto sepas. Los dioses piden sangre. —¿Los dioses o ella misma? ¿Importaba? No

había remordimientos o dudas. El dolor ya no la detenía, sus músculos se tensaron llevados por la auténtica necesidad de muerte. Era tan sencillo y placentero, quiso reír a carcajadas ante lo bien que se sentía.

—Eyra, hemos venido a liberarte. Uno de sus hombres llegó a nuestras tierras y, gracias a él, supimos lo que habían hecho —dijo el guerrero que, blanco como la nieve, la observaba sin saber cómo defenderse de quien no perdía nunca—. ¿Estás bien?

—No debiste hacerlo... ¿Disfrutabas?

—Eyra, ¿qué sucede? —La voz del guerrero no llegaba a Eyra. Su rostro había perdido sus rasgos conocidos, era solo una sombra en la que no merecía la pena pensar. No, él ya no era nadie.

—¿Disfrutasteis haciéndole daño? ¿Qué daño pudo haceros ella? —inquirió con suavidad Eyra colocándose ante la niña que, aterrada, lloraba sin lograr detener la humedad que descendía desde sus ojos. Entre la neblina había reconocido a su nueva mamá y la tranquilidad no hizo más que intensificar su llanto.

El frío se mezclaba con las columnas de humo negro que ascendían hacia el cielo. La noche oscura no lograba ocultar del todo la sangre que regaba el suelo, tampoco esos lamentos que se extendían por doquier.

>> No debisteis hacerlo. No, no debisteis hacerlo. —Eyra atacó y Wulfstan asintió satisfecho mientras la oteaba atravesando el corazón del guerrero que había osado golpear a su niña. ¿Era justo? No le importaba, ¿estaba condenada por sus actos? Gustosa aceptaría el castigo de los dioses si, a cambio, podía proteger a la pequeña.

Cuando sintió un par de manos diminutas en su cintura dejó caer la espada y se giró. Se puso de rodillas sin atreverse a devolverle el abrazo, culpable por no haber evitado las contusiones que decoraban la piel de Ása.

—Intenté protegerlos —dijo la niña, señalando el poblado.

—¿Te importan? —preguntó Eyra.

—Algunos son buenos conmigo. Me sonríen cuando estoy triste —comentó Ása, con esa inocencia que, a la vikinga, le resultaba tan refrescante—. Mamá, ¿podemos ayudarlos? Te han hecho pupa... —Y tocó las heridas de Eyra como si sus diminutos dedos no pudieran dañarla, palpándolas con auténtica curiosidad—. No importa. —Bajó la cabeza.

Eyra asintió y besó su frente. La respetaba como no había respetado a nadie en toda su vida. La veía y admiraba cómo era, deseando conservar parte de la luz que la pequeña todavía poseía en su interior.

—Syn, ¿podrías cuidar de ella? Llévala al bosque, os encontraremos antes del amanecer —pidió Eyra.

—¿Qué harás? Todos te odian, esta vez no podrás ayudarlos —replicó Syn.

—Vámonos. Están muertos —gruñó Wulfstan, que mantenía sus ojos fijos en Syn de tal forma que ella se removía incómoda.

—Amigo, ¿me prestas tu hacha? —dijo sin más Eyra, mientras se alejaba rumbo al poblado, evitando mirar el tocón al que, durante días, la habían atado. El recuerdo le hizo rechinar los

dientes, merecían sufrir, no obstante, cuando alzó la espada para evitar una muerte lo hizo con el rostro de Ása en la mente.

Capítulo 18

Las heridas de su espalda estaban tirantes, las piernas tan tensas que las notaba resistirse a ciertos movimientos. Eso no menguó en absoluto sus habilidades. Pronto, los que en otro tiempo fueron sus hombres, se volvieron contra Eyra.

La vikinga avanzó como una diosa entre los escombros del poblado, entre trozos de madera ardiendo y cuerpos retorcidos que seguían sangrando sobre la nieve. Era una estampa triste, desoladora, que para Eyra no significaba nada.

Era horrible acostumbrarse a semejantes atrocidades, Eyra hizo girar la espada para esquivar un estocazo que iba directo a su corazón. Gritó enloquecida, medio divertida por un movimiento tan atrevido contra su persona y medio enfadada. Clavó la hoja en el hombro de su enemigo sin detenerse, queriendo terminar con su vida.

“No mataré. No más.” Se dijo, sin creérselo del todo.

Eyra no podía explicar cómo elegía el camino que debía tomar, de alguna forma una energía la llevó ante la gran casona del jarl, descubriendo ahí al mismísimo jarl Esben y a Snorri tratando de defender la entrada.

Con una sonrisa se detuvo y clavó la espada a su lado, para cruzarse de piernas mientras los observaba pelear. Eran diestros, sin embargo, solo eran dos hombres que pronto caerían ante las decenas que seguían llegando.

Chasqueó la lengua y al aplaudir con fuerza percibió los ojos verdes de Snorri en ella, a continuación, un rugido de auténtico odio procedente del jarl.

—¿Estáis en problemas? —inquirió con un amplio movimiento de su mano —Creo que esta noche tendréis que enterrar a todos los que amabais. —Sonrió fríamente.

—Zorra... —siseó el jarl, Snorri puso la mano en su pecho impidiéndole avanzar hacia ella.

—Snorri, ¿qué sucede? —preguntó Eyra con dulzura. Wulfstan gruñó a su lado, la vikinga se apoyó en él con confianza mientras, juguetona, pasaba los dedos por el pecho de su amigo. Los ojos de Snorri echaban fuego —Tenías razón, uno de los dos moriría.

—Vete, todavía estás débil —comentó Snorri, esquivando un golpe y apartándose varios mechones húmedos del rostro—. Huye, lograré encontrarte.

—¿Por qué habría de querer que me encuentres? —escupió Eyra molesta —Tengo a quien caliente mi cuerpo mucho mejor que tú.

—Entonces quédate, es posible que tengas suerte y disfrutes de mi caída. ¿Es eso lo que deseas? Puede que lo merezca. —Sonrió de medio lado con ese aire distraído que a ella tanto le gustaba. No conseguiría hipnotizarla, se dijo la vikinga con un dolor extraño ante la idea de que él desapareciera para siempre.

“No. No me importa...” ¿Lo hacía? Eyra apretó las uñas sobre el pecho de Wulfstan.

Lo supo, ¿cómo podía estar tan segura? Cuando Snorri alzó la espada sintió que su hombro no estaba bien. El movimiento fue fluido y, sin embargo, carecía de la fuerza necesaria para derribar a su enemigo. Lo observó queriendo protegerlo, demasiado furiosa para un paso al frente.

Cuando creyó que Snorri estaba próximo a caer cerró los ojos, Wulfstan la tomó del mentón y le giró el rostro para que no escapase de lo que allí estaba sucediendo.

—Va a morir... —gimió ella para su amigo.

—Te ha torturado —le recordó Wulfstan.

—No lo comprendes. —Los ojos azules y, demasiado brillantes, de Eyra se alzaron hacia los del gigante—. Yo podía sentir que no quería hacerlo, su dolor, su impotencia. Tú no lo comprendes. —Y se rozó la mejilla, mordiéndose el labio inferior con fuerza—. Ambos sufrimos por lo que ha sucedido. No puedo perdonar su traición, pero no deseo su muerte.

—No lo permitiré. —Aferró el brazo de ella—. No pueden acabar con todos ellos solos y tú no harás nada por ayudarlos. Tu vida vale más que la de dos ratas que te cortarán la cabeza si tienen la oportunidad.

—¿Lo hace? ¿Mi vida vale más? —Eyra volvió sus ojos al hombre de iris verdes que se había metido bajo su piel. Tras los latigazos solo las caricias de él lograban reconfortarla, fueron sus cálidas palabras las que la mantuvieron en pie—. No puedo hacerlo, no puedo permitirlo.

Soltándose corrió y se lanzó contra todos sin mirar, solo veía a Snorri. Estaba cansado, derrotado, ¿se estaba dejando vencer? Todo cambió cuando la vio avanzar, quiso llegar a ella, se buscaron desesperados.

—¡Eyra! —gritó el jarl Thorir desde lejos, ¿qué hacía allí su tío? Nunca acompañaba a sus hombres, ella se volvió buscándolo desesperada —¡Ya basta!

El hombretón se acercó despacio, ni siquiera había sacado su espada. Se escondía tras el resto, observando la matanza con una sonrisa fría.

—Jarl, no permitiré que lo hagas —replicó Eyra.

—Hemos venido a protegerte, hemos venido porque somos tu pueblo. No dejaré que nadie vuelva a...

—¿Ahora? ¿Dónde estabas entonces? Dile a tus hombres que se retiren o me veré obligada a acabar con ellos.

—No puedo hacerlo. El jarl Esben merece un escarmiento a la altura de sus pecados —dijo con voz pausada Thorir—. Apártate, haz caso a tu jarl.

—¿Desde cuándo? Yo misma te cedí ese puesto, ¿me obligarás a reclamarlo? —Thorir tembló, la idea no le agrada. Miró a la mujer que, plantada a pocos metros, lo retaba orgullosa—. Diles que se retiren.

—No puedo hacerlo. Debo protegerte, incluso de ti misma —aseguró Thorir, escondiendo su miedo bajo buenas intenciones.

—Cobarde... —siseó ella, el hombretón hizo que no la escuchaba mientras gritaba a pleno pulmón.

—¡Apresadla y acabad con el resto! —exigió sin volverse hacia su sobrina, temiendo que, de hacerlo, ella pudiera descubrir todos sus oscuros secretos. Era tan débil como su madre... ¿Acaso no sentía las heridas que la cubrían? ¿Cómo podía ser tan necia para proteger a los que se disponían a golpearla hasta la muerte?

Eyra no se dejaría apresarse, no, no lo haría. Snorri llegó hasta su lado, ella se apartó cuando rozó su hombro.

—Eres tan salvaje... —susurró Snorri a su oído antes de girarse —Me haces arder.

¿Cómo? Eyra lo miró sin creérselo.

>> Cielo, tendré que acabar con todos ellos. Tras verte regresar necesito que seas mía. Para siempre —lo soltó con una intensidad que la atravesó. No, no sucedería, no lo permitiría. Eyra guardó silencio.

Pelearon durante media hora, Wufstan protegía su espalda, Snorri a su derecha. Eyra se sintió querida, guarecida incluso cuando era ella la más peligrosa del lugar. El aire llenaba sus pulmones con ese toque ardiente que la dejaba agotada, las heridas se abrieron y la sangre escapó de su piel, de pronto acabó hincando la rodilla.

Nadie se percató, nadie menos el jarl Esben, que aprovechó que el resto estaban inmersos en pequeñas reyertas, para tomarla del pelo y obligarla a retirarse unos metros. La llevó hasta el lateral de la casona y la lanzó sobre el suelo.

La fiebre había dejado gotitas frías de sudor en su piel, sus ojos vidriosos se alzaron antes de que Esben se inclinase sobre ella.

—¿Qué...? —Eyra estaba mareada.

—¿Creías que olvidaría tus pecados por habernos ayudado? Eres una culebra, incluso te vuelves contra tu pueblo —siseó Esben, negándose a perdonarla.

—Eres un cobarde... —jadeó ella. Sus dientes, llenos de sangre, aparecieron en una mueca siniestra.

—¡¿Qué esperabas?! —gritó tomándola por los rubios cabellos y zarandeándola de tal forma que se quedó con varios pelos entre los dedos. Eyra se había esforzado demasiado, poniendo las pocas energías que le quedaban en cada golpe, como si fuera el último, sin comprender que estaba al borde del desfallecimiento.

Ahora no le quedaba nada, la energía para alzar la mano, para suplicar, era demasiado para ella. Le habría gustado poder tener un futuro, poder cuidar de Ása y poder formar una familia a su lado. Comprendió entonces que ese sueño había arraigado con fuerza en su interior en tan solo un par de horas, fue duro despedirse tan pronto.

—Acaba de una vez —escupió Eyra.

Se tumbó sobre la nieve y se relajó. El mundo daba vueltas y ella estaba cansada, ¿qué había buscado con tanto ahínco durante toda su vida?

>> ¡Hazlo! Pronto se percatarán de mi ausencia —lo espoleó ella, Esben asintió e hizo descender la espada. Ella apretó los labios esperando la estocada final.

Hacía tantos años... la vieja observaba la escena desde lejos mientras todas sus personalidades se retiraban incapaces de actuar. Ninguna fue capaz de tomar el control, la

anciana parpadeó y quiso gritar, pedir ayuda. De sus labios no salió nada, se llevó las manos a la garganta y miró de nuevo a Eyra.

Puede que ella, desde que se habían conocido, hubiera permanecido siempre entre las sombras de su propio cuerpo, pero la había visto desde lejos, había sentido su cariño y aprecio. Fue delicada con ella cuando lo precisó, la vieja supo que era lo que debía hacer. Puede que fuese su primer acto valiente y... se sentía bien.

Algo caliente cayó sobre el rostro de Eyra, ella lo tocó antes de sentir que un cuerpo la aplastaba. Se tensó, se arrastró para apartarlo y no pudo creérselo.

—¡Vieja! —La espada se mecía clavada en su abdomen, Eyra corrió a apretar la herida—. ¿Qué has hecho? ¡Vieja! ¡¿Qué has hecho?! ¡No! ¡Noooooo! —rugió desesperada —Aguanta, debes aguantar. ¡Wulfstan! ¡Wulf! —Le dolió la garganta ante la desesperación de sus rugidos, el sonido rasgaba sus cuerdas vocales, pero no importaba, no cuando miraba el rostro arrugado de la mujer tan especial que sostenía.

—Se interpuso. Ella... —Cuando los ojos de la anciana se volvieron hacia el jarl él retrocedió—. es una bruja. Es una bruja... —repitió al ver que cada uno de los iris de la moribunda era de un color diferente. Las historias que, de niño, le habían relatado espolearon sus peores temores.

—¿Qué has hecho? ¡¿Qué has hecho?! —Miró a Esben queriendo correr a despedazarlo, aunque incapaz de soltar a su viejecita. La acunó con el dolor de no saber qué podía hacer para ayudarla, con las manos temblando y calientes por la sangre que abandonaba su marchito cuerpo—. Ella, ella no... Perdóname. Perdóname, es culpa mía.

Los labios arrugados de la anciana se abrieron y cerraron, ¿estaba hablando? No lo lograba y la frustración la obligó a tratar de comunicarse por señas. Tras tomar entre las suyas la mano izquierda de Eyra la posó sobre su corazón, que perdía fuelle. La apretó ahí, queriendo gritarle que la quería, que fue su decisión protegerla.

Wulfstan apareció seguido por Snorri, ambos miraron la escena sin creérselo. Se volvieron hacia Esben y éste retrocedió ante la cara furiosa del gigante.

>> Wulfstan... Ella... Se muere. —Besó sus mejillas, besó su frente con adoración—. Ella se muere. Wulfstan, haz algo.

—Estás muerto —aseguró el gigante mirando a Esben.

—¡No! —Snorri se interpuso, Eyra lo oteó comprendiendo que solo él podría hacerle más daño aún. Solo el portador de los ojos verdes más penetrantes que nunca se encontró podía retorcer lo que sentía, de tal forma, que ella perdía la capacidad de respirar.

—¿Por qué? —le preguntó entonces Eyra, culpándolo con sus negras pupilas —¿Por qué sigues defendiéndolo? ¿Por qué? —Las lágrimas descendían con rapidez, no había vergüenza, tampoco nada cálido a lo que aferrarse. Era la pérdida más absoluta, se dejó caer derrotada.

—Snorri es un vikingo de mi pueblo. Me debe lealtad.

—¿Es esto la lealtad? —ironizó Eyra, que se sabía culpable de todo. Nunca debió salvar a nadie, al final su abuelo había tenido razón. Era la piedad la culpable de las mayores masacres, ¿fue solo eso?

—Acabaré contigo. Jamás perdonaré lo que has hecho —aseguró el jarl, haciendo que Snorri se tensase.

Wulfstan dio un paso, Eyra comprendió entonces que todavía les quedaba una posibilidad, pero solo si actuaban con rapidez.

—Debemos regresar. Lena podrá ayudarla, lo sé. —Cuando trató de cargar el cuerpo de la anciana Eyra volvió a caer de rodillas. Frustrada, cansada, herida, miró a su amigo con la súplica colgando de sus pestañas. El gigante caminó hacia ellos y tomó a la vieja con una delicadeza impropia en él, acomodándola contra su pecho y, sin bajar la guardia, avanzaron hacia un grupo de caballos.

Cuando el jarl Esben quiso perseguirlos Snorri lo detuvo, colocando la espada bajo su mentón.

—¿Qué haces? ¡Están huyendo! —gritó Esben empujándolo.

—Recogen a sus heridos. Salvemos lo que queda de los nuestros, no dejaré que sigas haciéndole daño a la mujer que amo. —Esben no lograba creérselo—. No debí permitir nada de lo que ha sucedido, no volveré a cometer el mismo error.

—Ella jamás será tuya —escupió el jarl completamente fuera de sí—. Eres un traidor.

—Es posible y por eso me iré cuando estemos a salvo —comentó Snorri, mirando cómo su mujer se alejaba, cómo se iba con la amarga sensación de que la había vuelto a traicionar cuando no fue esa su intención. Su corazón se deshizo ante la idea de que no volviera a tocarla, abrazarla o sencillamente poder observar sus brillantes ojos azules. La quería tanto que no comprendía cómo podía haberse colocado en esa situación—. Salvemos lo poco que queda de nuestros hombres.

—No olvidaré tu traición —lo avisó Esben.

—No esperaba menos.

Muchos más cayeron esa noche, aunque al final lograron repeler el ataque nadie se sintió victorioso. Cuando los gritos dieron paso a los gemidos de los heridos, y recogieron los cuerpos medio congelados de la nieve, Snorri comprendió que no podría olvidarla nunca. Ella era única, tanto como el aire y el sol. La necesitaba.

Trabajó como el que más, dejó todas sus energías en ayudar a curar a cuantos pudo. Solo cuando ya todo estaba hecho se permitió regresar al granero que ella había ocupado y todavía conservaba rastros de su sangre. ¿Cómo había podido permitirlo? Fueron sus manos las culpables, solo las suyas. Pensó mirándose los dedos.

Syn, que lo había seguido todo el día, se detuvo en el marco de la puerta. Tardó más de media hora en atreverse a intervenir, ¿cómo no hacerlo? Se lo debía a Eyra.

—Debes correr tras ella —comentó Syn tomando asiento sobre un montón de heno. Se recolocó las faldas y echó un vistazo a la espalda de Snorri.

—Mujer, no sabes lo que dices. Vete, no tengo ganas de tus atenciones.

—No me venido a calentar tu camastro —siseó ella molesta, cansada de que, tras la muerte de su marido, fuera denigrada de esa forma. Tuvo que sobrevivir, lo hizo como mejor sabía para asegurar la supervivencia de su hija. ¡No se avergonzaría nunca!

Syn tomó aire despacio calmándose, se apretó las manos.

>> Debes buscarla.

—¿Para qué? Me odia y tiene razón. —Tomó un trozo de tela que descansaba a unos metros y sabía que pertenecía a la camisa de su mujer. Lo acarició como si fuera el mejor de los tesoros. Si pudiera regresar al pasado se habría ido con ella lo más lejos posible, la habría tomado de la mano y corrido sin mirar atrás. ¿Por qué permitió que lo que él consideraba su deber se impusiera? ¿Cómo estuvo tan ciego para creer que, si regresaban, podría protegerla? —No puedo hacerle más daño.

—Ella te ama, pude verlo. —Podía reconocer esa mirada anhelante, esa súplica silenciosa que no encontraba palabras, cuando un hombre te robaba el corazón. Lo había sentido en el pasado y, cuando lo perdió, temió no ser capaz de sobreponerse—. Te necesita, debes cuidarla y demostrarle que puedes hacerla feliz.

—Lárgate.

—¿Por qué? ¿Temes que alguien te diga lo estúpido que has sido?

—¿Crees que no lo sé?

—No lo sabes, nunca lo has sabido. —Snorri se giró furioso, ella no movió el gesto. Estaba tranquila, segura de que jamás le alzaría la mano. No él, lo retó a demostrarle que estaba equivocada—. No lo sabes porque no la conoces.

—No sabes de qué hablas.

—Lo sé porque yo estaba el día que ella atacó. Yo lo vi todo, yo sé quién nos protegió y salvó. —Snorri contuvo el aliento, al tiempo que negaba tozudamente con la cabeza—. ¿Temes lo que ya sabes? Lo intuiste desde el principio, ¿verdad?

—Lo habría dicho, se habría protegido cuando...

—Puede que esperase que fueras tú el que se revelase sin motivos, el que confiara ciegamente. —Al ver que Snorri había perdido la facultad de responder continuó —: O puede que creyera merecerlo. Vi la oscuridad consumiéndola, los fantasmas la persiguen.

—¿Por qué hablas justo ahora? —“Cuando ya la he perdido...” Se apretó el puente de la nariz con fuerza. La extrañaba, la necesitaba, solo tenía que cerrar los ojos para verla. Se había quedado en su mente, aunque a cada hora se alejase un poco más.

Quiso escapar, se dirigió hacia la puerta, ella continuó su historia sin preocuparse de si se quedaba o no. Si se iba era que realmente no había merecido la pena.

—Es sencillo mentir con las palabras, ella demostró con sus actos que vale mucho más que aquellos a los que has protegido. Ese día se opuso a todos los que conocía por unos niños y mujeres que nada valían para ella, lo hizo dispuesta a afrontar las consecuencias si la descubrían. —La voz de Syn se perdía a su alrededor, Snorri tuvo que aferrarse a una de las paredes para no caer. Eyra... y lo triste era que no dudaba de que fuera cierto. Lo sentía en las entrañas.

La primera vez que la vio se había quedado obnubilado, creyó que podría tenerla sin arriesgar nada, sin comprender que ella era todo o nada. No podía tenerla a medias, no podía encadenarla a su lado y darle migajas, Eyra exigía todo cuanto era.

Sus besos, sus caricias, esa forma que tenía de entregarse como si el mundo temblase cuando

estaban juntos...

—Cállate... —suplicó Snorri.

—Es cierto que asesinó a Fatsbi —reconoció Syn, recordando el momento. El grito salvaje con el que Eyra había acompañado el golpe. El asco, la pena y auténtico pavor cuando fue testigo de cómo la cabeza de la mujer del jarl Esben rodaba lejos. Sus ojos se habían quedado congelados, miraban al frente, aunque Syn sabía que ya no podían ver nada—. Pero fue Fatsbi la que se lo pidió. Lo hizo por nosotros, para convencer a los hombres de Eyra, para que nadie dudase cuando gritó que quería despedazarnos lejos de las miradas de ellos... Cuando... —No podía explicarse bien pues, por la forma en la que Eyra lo había soltado, la creyó. Lo hizo y, dar los pasos que la llevaron hasta el frondoso bosque, fue duro. Mucho más al sentir las manos sudorosas de su Ludmida apretando la suya.

Podía sentir todavía el viento en el rostro, el sudor en la piel. Recordaba cada detalle como si, con solo desearlo, pudiera regresar a entonces.

>> Fatsbi era valiente y se sacrificó. No obstante, no solo ella murió ese día. Yo lo vi, lo vi todo...

—¿Por qué no has hablado antes?! —aulló Snorri, lanzándose sobre ella. La zarandeó fuera de sí, asqueado consigo mismo.

—Miedo. —Una sola palabra cargada de mil acusaciones, una mirada que traspasó al vikingo e hizo que la soltara—. Miedo por mi hija, miedo por ser acusada de traición. Miedo por la mujer que nos protegió, miedo porque los suyos lo descubrieran.

—Vete, por favor vete...

Y el gran guerrero, ese que creía saber qué era lo correcto, ese que creía tener una solución para todo, se dejó caer y se abrazó a sí mismo. Las lágrimas acudieron, se tiró del pelo incapaz de detenerlas.

Ella no merecía lo que le hizo. Debió darlo todo por protegerla, debió apostar por ella. ¿Cómo hacerlo cuando todo indicaba que era Eyra el verdadero peligro?

Syn lo dejó solo en su desesperación. Le había abierto los ojos, aunque puede que demasiado tarde, pensó mirando las nubes y descubriendo en ellas el rostro de ese gigante que, sin proponérselo, había provocado que un escalofrío recorriera su cuerpo.

“Era inmenso... Tan... ¿Peligroso?” No, no era esa la palabra correcta. Syn se descubrió pensando en él, recordando cómo había posado los dedos en la parte baja de su espalda cuando la apartó para encaminarse hacia el poblado.

Su toque, su voz grave y seca, esa forma de recorrerla como si quisiera destruirla con la misma intensidad con la que necesitaba, ¿poseerla? ¿Era eso? ¿Era deseo lo que se escondía bajo el negro de sus iris?

Capítulo 19

Al galope, sin apenas detenerse. Eyra aferraba a Ása contra ella, con todos sus sentidos centrados en el camino para evitar caerse o soltar a la pequeña.

Cada pocos metros miraba la espalda de Wulfstan y suplicaba porque la anciana lograra soportarlo, hizo mil promesas si lograban mantenerla con vida, si lograban arrancarla de las garras de la muerte. Sin embargo, cuanto más avanzaban más lejano parecía el destino, como si no consiguiera avanzar y, de hacerlo, lo haría cuando fuera demasiado tarde.

“¿Por qué tuvo que interponerse? ¡¿Por qué?!” Quiso respirar y no pudo. Parpadeó con fuerza para volver a centrarse en el sendero que, entre las altas hierbas, se intuía. “Vieja, no estoy preparada para despedirte”

Recordó la primera vez que se había enfrentado, furiosa, a la anciana. Inconscientemente abrazó el cuerpo de Ása en un intento de reconfortar a los fantasmas que, sin cesar, martilleaban en el interior de su mente.

“No fue culpa mía...”

Era de noche, los lobos aullaban a la luna cuando ella decidió trepar a uno de los árboles cercanos para poder otear lo que sucedía a lo lejos. Había decidido acompañar a los hombres que pronto partirían en busca de riquezas y, justo por eso, se esforzó como nunca en limpiar la zona de posibles peligros.

En silencio recorrió el bosque y acabó con un par de alimañas, dejando los cuerpos a cierta altura para poder recuperarlos más tarde. Fue entonces cuando, subida al árbol, lo presenció todo. No supo qué decir, cómo actuar, ¿qué pensar?

La anciana, apenas cubierta por un fino vestido, estaba arrodillada ante un pequeño hoyo. A unos pocos pasos un zorro, de rojizo pelaje, gruñía sin atreverse a avanzar.

—¿Qué haces? —se preguntó Eyra, consciente de que la anciana no podía escucharla — ¡Corre! —aulló entonces, saltando, sintiendo la furia recorriendo sus venas. Sin embargo, la anciana no le hizo caso, en su lugar sonrió tranquila y movió de nuevo el trozo de carne que llevaba entre los dedos a modo de presente — ¡Corre! —repitió nerviosa.

Eyra llegó cuando los dientes del animal ya estaban clavados en la mano izquierda de la anciana que, a pesar del dolor, seguía tratando de tranquilizarlo. Eyra no pudo presenciar en silencio tamaña tontería, como si un solo acto de bondad pudiera cambiar la naturaleza de dicho animal, como si el regalo pudiera hacer que el zorro se volviera su amigo...

—Eyra... dile que duele... —gimió Aren, con una sonrisa tensa en sus arrugados labios y lágrimas descendiendo por sus mejillas —Soy buena, sé que tiene hambre. Lo he... ¡Auch! Hace días que recorre es...

—¡Ya basta! ¡Estúpida! —El miedo de la vikinga se mezcló con esa furia que la alimentaba. Con gran destreza se aproximó, despacio se colocó a un par de metros hasta que el mismo zorro comenzó a tirar hacia atrás. Se miraron, Eyra bajó el rostro en señal de respeto y saltó sobre el

animal. La sangre la manchaba cuando se retiró y Aren se vio libre—. ¡¿Qué hacías?!

“Detente. Detente, tiene miedo.” Eso fue lo que le decía su mente, lo que, desde el interior de su ser, deseaba hacer. No fue capaz, ese miedo por perderla venció al resto.

>> ¡¿Qué hacías? —gritó de nuevo mientras la zarandeaba. Las lágrimas se duplicaron, Eyra no pudo soltarla.

La sangre que manchaba sus dedos, la sangre del animal, se volvió rosada cuando, con la culpa recorriéndola, la vikinga quiso limpiar el rastro húmedo de las mejillas de la anciana. ¿Cómo explicarse cuando, a ella misma, le fallaban las palabras? Se ahogaba ante lo que había podido pasar. La mera posibilidad dolía demasiado.

>> Prométeme que no volverás a hacerlo. No te pongas en peligro, no lo hagas. Yo te protegeré siempre.

—Lo siento. Lo siento mucho...

—Te amo, vieja loca. Te amo y no puedes volver a hacerme esto. Vive, no dejes que tu corazón te engañe. Hay seres peligrosos en los que no debes confiar. —Cuando la soltó llevó la mano herida de la vieja a su pecho y la apretó contra su corazón—. No importa cuánto quieras salvarlos, nunca podrás hacerlo. —Eyra la miraba con intensidad, queriendo que comprendiera mucho más de lo que era capaz de transmitirle. Ella misma era como el zorro, ella era el zorro.

—Lo siento. Quería jugar y... Era bueno, pero tenía miedo.

—Vieja... —La amaba porque con ella se sentía bondadosa, cuando estaba a su lado la vida era diferente. Sencilla, fácil.

Hacía mucho que Eyra había comprendido que no merecía que nadie la quisiera, que nadie se preocupara por ella. No era algo que había escogido, sencillamente era así. No obstante, cuando la vieja se cruzó en su camino fue tan sencillo acostumbrarse a su cariño, a esa dulzura y atenciones...

Al llegar a la aldea vio como Wulfstan descendía a la carrera y ella misma se encontró gritando, aunque incapaz de saltar de la montura, y menos con Ása en brazos.

—¡Lena! ¡Ayuda! ¡Lena! —Varias antorchas aparecieron por las puertas, solo cuando una cabeza de castaños cabellos asomó de la casa del jarl, Eyra logró tomar aliento—. Lena, ayúdalo. Por favor... —suplicó, notando que las piernas le temblaban incontrolablemente.

Varios hombres gruñeron al ver a Wulfstan aparecer. Los susurros se transformaron en un sonido de fondo en el que una palabra tomaba forma con rapidez.

—¡Traidor!

“No es el momento” Se recordó la vikinga, mordiéndose la lengua para no escupir en los rostros de los mismos que no recelaban a la hora de señalar al gigante. Los observó sintiendo el pasado rozarle el hombro, zarandearla como si siguiera siendo la misma niña temerosa de entonces. “Odd, lo siento.” Se disculpó antes de aceptar la ayuda de los mismos que detestaba.

Todos aceptaron las órdenes de Eyra sin rechistar, unos porque la respetaban otros por el temor que les infundía. Se iban apartando cuando los miraba, se alejaban dejando en manos de unos pocos el deber de velar por sus necesidades. Eyra se había quedado sin excusas a las que aferrarse para justificarlos, ya no le importaba.

Lena miró a la anciana y asintió, señalando una cabaña para que Wulfstan la siguiera, desapareciendo ella misma detrás del gigante.

—Mamá, ¿hemos llegado? —Ása se pasó los puños por los ojos tratando de apartar el sueño, que no hacía más que reclamarla.

—No, pero hoy descansaremos aquí. ¡Mujeres! —rugió autoritaria al ver como varias esclavas se acercaban a curiosear —Ayudadme.

Cuando lograron dejarla sobre el suelo y Ása se encontró a su lado, comenzaron a caminar juntas hasta la casa del jarl. Era un lugar que detestaba, supuraba olores que la llevaban a sus peores recuerdos, solo con ver su fachada quería gritar y golpear cuanto la rodeaba. Enterró como pudo esas emociones y sonrió a la niña.

>> Ahora descansaremos. Vete con ellas, te darán de comer mientras yo voy a ver a una amiga.

—No, no me dejes sola. Quiero ir contigo. —Al ver que Eyra trataba de soltarla se aferró a su brazo con todas sus fuerzas—. Quieres abandonarme. Vas a dejarme. No, no lo hagas...

—Mírame —exigió con autoridad, para recompensarla con una caricia que la hizo temblar tanto como a la pequeña—. Nunca voy a dejarte. Nunca. Ellas cuidarán de ti hasta que regrese. Lo harán si aprecian sus cabezas, ¿verdad?

La mirada furibunda de Eyra hizo que todas asintieran nerviosamente.

>> ¿Ves? Nada malo va a suceder.

—¿Lo prometes? —Y al ver que asentía Ása se lanzó a besar las mugrientas mejillas de la vikinga. Ella no sabía qué hacer y se dejó querer, tan poco acostumbrada a ese tipo de gestos. Tras unos minutos pasó las manos por los cabellos de la pequeña y la alejó, para juntar sus frentes.

—Siempre.

No quería que nadie más la viera derrumbarse. Llegó hasta la cabaña y abrió de golpe, unos brazos fuertes la envolvieron y la llevaron hasta un camastro, Lena pronto comenzó a desvestirla.

—¿Qué te han hecho? —preguntó su amiga.

—No importa —replicó tensa Eyra.

—No me dejó rematar al cabrón —siseó Wulfstan, que no tuvo la consideración de dejarlas solas ante la desnudez de Eyra, no había nada que no hubiera visto antes y, con total naturalidad, se sentó en una de las sillas para proteger la puerta—. Lo encontraré...

—¿Cómo está ella? —lo interrumpió Eyra, estirando la mano hacia el camastro que había en la pared contraria —¿Vivirá?

—No lo sé... —La duda que percibió hizo que se tensara, soltando un agudo quejido que consiguió que Lena corriera a su lado y dejase caer sobre sus labios un espeso mejunje que habría de aliviarla.

—Debo hacerlo. Esta noche he tenido tiempo para pensarlo. —Los ojos azules de la guerrera pasaron por sus amigos sintiendo el respeto, esa lealtad que nadie conseguiría quebrantar. El hilo que unía a los presentes se había fraguado despacio, pasando por momentos a los que ninguno

quería regresar, pero ahora era inmortal—. Debes curarme lo mejor que puedas, pronto pelearé a muerte.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Qué harás? —Al mismo tiempo que la interrogaba Lena se afanaba en limpiar su rostro y heridas. Eyra apartó las finas manos de la curandera en varias ocasiones, mas Lena era persistente—. ¡Quieta!

—No puedo seguir rechazando lo que me pertenece, si no lo hubiera hecho en el pasado habríamos ahorrado muchas muertes. El jarl es débil. —Giró el rostro y apretó los dientes mientras sentía la hoja ardiente quemar su piel. El olor encogió su estómago, del que ya nada más podía escapar. El sudor cubrió su piel, se aferró como pudo a la consciencia—. Soy lo que hicieron de mí y, si para que los que amo estén a salvo tengo que... —Se mordió el labio incapaz de proseguir.

—Tranquilízate... —pidió Lena.

Wulfstan estaba tenso mirando la puerta, sin perderse palabra. Lena quiso consolarla, Eyra no aceptó el contacto.

—No podrá perdonarme. Llevo tanto tiempo rechazando...

Y estalló. Las compuertas que habían mantenido bajo control el pasado, estallaron. Quiso gritar y sus dientes rasgaron la piel de su labio inferior. Miró a Wulfstan y solo vio un borrón. Se incorporó como pudo, desnuda, con la luz del fuego que ardía en la pared del fondo creado sombras y dibujos sobre su piel.

El frío del suelo reptaba despacio por su cuerpo, tropezó en varias ocasiones, siguió avanzando hacia el gigante.

>> Wulf, Odd no podrá perdonarme... —Y, justo por eso, buscaba el perdón en quien más cercano le era. Necesitaba que Wulfstan le dijera que estaba bien, que podría comprenderla.

Al ver que el vikingo seguía mirando la puerta se dejó caer a su lado, de rodillas, abrazándose a sí misma en un intento por reconfortar a la niña herida que, desde entonces, seguía aullando cada noche y en cada batalla lo injusto de su gran pérdida.

>> Wulf, lo lamento. Debo hacerlo...

Wulfstan podría romperle el cuello con facilidad, podría matarla a golpes y Eyra no se habría defendido. En su lugar la recogió y, juntos sobre el suelo, la envolvió hasta que solo una mata de pelo podía percibirse en su abrazo.

—Pelearé por ti —aseguró él.

—Debo hacerlo yo.

—No importa lo que suceda, siempre serás la mujer de mi hermano. —La voz grave de Wulfstan la hizo temblar—. Quizás debí dártelo entonces, —Se apartó y, soltándose la cadena que envolvía su cuello, sacó un fino brazalete de oro —esto te pertenece.

—¡No!

—Es tuyo porque él siempre soñó con dártelo. Mandó hacerlo un año antes, convencido de que siempre fuiste tú la elegida. Dijo que quedaría hermoso con el anillo de madre, que te verías como la diosa que eras.

—No, no lo quiero. —Eyra quiso soltarse, el gigante se impuso y le colocó el brazalete a la fuerza—. No lo hagas... No es mío.

Lena corrió a cubrir a la joven cuando la vikinga logró escapar del abrazo. Eyra trató de arrancarse el brazalete, para después caer y llorar amargamente. Si hubieran escapado, si se hubieran ido lejos... Lo amaba, ¿dejaría de doler algún día?

Miró el anillo y después el brazalete, tal y como la costumbre mandaba cuando un vikingo encontraba a su otra mitad debía darle una joya con la que marcarla a ojos del resto de su pueblo, una joya que representase todo lo que él tenía y era.

“Es tan hermoso...”

Capítulo 20

A medida que transcurrían los días, los detalles que descubriría respecto a lo que había pasado entonces, a lo que Eyra había hecho por los niños y mujeres de su pueblo, lo hacían sentir peor. Cuando acudió al jarl éste se negó a creérselo, prohibiendo incluso que fuera a otros con ese cuento, demasiado cegado con una venganza que tenía nombre propio.

Snorri soñaba con ella para despertar y descubrir que no estaba, ¿cómo ir en busca de aquella a la que, sin piedad, había golpeado y humillado?

Bebió hasta caer inconsciente, día tras día, hasta que dejó de sentir el paso de las horas, hasta que pensar fue secundario. Se pasaba las tardes frente al granero en el que ella había estado encerrada, las pasaba rozando los maderos con los dedos, lanzándole una caricia que sabía que no recibiría nunca.

Ulf, Leif, Magni... muchos se acercaron para interesarse por él. No obstante, ¿cómo mirarlos sin culparlos por haber perdido a la mujer que debía proteger? ¿Cómo aceptar la culpa que lo desgarraba sin darle consuelo, sin darle argumentos que esgrimir para defender su postura?

—No volverá —les dijo a las blancas nubes que danzaban sobre su cabeza—. Jamás regresará.

—Quizás deberías ir a ver a tu madre. Ella puede leer en los huesos, puede que tenga respuestas. —La voz de Syn hizo que Snorri arrugase en morro. No la soportaba, escupió en el suelo ante el asco de tenerla cerca. Snorri pensó en acabar con la vida de Syn, solo el recuerdo de Eyra lo detenía, había sacrificado demasiado por protegerla.

—Vete.

—Dicen que tu madre tiene los ojos de una völva. Puede ver el pasado, el presente y el futuro —volvió a intentarlo Syn, sin dejarse amedrentar por él—. No creí que te quedarías llorando en lugar de pelear. No comprendo que ella te haya escogido.

—¡Cállate!

—Era una auténtica Skjaldmö, era imposible no fijarse en el fuego que ardía en su interior. ¿Qué podría ver ella en un borracho que...?

Snorri la tomó por el cuello, tentado a apretar.

>> ¿Qué? —inquirió Syn sin aliento —¿Acaso he lanzado alguna falsa acusación?

—Traté de destruirla. —Para Snorri ese era motivo suficiente para desaparecer, no para Syn.

—Debes buscar a tu madre.

—Esa bruja nunca tiende la mano sin exigir un pago, nunca ha peleado limpio. —Le jodía estar unido por sangre a quien, de una forma u otra, había derramado tanta sangre en nombre de sus dioses. Las creencias de su madre eran peligrosas, peligrosas y tan poderosas como para lograr que el jarl no se atreviera a tocarla.

Sus ojos volaron hacia el norte, consciente de lo que allí encontraría.

Desde niño había sentido que su madre era diferente, que bajo su sonrisa y palabras suaves se escondían peligros a los que no era capaz de ponerle nombre y, sin embargo, lo hacían temblar cuando las noches de luna llena ella salía sola y desnuda por la puerta.

Tantos recuerdos reprimidos que ahora emergían sin que pudiera contenerlos.

>> Puede que exista otra forma —susurró para sí mismo.

Snorri se puso en pie, el alcohol que seguía corriendo por sus venas lo hizo tropezar y caer de nuevo, el mundo giraba demasiado rápido para él. La idea de enfrentarse a Neira lo acojonaba como nadie más lograba.

—¡Jamás regresaré! ¡Nunca te perdonaré lo que has hecho! —Había aullado Snorri diecisiete años antes mientras corría como un loco rumbo al poblado, con los ojos llenos de lágrimas que se negaba a derramar.

—Hijo... —La voz de Neira retumbó por el interior de su cabeza a pesar de que, teniendo en cuenta la distancia a la que se hallaba, era imposible —¿me dejarás morir? Debes protegerme.

Snorri apretó los dientes ante el chantaje que usaba con tanta habilidad, no cedería de nuevo, no caería por miedo. Apretó el paso, mas nunca lograría escapar, no del todo.

>> *Volverás. —Su risa, oscura, se extendió a su alrededor haciendo que Snorri se sintiera perseguido. Habría jurado que notó el toque de la mano de la völva en su hombro, tratando de aferrarlo para devolverlo al que consideraba que era su lugar—. Puedo verlo.*

—¡Cállate!

—Vete con esa escoria que dicen llamarse guerreros. Sin embargo, no lograrás esquivar tu destino, ese destino que yo he escrito para ti. Eres mi hijo y es algo que no puedes borrar por mucho que huyas.

—¡Jamás seré como tú! —aseguró Snorri entonces, temiendo desde el fondo de su corazón que no fuera cierto. Notaba las similitudes, esos instintos que lo llevaban a aniquilar a sus enemigos y lo hacían vencer donde otros caerían.

Entonces... ¿Cómo había sido Eyra capaz de derrotarlo? Se llevó los dedos al costado asombrado y mucho más orgulloso que antes.

—Esa mujer es mía —dijo Snorri, quedándose sin excusas para posponer la única opción que le quedaba de recuperarla—. La reconquistaré, ¿verdad?

Y, por muy extraño que pudiera parecer, se lo preguntaba a su madre que, incluso sabiendo que estaba a más de un día de viaje, juraría que podía escucharlo. Nunca lo dejaría ir, nunca lo había hecho.

—Deseo acompañarte —comentó entonces Syn, señalando un fardo con provisiones que había preparado.

Snorri gruñó, no se tomó más molestia que la de tomar un par de pieles y unas botas más gruesas. Sencillamente se puso en pie, dejando que lo que entonces no pudo procesar lo envolviera, llevándolo a un pasado que lo definía por mucho que hubiera tratado de evitarlo.

Capítulo 21

Ese año el verano había golpeado con fuerza, el sol los azotaba durante el día sin que la noche apartase algo de frescor a sus sudados cuerpos. Snorri se lanzó al río y se zambulló, notando el agua congelada y nadando contra la corriente con la experiencia de quien se había arriesgado en más de una ocasión.

Durante una hora dejó que el agua lo limpiara y renovara, para salir desnudo a continuación y, tras colocarse unos sencillos pantalones, regresar al hogar. Su juventud empezaba a dar paso a los rasgos de un hombre atractivo, que lograba que varias jóvenes se hubieran internado demasiado en las tierras de su madre para recibir sus besos y caricias. Snorri todavía notaba el sabor de la última en la punta de la lengua.

—Llegas tarde —dijo Neira al tiempo que removía el caldero y le echaba un vistazo de reojo—. Te dije que no debías aproximarte al poblado, es peligroso.

—Deja de vigilarme.

—No preciso hacerlo. Esa muchacha pelirroja morirá en breve y no quiero que nadie te relacione con ella.

—Madre, no lo haga. —Snorri se giró nervioso, su madre seguía indiferente mientras realizaba uno de sus potajes. Con gran maña siguió cortando las hortalizas a una velocidad que hacía temer por sus dedos—. Ayúdela.

—Morirá. Es su destino.

—Madre, esa muchacha es buena, tierna y...

—Y hermosa. Espero que hayas disfrutado entre sus piernas, no volverás a verla, no con vida. —¿Notaba ella el daño que sus palabras indiferentes dejaban en el joven? Esa frialdad que dejaba notar el poco valor que tenían las vidas de los demás para ella.

—Si me cuenta lo que ha visto yo podría...

—No. —Cuando la mano de Snorri aferró el huesudo brazo de la mujer ella se tensó, no soportaba que la tocasen. Sus ojos castaños se volvieron inyectados en sangre, colocando la punta del cuchillo contra el pecho del joven—. Sufriré mucho más ahora.

—Madre... —Snorri retrocedió sintiendo la culpa agujonearlo—. No lo haga.

—Prepara la mesa. Llegas tarde y tengo hambre.

Hizo lo que le pedía con las palabras en la punta de la lengua, cuando Neira se volvió Snorri no se movía. La observaba con temor a hacer la pregunta correcta, esa que rondaba por su mente como un ave de mal agüero.

Se sentaron y él no fue capaz de probar bocado. La oteaba sin comprender esa nada que ocupaba sus ojos, esa serenidad inquebrantable, a excepción de cuando la tocaba, que la separaba de cuanto la rodeaba. La soledad que los acompañaba no parecía molestarla, es más,

disfrutaba de ella.

Snorri apretó el cuenco con fuerza, notando como ella terminaba y se ponía en pie.

Fuera, la luna acababa de salir. Una ligera brisa se había levantado y zarandeaba las hojas de los árboles, creando una melodía hermosa que invitaba a cerrar los ojos y disfrutar de la paz. Snorri se contuvo, la dejó marchar sin intención de descansar, era el momento de obtener las respuestas que tantas veces le había negado.

Esperó más de media hora hasta ponerse en movimiento. No tenía prisa, era el mejor rastreando y su madre no ponía mucho empeño en cubrir sus huellas. Miró la puerta con el corazón latiendo tan rápido que temió que tuviera la facultad de atravesar su pecho y escapar de él.

“Si todo lo ve ella sabe lo que me propongo...” Temió él, repitiéndose que Neira jamás se volvería contra su propia sangre. Era, quizás, lo único que respetaba. “No vayas. No deseas saberlo...”

Cuando salió de la choza lo hizo no queriendo avanzar, pero forzándose a ello. Se centró en lo que le rodeaba para evitar pensar en lo que le esperaba, pasando los dedos por la espada que, llevado por el instinto, había tomado de junto la chimenea. La rozaba necesitado de ese toque frío que templaba sus nervios, que controlaba el temblor de sus manos.

—Komdu til okkar

Las voces hicieron que temblase, su instinto de nuevo gritaba tan fuerte que el pitido en sus oídos era doloroso.

—safna fórn okkar og blessa þjóð hans með ...

Primero su madre, a continuación, una docena de voces repetía un salmo que Snorri conocía. Iban a dejar una ofrenda a los dioses para bendecir las cosechas, para asegurarse de que, a la llegada de los fríos, no murieran de hambre. ¿Qué era para que tuvieran que esconderse en las tripas del bosque?

Tantas palabras que Snorri no quería escuchar, un llanto quedo al fondo, escondido, como si tuviera demasiado temor de llamar la atención y, al mismo tiempo, tanto pavor que era imposible que guardase silencio.

—¡No lo hagáis! ¡Padre! ¡Padre ayúdame! —suplicó entre gritos roncós una joven, Snorri se atrevió entonces a espiar lo que, en torno a una enorme hoguera, sucedía.

Eran demonios, ¿qué otra palabra podía emplear para lo que allí sucedía? Snorri se quedó paralizado al ver que era su madre la que portaba un puñal ricamente decorado. Sus ojos castaños estaban fijos en la muchacha de rojizos cabellos que, sin dejar de intentarlo, trataba de alejarse.

El fuego reflejaba miles de colores en su pelo, algo en la muchacha hizo que Snorri se centrara en sus rasgos. No era posible...

“Esa muchacha morirá en breve...” Esa frase se repitió en el interior de la cabeza de Snorri, notando el peligro y la sonrisa fría que convirtió el rostro de su madre en una máscara que erizó el vello que cubría sus brazos. “Ahora sufrirá más...”

El resto de los presentes llevaban el rostro tan manchado que no logró reconocerlos. Todos

parecían querer ocultarse, todos menos las dos protagonistas que no dejaban de mirarse.

—¡Padre! —Estiraba los dedos sin que el hombre que, a todas luces giraba la cara, tuviera intención de acudir—. Padre... —Aunque al final era más un susurro quedo y resignado mientras Neira la tomaba del pelo y la obligaba a dejar al descubierto su blanco y suave cuello.

Tan solo unas horas antes ella había estado en sus brazos, si Snorri se esforzaba todavía podía sentirla cálida, receptiva a sus atenciones. ¿Cómo era posible? ¿Por qué? No lograba comprenderlo por mucho que lo intentaba, ¿qué podía hacer él para evitarlo?

Se veía tan poca cosa, tan pequeño e indefenso contra un grupo de diecisiete personas, monstruos que se limitaban a observar el final de quien nunca le había hecho daño a nadie.

Su madre dejó caer la capa y quedó desnuda. Dejando ver sus pechos, grandes y medio caídos, sus redondas caderas y la barriga incipiente que era muestra de lo que ya sabía. Estaba embarazada, quién era el padre era otra de las incógnitas que Neira no tenía intención de desvelar.

—Muchacha, los dioses te recibirán con los brazos abiertos. No temas, tu sacrificio dejará honor en tu familia. Tu muerte evitará muchas otras —dijo Neira con ese deje frío que no lograba ocultar, por mucho que tratase de mostrarse cercana, más humana.

Snorri no pensó en su seguridad, salió de las sombras con el rostro descompuesto y una súplica pendiendo de los labios.

—Madre, no lo haga... —susurró cansado, tan triste por lo que era realmente aquella a la que tanto se había empeñado en querer. No podía seguir cerrando los ojos, negando que el corazón que Neira encerraba era mucho más negro que la noche que los envolvía y, por mucho que lo intentase, no iba a cambiar —Madre, por favor, déjela ir.

—Es un honor. Esto estaba escrito desde antes de que naciera, es algo que debe suceder —replicó la völva dándole la espalda.

Quiso correr, todo sucedió tan rápido que, cuando logró atrapar el huesudo brazo de su madre la sangre ya caía a borbotones sobre los blancos pechos de la joven. La miró y no supo qué decir, ella estiró los brazos y Snorri acudió a su llamada arrepentido de no haber llegado antes, de no haber tenido la valentía de acabar con la völva que, impasible, seguía el cántico y caminaba hasta el fuego, donde dejó caer un rojizo mechón.

—Co...rre... —Entre toses, que provocaban que escupieses sangre y sus labios brillasen, la muchacha intentó aconsejarle. Ella había descubierto demasiado tarde el gran secreto de su pueblo, eso que sucedía cada cuatro años y de lo que nadie quería hablar—. Corr...

No pudo continuar, los ojos de la joven se cerraban con esa tristeza que escondía la traición de quien más amaba. Su padre, tan cerca y lejano, un desconocido en el que había buscado consuelo en el pasado y ahora se convertía en su verdugo. El último pensamiento de la condenada fue para él, para ese hombre que, los últimos meses, la había alejado consciente de lo que sucedería.

“No acuda a mí, jamás podré perdonarlo.” Pues allí a donde iba sería libre y ella no tenía intención de olvidar.

Snorri la dejó sobre el suelo, recolocó su pelo y cerro del todo sus ojos, esa mirada perdida ya no conservaba el brillo que él quería recordar. Esa historia que, entre ambos, no había

llegado a comenzar. Una historia que habían evitado, lo peor era que era incapaz de llorarla. Se sintió como el más cabrón de los hombres.

Solo uno de los hombres guardaba silencio, sudoroso, queriendo caer ante las dudas que lo asaltaban.

Snorri se aproximó a su madre y aferró su brazo. La obligó a girarse, le gritó enardecido cuanto pasó por su mente sin que ella cambiase el gesto. Lo dejó soltar el veneno que lo recorría sin que las palabras que su hijo lanzaba llegasen a rozarla.

Era inútil, siempre lo fue.

Se giró y ella cambió, lo notó en el aire. Lo había perdido.

—Es necesario —soltó la bruja, consciente de que no era lo que él necesitaba escuchar.

—Estás más muerta que ella. Estás podrida por dentro y ni siquiera te das cuenta. —Los hombros del muchacho se hundieron, incapaz de soportar durante más tiempo el peso de la culpa que ella rechazaba. No, no lo permitiría—. No puedes bendecir a nadie porque a ti solo te acompaña la muerte.

Si bien a su madre no llegó a alcanzarla, el corazón de un padre dudó. Miró el cuerpo de su niña y sudó frío.

—Debéis creer para que funcione. —La voz de la völva se hizo más grave, dejando que las creencias más antiguas hablasen por los labios de la mujer. En cada paso los hizo regresar a lo que ella necesitaba que sintieran, a que notasen la magia que ella creaba y los envolvía—. Debemos cantar por ella, por su alma. Os necesito.

Ese padre gritó más que ninguno, aferrándose a un cántico vacío con auténtica desesperación.

Snorri no quería dejar solo al niño que crecía en el vientre de su madre, fue por eso por lo que regresó a su hogar y acalló su conciencia. Aguantó cuanto pudo sintiendo como propia la responsabilidad de proteger el fruto de las entrañas de ella, sin embargo, no pudo hacerlo.

Al final se eligió a sí mismo.

Capítulo 22

Intentó avisarla, durante todo el trayecto miraba a Syn de reajo queriendo encontrar las palabras que no lo hicieran tan culpable como al resto, sobre lo que ese bosque escondía. Las historias oscuras que se enredaban en cada árbol, los cuerpos que los alimentaban sin encontrar un descanso que tanto merecían.

Como si nunca se hubiera marchado reconocía cada sendero, cada curva, cada recoveco en el que tanto había estado. Se detuvo a mitad del camino y sonrió ante lo compartido con la joven en aquella misma cascada. No quería borrar esas imágenes húmedas pues temía perderla del todo, que nadie la recordase significaría que ella no había existido y eso no iba a permitirlo.

Su risa, esa alegría que no conocía el final que le esperaba. Ni siquiera recordaba su nombre, su memoria fallaba en ciertos detalles, su mirada, en cambio, era imposible de olvidar.

—¿Qué sucede? —preguntó Syn al ver que Snorri tomaba la espada.

—Calla...

Se inclinó y oteó buscando en las sombras. Reconoció unas pisadas hacia el este, se giró llevando con él la espada y rasgando el aire. Una muchacha saltó hacia atrás y, sin hacer ningún gesto, inclinó la cabeza hacia la derecha.

—Hermano, ten cuidado —soltó ella, Snorri retrocedió.

—No. ¡No! —Se tensó y se alzó en toda su envergadura—. He venido a ver a la bruja de la montaña.

—Hermano, te estaba esperando —comentó al tiempo que se giraba y se colocaba a la cabeza para guiarlos. Los ojos dorados de Leith mostraron el interés que no lograba acallar cuando lo observó sobre su hombro—. En mis sueños parecías diferente.

Syn clavó las uñas en el brazo de Snorri, miraba a ambos lados esperando que millones de animales los devorasen. Suspiró cansada, planteándose la idea de regresar a la carrera hacia su hogar.

—No me quedaré mucho —gruñó él.

—Has venido a por mí.

—No.

—Hermano, lo he visto. Me llevarás contigo, me necesitas a tu lado —soltó Leith mientras alzaba el índice y lo colocaba sobre su nariz. Arrugó el ceño cuando algo pasó por su mente, desechándolo después—. Cierto, todavía no lo sabes. Esperaremos entonces.

—¿De qué hablas? —Snorri no logró que ella le respondiera, en su lugar apresuraron el paso y llegaron ante la puerta que él no deseaba volver a abrir.

Negándose a mostrarse cohibido, a mantenerse detrás como si ella todavía tuviera poder sobre él, Snorri corrió y abrió de golpe. Lo que no esperaba era que la sala estuviera vacía.

—Podéis sentaros. He hecho estofado para todos —comentó Leith mientras les tendía unos cuencos que, para sorpresa de los presentes, todavía estaban calientes. La joven no tomó el suyo, en su lugar apoyó la cabeza sobre las manos y los observó obnubilada.

Perdida en sus pensamientos dejaba entrever una curiosidad, dulzura y calidez que extrañó a su hermano. Ella jugueteó con uno de sus castaños mechones mientras los animaba a llenar sus estómagos.

—¿Tardará mucho en regresar? Busco a ma... Neira.

—Hermano. Maté a madre hace un año, creo que está bajo uno de esos árboles. —Leith se encogió de hombros con una frialdad que paralizó a sus invitados. Querían tragar lo que tenían en la boca, no fueron capaces—. Gritaba mucho que debía esperar, pero yo lo sabía —compartió con ellos como si se tratase de un secreto.

—¡No es posible! ¡Necesitaba su ayuda! —No era su muerte lo que realmente lo molestaba. Snorri se levantó dispuesto a marcharse, furioso, queriendo desenterrar el cuerpo de la völva y escupirle por, cuando lo precisó, no haber sido lo suficientemente poderosa—. Comprendo, espero que no te hiciera daño.

—No lograba comprender que ella no era la elegida, que la muerte no era la que bendice el camino de los hombres. —Con suavidad se alzó y llegó a Snorri. Rozó su mano con timidez, buscando un contacto que él no podía devolverle—. Ella sabía mucho, nuestra abuela se lo enseñó, pero nunca heredó el verdadero poder y, en su intento de forzarlo, muchos sufrieron. Tenía que hacer justicia.

Snorri asintió sin volverse.

>> Hermano, toma asiento. Yo te ayudaré, aunque habrás de llevarme contigo. —Jugueteó con las uñas sobre su hombro, estudiando las expresiones que cruzaban su rostro—. Es extraño, creo conocerte y nunca nos hemos cruzado. ¿Pensabas en mí? Puedo oler tu culpa. —Pegó la nariz a su hombro.

Syn sonrió ante los juegos de la muchacha, mucho más tranquila.

>> Esta vez te quedarás conmigo, puedo sentirlo. Me necesitas, mucho más allá de recuperar a esa mujer, y pronto lo comprenderás —pronosticó Leith, estirando los brazos sobre su cabeza antes de pasar a su lado y dirigirse hacia la puerta.

Antes de que ella se alejase Snorri abrió la boca, precisó dos intentos antes de replicar molesto:

—No puedo. Aquí estarás a salvo. Nadie se atrevería a hacer una incursión por estas tierras. —Masticó las palabras sabiendo que se deshacía de una responsabilidad que le pertenecía. Queriendo olvidarla como había hecho hace muchos años pues, aunque ella no tenía culpa alguna, ¿cómo podía explicarle que, solo teniéndola delante, era como regresar a un pasado escamoso? ¿Cómo explicarle que para dejar a madre atrás también tenía que hacerlo con ella? —Dime lo que preciso para devolver a Eyra a mi vida.

—No.

—Podría obligarte... —siseó aprovechándose de que ella no lo conocía.

—Eso no es cierto.

Al sentir que la agarraba Leith introdujo la mano en su bolsa, aferró un montoncito de ese polvo rojizo y se giró. Sopló con fuerza y Snorri gritó al notar que el fuego líquido cubría sus ojos, dejándola libre al momento.

>> Hermano, no has de subestimarme. Mi poder reside en mi espíritu y en los dioses, esos mismos dioses que nos han insuflado vida —recitó la joven con una sonrisa orgullosa mientras su hermano lloriqueaba y trataba de limpiarse.

—Bruja, antes de llevarte conmigo me... —Leith dejó caer un paño sobre sus manos sin sentirse ofendida, en su lugar se atrevió a dejar un beso en su mejilla. Satisfecha volvió a tomar asiento en la mesa y centró su atención en Syn, mientras estiraba ambos brazos con las palmas hacia arriba.

—¿Puedo leerte? —ofreció Leith.

Syn no deseaba que nadie se metiera en su mente, en su pasado o futuro. La temía porque a ella no había forma de engañarla, sus ojos podían atravesar sus pecados y secretos, por mucha delicadeza que ella demostrase tener.

—No es necesario —rehusó Syn.

—¿Ni por la pequeña? Tu hija es hermosa y fuerte, mas puedo olerlo.

—¿De qué hablas?

—De aquellos de los que huiste en el pasado. Regresarán a por lo que creen que les pertenece, la pequeña corre peligro, pero eso ya lo sabes. ¿Qué buscas realmente?

—Nada. —Syn apretó el puñal bajo su vestido, lo hizo lista para usarlo si la muchacha soltaba algo más. El pasado estaba enterrado, lo más profundo que ella había logrado hacerlo. Suspiró al ver que Leith asentía, concededora de lo que pasaba por su mente, agradeciéndoselo de corazón.

—Pronto querrás saberlo, puede que entonces estés preparada.

Snorri las observaba entre una húmeda neblina. Grandes lagrimones descendían por sus mejillas, se apoyó contra la pared y se rindió. Su hermana... ¿de verdad? No se parecían en nada, ¿por qué querría ella acompañarlo? ¿Qué no podía conseguir por sí misma?

El vikingo no confiaba en las de su clase, no podía hacerlo. Ellas, que creían tener todas las respuestas, eran capaces de sacrificar a los que las rodeaban en pos de aquello que deseaban lograr. No debía bajar la guardia, no importaba quien fuera, era peligrosa y no lo olvidaría.

>> Hermano. Antes de que trates de cortarme la cabeza deberíamos partir o llegaremos tarde. Eyra vencerá, aunque si tú no llegas a tiempo morirá antes de poder disfrutar dicha victoria.

Snorri no precisó nada más para abrir la puerta y alejarse. Leith sonrió viéndolos partir, se detuvo y pasó las manos por la mesa, por la madera que hacía de puerta.

—Son como niños. ¿Cómo es posible que no puedan verlo, que no puedan sentir lo que se avecina? —susurró para sí misma —Los ayudaré, pobrecitos. Se quieren mucho.

Capítulo 23

La piel le tiraba alrededor de las heridas, las piernas le temblaban ante cierto tipo de esfuerzos, nada la detendría. Apoyándose en Wulfstan cuando lo necesitaba entró en la gran casa del jarl, se plantó en la entrada con esa sonrisa sarcástica y sombría a la que pocos, de los que la habían visto, lograron sobrevivir.

Dos días habían pasado, jornadas largas y llenas de gritos en los que Eyra aferraba las arrugadas manos de su vieja con la desesperación de no poder ayudarla. Las fiebres la consumían, encerrándola con un pasado que Eyra no conocía y del que no podía protegerla. La anciana seguía doblegándose ante sus torturadores y convirtiéndose en un animal herido.

Eyra la había abrazado y consolado, no sirvió de nada y, finalmente, solía caer rendida a su lado a causa de sus propias heridas.

Ása no se separaba de ellas y, a pesar de su edad, no hizo comentario alguno. Se limitaba a abrazarse a su nueva mamá con una sonrisa asustada y preocupada, enterrando el rostro en el pecho de la vikinga como única forma de escapar del terror que los aullidos de la anciana dejaban sobre su joven pecho.

—¡Gran jarl! Espero no haberlo hecho esperar mucho —soltó Eyra, mirando a todos los presentes que, sentados a la mesa, bebían hasta caer inconscientes—. Querido tío, ¿sabe a qué he venido?

—¿Te encuentras mejor? —preguntó el jarl Thorir, pasándose la mano de forma nerviosa por sus cobrizos cabellos.

—Lo suficiente para reclamar lo que nunca debí cederle. ¿Cómo darle el poder sobre tantas vidas a quien siempre fue un cobarde? —comentó como si nada Eyra al tiempo que se separaba de Wulfstan y, sin apoyo ninguno, caminaba con determinación hasta la mesa. De un puñetazo tiró del banco a uno de los guerreros para ocupar su puesto —¿No le darán nada de comer a su jarl? —continuó, alzando el cuenco vacío que había ante ella.

Muchos jadearon sorprendidos, todos observaban al hombretón que, con los puños apretados, la retaba con los ojos. Thorir miró las heridas que cubrían la piel de la vikinga tratando de leer en ellas si tenía alguna posibilidad, asintió con determinación minutos después.

—Eres una desagradecida. Siempre he tratado de ayudarte, de cuidarte tras...

—¿Cuidar de mí? —Se carcajeó Eyra—. ¿Cuándo? Lo que yo recuerdo fue que solo apareciste cuando el viejo había sido asesinado para rapiñar su puesto. Reclamaste algo que nunca habrías conseguido en una pelea justa. Te aprovechaste de una niña aterrada, le prometiste que la cuidarías y ella aceptó sin pensar porque jamás deseó ser como el viejo.

—¡¿Qué esperabas de mí?!

Eyra chasqueó la lengua, con uno de los cuchillos que allí había tomó un trozo de queso y lo mordisqueó, haciendo tiempo antes de responder:

—¿Qué podría esperar de quien se queda atrás en el campo de batalla? ¿Qué podría esperar de quien permite que acaben con seres indefensos por miedo a que los suyos se vuelvan contra él? Fue tu cobardía, tu...

—¡Cállate! —exigió el jarl oteando a los hombres y mujeres que, sin excepción, lo miraban con una acusación silenciosa bailando en el interior de sus pupilas.

—Oblígame. Querido tío, nunca has logrado engañarme. ¿Ese cariño que dices sentir fue antes o después de comprender que, sin mí, ellos jamás te seguirían? He sido la que ha traído las victorias a nuestro hogar mientras tú te llevabas las riquezas y alabanzas. —Masticó con calma y bebió un sorbo de la jarra. Las mejillas del gran jarl se tiñeron de un tono rojizo que lo delataba como culpable.

Puede que su tío no la hubiera golpeado, pero en sus manos siguió siendo un objeto que usaba a su antojo para vencer a sus enemigos. ¿Cuándo la trató como lo que realmente era? ¿Cuándo le permitió descansar y ser una niña más?

Cuando el jarl llevó la mano a su espada Eyra lanzó el cuchillo, haciendo que el acero pasase peligrosamente cerca de los rollizos dedos de Thorir. El hombretón pegó un respingo y el sudor perló su frente.

>> ¿Te negarás a combatir ante mis hombres? —Eyra se apoyó en ambas manos y echó el cuerpo hacia delante—. ¿Tienes miedo?

—Estás herida y loca. Solo trato de cuidar de una mujer que, a todas luces, ha permitido que nuestros enemigos la...

—No necesito estar curada para acabar contigo. ¿Mis enemigos? Creo que en mi piel se puede ver que no tuvieron trato de favor conmigo. —Apoyándose en el hombro del hombre que había a su derecha se puso en pie, lo que todos interpretaron como un gesto de debilidad mutó en algo totalmente diferente cuando la joven dejó que la hoja de su daga reposase sobre el cuello del vikingo que la observaba—. No me gustaría que hubiera juego sucio. Sería indigno que mandase a alguno de ellos a acabar conmigo, ¿tendrían pelotas para hacerlo? —Apretó un poco más hasta que una gota roja descendió por la piel del aludido.

Caminó despacio de vuelta a la puerta, dándoles la espalda, aunque sin bajar la guardia. No confiaba en ellos y, aun así, pretendía protegerlos de sí mismos. Eran su pueblo, no podía olvidarlo.

—Eyra —la llamó Thorir—, pelearé. ¿Mañana al anochecer?

—No esperaba menos —ironizó ella, más cansada de lo que quería que el resto percibiera. Era la imagen que mostraba lo que le daba el poder que esgrimía en batalla. Esa imagen fría e inamovible, esa mirada carente de emociones incluso cuando era herida de gravedad. La imagen era todo cuanto le quedaba, su pecho lloraba por la pérdida de quien no había llegado a tener.

Snorri, no quería pensar en él y, aun así, ¿cómo evitarlo? Pocos besos fueron necesarios para lograr que sus labios hormigueasen ante su recuerdo. Esas caricias que lograban alejar lo que eran y los convertían en solo un hombre y una mujer, ¿cómo no desear volver a sentirse tan libre de todos sus errores?

Ella era su enemiga. Y, aun sabiendo que él no regresaría, que no era suyo y nunca podría darle lo que tanto necesitaba, seguía acudiendo a esa única vez en la que se rindió entre sus

brazos para poder dormir con una sonrisa, para ser completamente dichosa. Buscaba en un único momento las fuerzas que, en ocasiones, no tenía.

—Pelearé yo —soltó Wulfstan mientras la obligaba a detenerse en medio de la plaza del poblado. Ella sonrió y acunó la mejilla de su gigante, del hombre que, sin pretenderlo, se había convertido en su confidente.

—Sabes que tengo que ser yo. Solo te pido que cuides de aquellos que aprecio, no permitas que paguen por mí. —Eyra tomó uno de los mechones de Wulfstan y lo acercó, queriendo forzarse a sentir, sabiendo que no serviría de nada.

¿Por qué ya no obtenía consuelo en sus abrazos? ¿Por qué besar a su amigo no lograba calentarla ni siquiera un poquito?

Pegó los labios a los del él con brusquedad, se retiró de la misma forma. Era su corazón el mayor de los traidores.

Capítulo 24

—Si me descubre estoy muerto...

—Si no hacemos nada ambos acabaremos bajo tierra —escupió Thorir que, no lograba mirar a su sobrina sin que sintiera que estaba frente a su hermana. Amándola, odiándola y disfrutando de ser el culpable de su muerte. El verdadero culpable—. No debe morir, no por el momento.

—Ella lo descubrirá, ella sabrá que has hecho algo.

—Puede, pero será tarde. —Sonrió notando la presencia de un espíritu vengador a pocos metros, llevaba mucho tiempo escapando de ese ser oscuro que no le permitía dejar el pasado atrás, no del todo.

—Como el jarl diga. —El niño que, con el rostro amoratado lo observaba, se inclinó y estiró la mano, sobre la que dejaron caer una diminuta bolsa de oro.

Eyra estaba frente a la puerta con la espada sobre las piernas mientras pasaba una piedra por la hoja para afilarla. La luna brillaba a lo lejos y ella viajó a la cueva, a esos días en los que, lejos de sentir frío, su piel ardía.

“¿Qué estará haciendo?”

Snorri la había besado y le había hecho creer. Puede que la boca del vikingo dijese una cosa, sin embargo, cuando la miraba se sentía devorada, cuando la rozaba su corazón se descontrolaba de tal forma que no lograba creer que él no lo sintiera también.

Las hojas se movieron a su derecha, el fuego que había encendido se estaba extinguiendo y el viento la golpeaba con tanta insistencia que había conseguido introducirse bajo las pieles que la cubrían. No se movió, no todavía.

“Es un cobarde, huyó de lo que ambos sentíamos. ¿Cómo llorar a quien no fue capaz de reconocerla como su mujer?”

No lo haría, aseguró mientras apretaba tanto la piedra contra la palma de su mano que casi logró introducirla bajo la piel. ¿Habría cambiado por él? ¿Se habría acostumbrado a llevar el hogar y a tener hijos? No, ella ya no podía ser esa mujer.

Evaluó el estado de la hoja y, dejándola caer, se dio por satisfecha.

La sombra que la vigilaba controlaba no hacer ruido, apenas respiraba y, sin embargo, al ver que ella se giraba ligeramente hacia donde él se encontraba casi se meía encima. La sombra cogió un diminuto palito y lo introdujo en un bote, lanzándose al suelo siguió avanzando hasta que la tuvo al alcance de los dedos.

Ella sintió un ligero pinchazo que desechó, él casi muere de un ataque al corazón. Un instante breve que, para la vikinga no tenía ningún significado, pero que decidiría lo que habría de

sucedier pocas horas después...

Entrando en el hogar abrió los brazos y Ása acudió a su llamada. Se fundieron en un cálido abrazo y la vikinga la aupó mientras la niña reía feliz.

—Lena dice que mañana pelearás, ¿volverán a hacerte daño? —preguntó interesada, pasando sus diminutas manos llenas de harina por el rostro de su mamá.

—Venceré, ¿acaso tu mamá no es una diosa?

—¡Sí! —Ása se mordió el índice con una nueva preocupación rondándola—. Uno de los niños dijo que eres mala y que me golpearás para que sea como tú. —Respiró con fuerza y, con esa inocencia que Eyra amaba, añadió —: Mamá, quiero ser como tú.

—¿Incluso si te golpeo?

—No me harías daño —dijo completamente convencida la pequeña.

—Ojalá tengas razón, pero hay tantas formas de hacer daño... —Eyra se aferró al cuerpecito de la niña para dejar que sus miedos y fantasmas se esfumasen. Quiso acurrucarse contra ella, en su lugar la sentó sobre su regazo.

—¡No la toques! Te cortaré la mano... —Por la voz, el que hablaba por los labios de la anciana era Daven, dando paso a Aren cuando las lágrimas descendieron por sus mejillas.

—Ella es buena. ¡Parad! ¡Le duele mucho! ¡Duele! —aulló con voz infantil mientras empezaba a temblar. La anciana seguía peleando contra los que la habían roto de tal forma que precisaba cada una de esas personalidades para poder seguir en pie. ¿Qué podía ser tan terrible para que, aquella que una vez fue, hubiera desaparecido y se hubiera quedado sin voz?

Eyra acudió y cogió la mano de la vieja, observando las marcas de la edad que decoraban su piel. Juntó sus frentes y cerró los ojos, compartiendo solo con ella una promesa:

—Sobrevive y jamás volverán a hacerte daño. Cuidaré de ti, vieja mía.

Capítulo 25

Algo extraño sucedía.

Eyra se levantó de madrugada notando que la piel le ardía y un sabor metálico había inundado su boca. Tosió y, al apartar la mano, unas gotitas de sangre reposaban sobre la palma. Sobrepasada, salió al exterior y se sentó sobre un tocón.

Se acurrucó sobre la nieve controlando los temblores que la asolaban, apretando la mandíbula como única forma de evitar que los dientes le castañearan. El vaho que expulsaba su aliento se elevaba mientras las fiebres la envolvían, haciendo que el calor se tornase frío, haciendo que el tiempo se estirase de tal forma que la tortura no parecía terminar.

El sol estaba saliendo cuando Wulfstan descubrió su camastro vacío y salió a buscarla. Literalmente tropezó con ella, recogiendo su cuerpo inconsciente y apurándose al interior de la casa.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Lena.

—Está muerta. —Wulfstan golpeó la mesa impotente.

—No todavía. —Lena corrió a por varios botes, con rapidez y eficiencia buscó una marca por su piel que no tardó en encontrar—. La han envenenado.

—¿Estás segura?

—Sí, está luchando, mas temo que está demasiado débil para vencer —resumió Lena con esa delicadeza que la caracterizaba, al tiempo que apartaba los dorados mechones de Eyra de su rostro—. ¿Por qué no dejan de hacerle daño? —inquirió entonces, sintiendo ese afecto, que los suyos no podían comprender y jamás había compartido con nadie, revelarse. Ahora guardaba un cariño y lealtad inmensa, ¿cómo no hacerlo hacia quien fue su primer amor?

Lena la había amado desde que eran pequeñas, guardando con celo ese secreto, consciente de lo que le harían de descubrirlo. En ocasiones, cuando perseguía a Eyra hasta el río y acababan jugando en el agua, ella saboreaba cada inocente caricia de una forma totalmente diferente. Puede que Eyra no comprendiera lo que realmente significaba para ella, pero ¿perderla? ¿Cómo podía aceptarlo sin más?

Lena quiso correr y enfrentarse al jarl, no, ella jamás haría tal cosa.

>> Debí contártelo. Temía tanto acercarme, que descubrieras cuánto te necesitaba... —lloró entonces Lena, dejando que su secreto emergiera teñido por esa vergüenza que lo envolvía — Nunca me hizo sentir diferente, ella podía ver en mí mejor que cualquier otro y, sin embargo, no se alejó. Creo que lo sentía bajo la piel, notaba que mis miradas iban mucho más allá de las de una amiga, no por ello me dejó sola.

Wulfstan, incómodo, carraspeó queriendo que la mujer terminase para poder ir a por su hacha y hacer lo que él consideraba justicia.

—¿Necesitas algo? —se ofreció el vikingo.

—No, haré que viva. Ella vivirá —aseguró sin creérselo, tomando impulso para inclinarse y rozar los gruesos labios de su amiga. Lo hizo con adoración y respeto, con esa necesidad de más controlada con uñas y dientes, robándole un contacto que para Lena significaba mucho—. Ella se alzaré, siempre lo hace.

Lena lloraba mientras dejaba en su boca un líquido y rezaba por acertar. Lloraba al poder observar sus cicatrices y heridas sin que Eyra la juzgase, al rozar alguna con la punta de los dedos imaginando el dolor que debía haber sentido.

Cuando Wulfstan se giró los ojos de Eyra temblaron, sus labios se abrieron en un intento de hablar, provocando que la piel que los envolvían se partiera y la sangre los tiñera de un rojo intenso.

Lena dejó caer agua fresca sobre ellos y le ayudó a alzarse, Eyra volvió a toser.

—No. —Su voz era pastosa, rasposa. Eyra dejó todo su peso en los brazos de su amiga. ¿Cuándo se rompería irremediamente? Quería rendirse, ¿por qué no hacerlo? Miró a Ása llorando en una esquina y lo comprendió—. Debéis lograr que esté en pie al anochecer, la venganza me pertenece.

—¡Es imposible! ¡Estás loca! —aulló Lena, dejándola de nuevo sobre la mesa de madera y pasándose las manos por el pelo —No lo hagas, no ahora. Has de recuperarte, debes descansar durante semanas antes de pensarlo siquiera.

—¿Crees que él lo permitiría? Puede que no se atreva a venir a por mí directamente, sois vosotros los que estáis en peligro. —Aferró la mano de Lena y tiró de ella hasta que sus rostros se aproximaron—. Debo hacerlo, incluso si yo también muero. Si eso sucediera ayuda a Wulfstan, él reclamará lo que me pertenece. Todo. —Hizo especial énfasis en esta última palabra.

—No digas eso...

—No soy estúpida. Solo suplico tener fuerzas para dar un tajo mortal. Uno solo, solo necesito uno... —Sus párpados descendían sin que la vikinga lograra hacer nada por evitarlo.

—Nosotros cuidaremos de ti —susurró Lena.

—No... debo recuperarme... solo un tajo...

E, incluso sabiendo que era un suicidio, ¿cómo negarle lo que le pedía cuando lo habría dado todo por ella? Lena se conformaba con saber que su amiga era feliz, incluso si para serlo debía morir.

La curó como pudo, trató de que el cuerpo de la vikinga expulsase el veneno y le dio de beber incluso a la fuerza. Cuando el sol se ocultó, muchas horas después, miró a Wulfstan sin saber qué debía hacer. ¿Mentir? ¿Se lo perdonaría alguna vez?

Eyra abrió los ojos guiada por el instinto. La fiebre había remitido, no del todo, su cuerpo se negaba a responder como ella necesitaba, no obstante, fue capaz de tomar la daga y se dijo que eso era suficiente. Miró a los presentes incapaz de despedirse, tambaleante quiso huir de sus miradas, Ása no se lo permitió.

La niña se aferró a sus piernas con todas sus fuerzas, intentando retenerla dentro de los muros

de la cabaña, allí donde estaría a salvo. ¿Cómo pedirle que la soltase cuando mentiría si creyera que, en esas condiciones, podría regresar?

—Me has mentido —la acusó Ása.

—Debo hacerlo. —¿Qué decirle cuando los argumentos no tenían valor para ella? La niña temía volver a quedarse sola y era justo eso lo que le ofrecía, abandonándola como tantos otros, solo que esta vez puede que no pudiera superarlo. El corazón se le rompió cuando se puso en pie—. Debo protegeros y tú lo comprenderás algún día.

—No te vayas ¡No vayas! —Lágrimas y mocos se mezclaron en la suave piel de la pequeña, Eyra quería huir de la mirada traicionada que Ása le lanzó. Quería regresar, ¡quería hacerlo! Se arrodilló a su lado para acunarla con ansiedad.

—Lo lograré.

—No, no es cierto. No lo harás. Morirás como todos. —Las manos de Ása aferraron las orejas de su mamá para acercarla, después quiso golpearla para que lo comprendiera, ella ya lo había visto antes.

—Lo haré —aseguró Eyra, con unas negras ojeras bajo sus ojos que no hacían más que resaltar su piel cenicienta. Se relamió y blasfemó cuando los tambores retumbaron llamándola. Ese sonido rítmico era un aviso de que la esperaban, ¿no era lo que quería? —Les haré pagar tanto dolor, el jarl no podrá olvidarme.

—Vámonos lejos. Podemos hacerlo. ¡Mamá!

Eyra se soltó a la fuerza y se alejó con un dolor en la garganta difícil de precisar. Wulfstan no dijo nada, no fue necesario. Pareciera que la odiaban por su decisión, quizás fuera mejor así. Cuando salió cerró la puerta a su espalda y quiso encerrar allí sus debilidades.

“Si Snorri estuviera aquí, si pudiera rozar su mano al menos una vez... Sentirlo cerca... Me habría gustado poder guarecerme entre sus brazos una vez, incluso si al hacerlo estuviera renunciando a mi orgullo”

Inconscientemente lo buscó en los rostros de aquellos con los que se cruzaba, la decepción se extendió dejándola vacía.

—No tienes buena cara, si no estás preparada podemos olvidarnos de esta locura y... —soltó el jarl que, desde lejos, la evaluaba. Satisfecho con los resultados no pudo evitar sonreír suavemente, no había forma de robarle la belleza.

—Asqueroso cobarde. Te haré pagar por todo lo que has hecho.

—Lo dudo mucho. —Sobre todo porque no lo sabía todo. Si lo hiciera no acabaría con su vida, no, de saberlo Eyra lo torturaría durante años antes de permitirle partir al otro mundo. Justo por eso había fingido durante años, justo por eso había impedido que se acercase demasiado.

—Los dioses son testigos. —Eyra alzó la punta de la espada hacia el cielo para que dichos dioses la bendijesen, a continuación, señaló a su tío—. Thorir, ha llegado tu hora.

Capítulo 26

Antes de comenzar ya le faltaba el aire. Tropezó dos veces antes de plantarse ante Thorir, miró al hombrecillo sin comprender cómo aquellos que llevaban su sangre eran los que más la habían lastimado, los que la habían golpeado con más fuerza.

—Esto es lo que habéis creado. Quiero que lo recuerdes cuando te corte la cabeza —siseó furiosa.

—Mujer, hace mucho que necesitas que alguien te enseñe cuál es tu lugar. Has jugado a ser un hombre, ahora comprenderás por qué no puedes ser el jarl —replicó su tío.

¿Mujer? Ciertamente, era una mujer y no por ello debía subestimarla.

La espada de Thorir comenzó a rasgar el aire en una muestra de su maestría, Eyra bufó con fastidio mientras esperaba. Ella no lo necesitó, en su lugar plantó la suela de las botas sobre la nieve. Sentía el aire en su piel, podía oler la muerte rodearla y sus sentidos se centraron en Thorir de tal forma que era incapaz de percibir nada más.

Eyra se apartaba, cada ataque esquivado retumbaba en sus músculos suplicándole que se dejase caer, Eyra enseñó los dientes en una sonrisa decidida que escondía los gemidos de dolor.

>> ¿Cuánto crees que podrás resistir?

—Lo suficiente para verte morir.

—¿De verdad? Cuanto más te mueves más se extiende el veneno, pronto caerás sin necesidad de que te toque —susurró Thorir solo para ella.

—No esperaba menos. Por eso no perderé el tiempo. —Le guiñó un ojo con descaro, atacando por primera vez.

Había muchas formas de vencer. Unas más elegantes que otras, Eyra olvidó su promesa de no matar de nuevo. Una vida era preciosa, un tesoro que debía ser valorado, no obstante, cuando la guerrera oteaba al jarl no veía a un hombre, ni siquiera a un animal acorralado.

En el achatado rostro de su tío descubrió la misma mirada opaca de su abuelo, esa que escondía una oscuridad infinita que no conocía la compasión ni el cariño, que no podía hacer otra cosa que fingirlos ante el resto sin que las verdaderas emociones llegasen a rozarlo. Eyra estaba atrapada en esos ojos, en su sonrisa, en las muchas veces que había suplicado compasión.

Era su historia condensada en un solo momento, su venganza, su final. Sintió que desde siempre había caminado hacia ese momento.

>> Hoy me acompañarás en mi último viaje. —Eyra se movió con una velocidad asombrosa, colándose entre los brazos del jarl y hundiendo la hoja en su vientre. Lo hizo con tanta fuerza que parte de la empuñadura acabó bajo la piel del hombre.

Thorir no se lo creyó, dejó caer la espada y se llevó las manos a la herida mirándola como si no la conociera.

—No es posible...

—Era mi deber para con los míos. —Sin soltar la empuñadura de la daga, Eyrá se acercó y siguió empujando, moviéndola, rasgando sus entrañas—. ¿Tienes miedo a morir?

—Debí acabar contigo como hice con tu madre —escupió él, haciendo que ella retrocediera—. ¿No lo sabías? Claro que no, eres tan estúpida como lo era mi padre. Creéis que con la espada es suficiente, sin comprender que no...

—¡Cállate!

Thorir se arrancó el puñal y lo dejó caer sobre la tierra, dándole una patada después. Caminaba despacio, Eyrá no lograba reaccionar, no ante lo que él soltaba por su inmunda boca.

—Si supieras todo lo que le hice... Ella suplicó mientras yo estaba entre sus piernas, peleó hasta el final. —Thorir se agachó entre jadeos y recogió su espada, la sangre corría por su cuerpo y goteaba sobre sus botas. Cogiendo aire despacio Thorir media sus fuerzas, repartiéndolas con cuidado—. La degollé disfrutando de cada uno de los sonidos que producía. Era la canción más hermosa, tras tantos años deseándola.

—Eres un monstruo...

—Puede. —Estaba a solo un paso, pronto solo tendría que alzar la espada y dejarla caer. Eyrá no trató de defenderse, lo miraba sin verlo, sin creérselo, incapaz de procesar todo lo que él aseguraba—. Estaba harto de que padre solo la viera a ella, de que ella fuera la única para él.

—Era tu hermana...

—No, no lo era. Madre me lo dijo en su lecho de muerte, bueno, poco antes de que yo mismo la ahogara en el río.

La pena y vergüenza que la mujer mostró ese día no fue equiparable con el miedo que inundó a Thorir, si su padre se enteraba que no era su hijo haría que acabasen con él. Puede que siempre lo hubiera sospechado, pero una confirmación era imperdonable. ¿Fue la furia la causante? No, el impulso de acabar con una vida estaba ahí desde niño, tan solo había cedido a él.

>> Sí, madre tenía tu misma mirada. Cuando la hundí bajo las aguas sus ojos eran hermosos, esa expresión era sencillamente perfecta.

“Eres mía”, pensó entonces Thorir. La espada descendía, el tiempo había terminado.

Capítulo 27

—Hermano. —Leith le tendió un arco y aferró su brazo con ambas manos—. Sabrás cuando debes usarlo.

—¿De qué hablas? —preguntó él, al tiempo que se acercaban al poblado, dejando que los sonidos los guiasen.

Syn, que les había obligado a ir primero a buscar a su hija, sentó a Ludmila sobre una piedra al notar que la niña era incapaz de continuar.

—Esperadnos aquí. Es mejor que tu hija no vea lo que va a suceder —aseguró Leith, que no tenía intención de dar explicaciones, mucho menos cuando el sol se acercaba peligrosamente a la posición que había ocupado en su sueño.

—No vamos a dejarla sola —dijo Snorri.

—Hermano, lo haremos si quieres salvarla. Si esperas, cuando llegues a ella solo podrás recoger su cadáver. ¡Ahora! ¡Corre! —aulló Leith, presionando el arco sobre el duro pecho del vikingo mientras lo empujaba —¡Ella te necesita!

Lo dijo de tal forma que Snorri no pudo hacer otra cosa que creerla. Dejó que el amor que se mecía en su interior, esa necesidad por tener a Eyra entre sus brazos y compensarla por todo el mal que le había causado, explotase en sus piernas en cada una de sus zancadas.

Unos metros y el tiempo se detuvo. El aire dejó de moverse, Snorri la localizó al instante. ¿Cómo no hacerlo cuando ella estaba en el centro de un corro de personas?

—¡Eyra! —Ese hombre la mataría, Snorri alzó el arco.

Había muchas posibilidades de que la hiriera a ella, mas, incluso si Eyra caía, era mejor que perder la cabeza. Al menos eso fue lo que él se repitió para lograr que sus manos dejaran de moverse, para que la flecha apuntase al pecho de Thorir.

>> ¡Agáchate!

¿Era posible? ¿Era él?

Eyra escuchó su voz y giró la cabeza, cuando gritó más alto dejó caer su cuerpo a tierra porque confió. Sin motivos, sin argumentos, algo en su interior le suplicaba que se sometiera, al menos por una vez.

Cuando algo silbó al lado de su oreja y el grito de Thorir acompañó la estruendosa caída de su espada, Eyra dejó de escuchar nada.

“¿He sido yo? ¿Qué ha pasado?”, se preguntaba ella. Llevó sus finos dedos hasta el charco que había bajo el cuerpo de Thorir, entonces lo comprendió.

—¡No! ¡Necesito saberlo! —Desgarrada gateó hasta que se colocó sobre Thorir. Aferrando sus hombros comenzó a zarandearlo como si, de esa forma, pudiera lograr que abriera los ojos y prosiguiera con su confesión—. Necesito saberlo. ¿Qué le hiciste? ¿Qué sucedió entonces?

Unos brazos fuertes la envolvieron, ese olor... gimió cansada y, dejándose caer, lloró amargamente sobre él.

>> Está muerto.

—No importa. Tú estás a salvo —susurró a su oído Snorri al tiempo que la alzaba y acunaba.

—No lo entiendes. Él sabía algo, lo sabía y ahora está muerto. —Snorri pasó la mano derecha por sus cabellos, apartándolos.

“No lo hagas” No pudo comportarse como un hombre cuerdo. Descendió sobre sus labios por el miedo que sintió a perderla inevitablemente, por el dolor que mostraban los ojos azules de ella, por esa imposibilidad de consolarla como se merecía.

No tenía ningún derecho, ella podría pedir su cabeza como pago y él se la daría. Su vida le pertenecía, todo él era suyo si lo quería.

Tomó sus labios con delicadeza, con el corazón desbocado y pendiente de su reacción. Cuando la notó sumisa, completamente entregada, él creyó enloquecer. ¿Era posible que tuviera una posibilidad?

Entró en su boca perdido en su sabor, en ese gemido que ella lanzó y él revió con deleite. A ella no le quedaban fuerzas, él tomó el control.

—¡Rápido! Debo revisarla, sigue muy débil. El veneno se habrá extendido por su cuerpo. — Quiso avisarlo Lena, Snorri la oteó un instante antes de volver los ojos a los dulces rasgos de su guerrera. Era invencible, ¿verdad? Entonces, ¿Por qué ese tono ceniciento paralizó su pecho?

—¿Quién?

—No lo sabemos, pero creo tener una ligera idea —comentó Lena, mirando de reojo el cuerpo del antiguo jarl—. Quizás podrías encargarte de averiguarlo todo mientras yo me ocupo de ella.

Snorri corrió hacia la choza y, tras dejarla sobre la mesa, se inclinó sobre su diosa. Ella, que no comprendía que, a cuantos rozaba con su sonrisa, cambiaban.

—Cuídala. No puedo volver a perderla.

—Sé quién eres. Cuando se recupere te odiará, si de verdad deseas recuperarla habrás de sufrir mucho más de lo que estás dispuesto.

—Haré lo que haga falta —aseguró Snorri, sin embargo, Lena sabía lo orgullosa que era Eyra y le haría pagar cada falta con creces. No, él no lo resistiría.

Wulfstan se interpuso entonces en su camino, el puñetazo que le lanzó lo tumbó cuan largo era.

—Te mataría si no hubieras evitado que esa alimaña la asesinase —bufó el gigante.

—Ella es mía —repitió Snorri, como tantas veces en el pasado, necesitando creer que eso era cierto.

—No le hagas daño —siseó Wulfstan, tomándolo por el cuello y poniéndolo en pie. La fuerza de Snorri no era nada comparada con la de su oponente, él podría romperle el cuello con facilidad si esa era su intención. Snorri mantuvo los brazos lánguidos a ambos lados de su cuerpo —. Si ella me pide que acabe con tu existencia encontraré la forma, no lograrás escapar.

—La amo, me pertenece.

—Ella nunca será de nadie, ella es libre y, si tratas de ponerle cadenas, huirá de su lado. — Wulfstan lo puso en pie y, sorprendiendo de nuevo a Snorri, volvió a noquearlo—. Ahora estamos en paz.

Snorri no supo qué pensar cuando el gigante pasó por su lado y, con delicadeza, tomó entre sus inmensas pezuñas la mano de su mujer. La llevó a los labios y se quedó mirando su rostro, por algún motivo Snorri no pudo evitar pensar que le habría gustado ser él el que tuviera esa confianza, ese derecho a estar tan cerca de ella.

“No volveré a alejarme de ti. Soy tu esclavo, siempre lo seré.”

Capítulo 28

Tras atravesar el poblado y revisar todas las chozas que lo componían, Snorri se echó las manos a la cabeza. ¿Cómo descubrir entre tantos rostros al culpable? Era imposible, jamás lo lograría.

Frustrado golpeó la pared de la gran casona, dejó sobre la madera la piel de sus nudillos sin que el agudo dolor menguase sus ganas de gritarle a las nubes. No le importaba lo que pensasen los demás al ver a uno de sus enemigos caminando entre ellos sin llevarse sus cabezas en el proceso, no le importaron las muertes de sus hermanos, que habían acontecido en ese mismo lugar.

Solo ella.

Eyra era suya y no pudo protegerla, no fue capaz de comprenderlo desde que la vio por primera vez. Si no hubiera estado tan ciego todo habría sido diferente.

—Hermano, ¿precisas ayuda? —sonrió Leith, sus dedos jugaban con los mechones de su pelo mientras observaba a cuantos con ella se cruzaban, sorprendida de que todos fueran reales y no solo fantasmas en su mente. Nunca había estado con tantas personas y, mezclados con la emoción, el miedo y la desconfianza ganaban fuerza.

—Es imposible lograr lo que ella necesita.

—Hermano, el pasado sigue perteneciéndole. —Leith se meció y, dando una gran palmada, se decidió—. Puedo hacer algo por ti si, llegado el momento, me ayudas a encontrar al hombre que amo.

—¿Encontrarlo? ¿Acaso no lo has visto nunca?

—No con los ojos, solo con mi corazón. —Leith sonrió emocionada, deseando sentir las caricias que, en sueños, el desconocido dejaba su piel, ansiando los besos a los que tantas noches acudió—. Él me consoló cuando me quedé sola. Ahora debo encontrarlo y hacerle comprender que no debe abandonarme por esa a quien dice amar.

—Quizás deberíamos entrar y que Lena te revise. —Quiso tomarla por el brazo, su hermana se escurrió y, en el proceso, golpeó sus costillas a modo de castigo.

—Sé lo que hago. Puede que aquí sea la única que lo sabe. Sé que ese hombre no es mi gran amor, —Leith pestañeó para apartar la neblina que se empeñaba en empañar su visión—. no obstante, él no me hará daño.

—¿Tu gran amor?

—Hermano, si aceptas te lo contaré por el camino. ¿Qué puedes perder? —lo tentó, comenzando a caminar sin esperarlo, sabiendo que no tardaría en perseguirla.

—Lamento no haber estado a tu lado. Haber dejado en tus manos la responsabilidad de asesinar a madre. —Ella se detuvo, Snorri no se atrevió a tocarla como le gustaría. ¿Cómo abrazar a la que era una desconocida? —Lamento todo lo que, seguramente, te ha hecho pasar.

—Con doce años decidí que yo estaba preparada para ser como ella. —Leith quiso sonreír, lo necesitaba, no importaba que nadie la mirase. Necesitaba mostrar una sonrisa para no caer en esa espiral destructiva que casi acaba con ella. La mueca que logró pintar en su rostro no era de felicidad —Con doce años me golpeó hasta que me rompió la mano izquierda, al comprender que yo no continuaría los sacrificios de sangre. La quería, incluso entonces la amaba por haberme dado la vida.

—No debes culparte.

—Su muerte estaba escrita, los dioses sabían que sería yo y así fue. ¿Qué sentido tiene llorar por lo inevitable?

Snorri posó las manos en sus hombros, ella tembló haciéndose diminuta.

—Hermano, —entonces dudó —¿y si nada fuera cierto? Deseaba tanto que ella dejase de hacerme daño...

Seguía siendo una niña en un cuerpo de mujer, una muchacha asustada que había convivido durante días con el cadáver de Neira antes de atreverse a enterrarla. Sus ojos sin vida parecían observarla culpándola, incluso ahora que se decía que estaba lo suficientemente lejos para que el espíritu de la völva pudiera alcanzarla.

>> No importa. Ese hombre me hará sonreír, ¿me ayudarás? No me queda nadie más y no soportaría volver a estar sola de nuevo. El silencio, —Se llevó las manos a los oídos y apretó con fuerza—. No lo soportaría —repitió.

—Aunque sea por verte sonreír —susurró Snorri colocándose ante ella y, jugueteando, pellizcando su mejilla.

—¿Seguro? ¿Te alejarás de mí cuando tengas tu propia familia? —La necesidad de ser aceptada nadaba bajo el dorado de sus iris—. Tengo miedo de lo que no puedo ver, de la oscuridad que rodea lo que de verdad me importa.

—Debí estar a tu lado.

Leith negó con la cabeza al tiempo que se mordía el labio inferior para contener la emoción, aun cuando por dentro pensaba lo mismo. Ella no era fuerte, ni valiente, todavía se sorprendía de seguir con vida.

—No importa. Hermano, debemos correr o ese hombre escapará a caballo. Todavía podemos alcanzarlo. —Cambió de tema ella, sabiendo qué hilos tocar para que Snorri la olvidase completamente.

Leith era rápida, él tuvo que esforzarse para no perderse. Cuando se aproximaban a un claro del bosque Leith alzó la mano y, cuando él se colocó a su lado, le aconsejó con voz queda:

>> Ten cuidado con su hoja. Está envenenada. No dejes que te toque.

—No debes preocuparte.

Ella lo retuvo.

—Hermano, no has de subestimarlo. He visto su pasado y muchos han caído por eso. —Leith miró al hombre que cargaba el caballo a pocos metros con aire nervioso. Ese cabrón ya no sentía compasión, aunque también le habían forzado a ser como era. ¿Era una justificación suficiente?

Snorri salió de la protección de la maleza y meció la espada. Miró al hombrecillo que, incluso sabiéndose solo, mantenía la capucha sobre su cabeza como si no soportase mostrar su rostro... y era cierto.

Cuando la Sombra, así lo llamaban en batalla, se volvió aferró la punta de la capucha y tiró hacia delante de forma nerviosa.

—¿A dónde vas? —inquirió con suavidad Snorri.

—Lárgate. Debo continuar mi camino.

—Quédate unos días. Tengo muchas preguntas que hacerte —sugirió Snorri, obstaculizándole la posible huida. Si quería irse tendría que pasar sobre él y no sería sencillo. Lucharía por su princesa, por su dueña, por la misma que no pedía nada, pero lo esperaba todo de él.

Eyra no hablaba con la boca, usaba sus miradas, sus caricias, sus actos. Ella se había colado en su pecho y era imposible poder arrancarla de ahí, no, si lo único que podía darle era respuestas haría cuanto fuera preciso.

—No sabes a quién te estás enfrentando —siseó la Sombra, sacando dos pequeños cuchillos de hojas curvas—. Vete ahora. No tengo motivos para matarte.

—Tengo yo por los dos.

—Así sea.

¿Rechazar una pelea? No, la Sombra no lo haría. Recordaba lo que era caer, no lo haría con vida. Miró a Snorri y giró con rapidez, usando las pieles de su capa para ocultar las hojas con las que buscó cortar los brazos de Snorri.

La Sombra no dejaba de girar, se mecía con rapidez, sin mostrar sus verdaderas intenciones. Leith lo observó fascinada por la elegancia que demostraba, por esa forma tan única que tenía la Sombra de hacer que, cuantos lo observaban, se quedasen prendados de sus movimientos.

Leith seguía los ágiles pasos de la Sombra, también trataba de ubicar sus manos. Se quedó sin aliento cuando Snorri retrocedió, temiendo por su hermano, regresando al instante a la Sombra, cuando comprendió que Snorri seguía bien.

En uno de los rápidos movimientos del asesino la capucha se deslizó, mostrando un rostro completamente cubierto por cicatrices. El ojo derecho de la sombra no volvería a abrirse nunca, Leith se llevó la mano al pecho ante lo que entrevió.

“No puedo dejarlo continuar o lo mataré”, comprendió Leith, tomando el arco en sus manos y sintiéndolo temblar. Por algún motivo, a pesar de todo lo que había visto en el pasado de ese asesino, la idea de ser una más de las que lo habían herido fue una idea horrenda. “Debo proteger a mi hermano. ¡Debo hacerlo!”

Sacó la fuerza necesaria del lazo que la unía con Snorri, cogió una flecha y sus piernas temblaron.

—¿Qué sucede? —se preguntó ella, llevándose la mano al corazón al sentirlo desbocado.

“No queda tiempo. Debo hacerlo.”

Entonces, ¿por qué no lograba dejar de mirar a ese guerrero de aura tan negra? ¿Cómo

explicar ese magnetismo que la Sombra irradiaba y que la llevaba a desear conocerlo más?

Leith se negó a rendirse a sus impulsos, apretando la flecha con fuerza y llegando a cerrar los ojos cuando finalmente la lanzó. No fallaría y puede que, precisamente eso, fuera lo peor.

“Me odiará y será despiadado. Es un hombre rencoroso, lo sé.”

La Sombra alzó el rostro y la miró. Ese único ojo ámbar que la hizo temblar la recorrió despacio mientras apretaba los dientes, como si no pudiera creerse que fuera ella la que lo tumbaría. La mano del asesino apretó la flecha y se la arrancó sin dejar de mirar a Leith.

—No tienes honor —escupió la Sombra con asco.

—¿Y qué honor tiene envenenar a Eyra cuando retó al jarl? —lo acusó Snorri, haciendo que los labios finos de la sombra se curvasen de forma peligrosa.

—¿Me estás acusando? —preguntó la sombra despacio, tanto, que Leith dudó por primera vez en toda su vida —Estúpido cobarde, si me hubiera encargado yo ella estaría muerta. ¿No crees? —inquirió mirando directamente a Leith.

¿De dónde salió la intuición que la llevó a apartarse justo segundos antes de que una daga atravesase el aire que ella ocupaba y se clavase en un árbol a su espalda? Ella no podía apartar los ojos de la Sombra, él comenzó a reírse como si se burlase de ambos.

A pesar de la distancia ella sintió que él podía rasgar su interior si se lo proponía, podía destruirla sin mucho esfuerzo. Fue tal la certeza que tembló de pies a cabeza, sin saber qué era lo que deseaba que sucediera.

“No pudo ser él”, se dijo ella, incapaz de mantenerse indiferente a esa mirada intensa que guardaba tantos secretos y miedos como ella misma ocultaba.

—¿Crees que te creeré cuando huyes como una rata?

—No he dicho que sea inocente, sino que yo no traté de matarla —replicó con rapidez la Sombra antes de recolocarse la capucha, como si bajo ella pudiera resguardarse de los ojos curiosos de la mujer que, desde lejos, lo recorría—. Déjame pasar.

—No puedo. Debo descubrir todo lo que sabes.

—Entonces tendrás que vencerme, ¿podrás? Eres débil —escupió molesto, mientras lanzaba otra daga contra Leith y, aprovechando que Snorri se volvía hacia su hermana preocupado, la Sombra destruyó el espacio que los separaba y dejó descansar la punta de su hoja en el vientre de su enemigo—. ¿Lo comprendes ahora? Estaba escrito que no pudieras vencerme.

—No puedo dejarte marchar —soltó Snorri, odiándose por haber sido tan descuidado. Incluso sabiendo que estaba en manos de un asesino.

—Es respetable. Escoges la muerte a la vergüenza.

—¡No! —aulló Leith, que comenzó a correr hacia ellos, tropezando y rodando los últimos metros. La Sombra se quedó mirándola sin saber por qué pensaba en ella cuando no era nadie, ¿qué tenían esos ojos dorados que invitaban a perderse en su interior? ¿Por qué no se había asqueado ante lo que había visto de él mismo? Lo único que aspiraba a producir en los demás era miedo, ¿por qué entonces corría hacia él?

Snorri aprovechó para desarmarlo, la Sombra camino despacio hacia ella y le tendió la mano.

Leith tembló cuando estiró el brazo, una chispa saltó cuando se rozaron y tiró de ella para ponerla en pie. La joven se vio capaz de todo.

>> No creeré nada de lo que digas —siseó él, temiendo demasiado lo bien que se sintió al envolver el cálido cuerpo de la joven. Tan hermosa, delicada y pura. Ella no había visto la oscuridad que él había protagonizado, no sabía lo sencillo que era convertirse en una bestia cuando sobrevivir era lo primero—. ¿Me dejarás pasar ahora? —Miró a Snorri mientras colocaba a Leith ante él y apretaba su cuello.

—No lo hagas, hermano. No puede hacerme daño.

—No creas sus palabras. Ella no sabe lo sencillo que sería, no conoce los nombres de todos aquellos que creyeron que podrían obtener compasión de quien ya no tiene corazón.

—Hermano, no me hará daño —ella colocó sus dedos sobre la mano derecha de la sombra, que tiraba de su mentón hacia arriba. Comenzó a acariciarlo, él quiso apartarla como si de una mosca molesta se tratase—. No son sus nombres, son los rostros los que lo atormentan. Los ojos vacíos, las últimas palabras de los que considera inocentes y no pudo...

—¡Cállate! ¡Bruja! Eres una de las niñas malditas...

—Puede, pero puedo leer en ti y es eso lo que de verdad te aterra. La verdad que nadie más conoce, esa que has olvidado hace mucho. —Ella apretó las uñas sobre la piel de él—. ¿Es más fácil así? No obstante, lo sientes.

—¿Qué quieres saber? —preguntó la Sombra molesta, mirando a Snorri.

—¿Quién atentó contra la vida de Eyra? ¿Quién acabó con sus padres?

Snorri no se movía, miraba las fuertes manos morenas de la Sombra indeciso.

—Uno de los niños huérfanos del poblado. —Sonrió ante la ironía—. No obstante, si deseas conocer el pasado solo tienes que preguntar a los más ancianos. Era un secreto contado a voces, solo ella desconoce la verdad. —Apretó el cuello de Leith y, sorprendiéndose a sí mismo, se inclinó y lo mordió con suavidad—. Deliciosa —añadió solo para ella.

Se sintió desfallecer, la piel de Leith hormigueó necesitando más. Esa fina línea entre el placer y el dolor que la Sombra tan bien marcaba, era la sensación más exquisita que ella podía imaginar.

Cuando quiso girarse ya la había soltado y regresaba al caballo.

>> Recoge a tu hermana, pronto sentirá que se queda sin fuerzas. Ella conoce el nombre del veneno que he empleado, ¿verdad?

—No te vayas... —gimió Leith, notando que la piel se le cubría de sudor y la boca se le secaba.

Snorri tuvo que escoger y lo hizo, aferrándose a la idea de que aquel hombre no le había mentado. Corrió hacia Leith y la atrapó cuando sus piernas se doblaron y cayó rendida, ahogándose ante la imposibilidad de respirar.

—Espero que consigas las respuestas que buscas, aunque a veces es mejor no conocerlas.

Capítulo 29

No tardó mucho en saber a qué niño se refería la Sombra. Samr apartó los ojos cuando los reunió a todos y, por mucho que sus manos temblaron, apretó los labios, dispuesto a aceptar el castigo. En el fondo había sentido, desde el inicio, que no lo lograrían.

Snorri lo derribó con un puñetazo, el joven de diez años se pasó la mano por el labio en un intento de borrar los rastros de sangre. No era la primera vez, no sería la última. Se puso en pie despacio en un intento de posponer su castigo.

—Ven conmigo, escoria —escupió Snorri, cogiéndolo por los rubios cabellos y arrastrándolo hasta la choza en la que Eyra se recuperaba lentamente.

Samr estaba al borde de un abismo oscuro, la idea de ser torturado hizo que llorase en silencio, sudando frío ante la idea. Conocía los rumores sobre lo que la misma Eyra había soportado, él no sería tan fuerte.

—¿Qué sucede? —preguntó Eyra abriendo despacio los ojos, para volver a cerrarlos ante lo molesta que le parecía la luz. Dejó caer el brazo sobre su cara en un intento de protegerse, incapaz de hacerlo con más delicadeza.

—He encontrado al culpable. —Snorri sonrió orgulloso, como si estuviera dejando el primero de los muchos presentes con los que deseaba agasajarla a sus pies.

Ella lo escuchó, aunque tardó en reaccionar. Se giró como pudo y, tras unos minutos, echó un vistazo.

—Déjalo ir —soltó entonces, sorprendiéndolos a todos.

—¿Cómo? ¡Él te enveneno! —Snorri se pasó las manos por el pelo, para acercarse después al niño con ganas de golpearlo de nuevo ante el miedo que había pasado por su culpa.

—¿Es cierto? —inquirió ella, con una sonrisa sin vida. Jadeó y trató de fijar sus pupilas en el muchacho.

—No tenía otra opción —se sorprendió soltando Samr, ¿qué sentido tenía mentir cuando el jarl ya no estaba? Se encogió de hombros, eso no cambiaba nada. Moriría, quizás era lo mejor. Estaba cansado.

—Déjalo ir —repitió Eyra con voz neutra.

—¿Cómo puedes ser tan estúpida? Si lo dejas ir cualquiera se creará con derecho a intentar acabar contigo. Tu debilidad causará tu muerte, debes dar ejemplo —le explicó Snorri hablando despacio, vocalizando como si a ella le costase entenderlo.

—No hizo más que tú —siseó Eyra, cansada de que todos trataran de imponer sus ideas sin respetarla. ¿Acaso no podía decidir? No, ella no le haría nada porque lo comprendía—. Le dejarás ir porque sobrevivir en ocasiones nos enfrenta a lo que nunca haríamos, que se transforma en posible al no tener otra opción. Nos quebramos despacio, pero lo hacemos hasta que, a veces, no logramos reconocernos en el reflejo que las aguas nos devuelven.

Tras haber soltado tantas palabras tosió, sintiendo la boca seca. El niño se sorprendió dando un par de pasos para tenderle un vaso, que cuando ella quiso llevárselo a los labios Snorri lanzó lejos.

—¿Ahora beberás lo que él te da?

—¿Querías matarme? —preguntó Eyra agotada.

—No. Nunca quise que murieras —aseguró Samr queriendo correr lejos, mirando la puerta que quedaba a su espalda con ojos ansiosos. ¿A dónde iría? Si no había escapado era porque nunca tuvo otro lugar, no conocía otro lugar y la incertidumbre lo aterraba demasiado.

Era agotador esperar, no podía creerse que Snorri fuera a claudicar con tanta facilidad, mucho menos ante una mujer. Ellas no decidían, ellas acataban las órdenes, incluso Eyra debía hacerlo. ¿No?

—Estás perdonado —sentenció la vikinga dejándolo bien claro al aferrar el brazo de Snorri entre sus uñas, demostrando que seguía siendo capaz de domarlo—. Y tú, aceptarás mi palabra.

¿Seguía odiándolo? Se preguntó Snorri, buscando en el interior de los azulados iris alguna señal de deseo, de amor. Asintió incapaz de negarse, sabiéndose, quizás, el más culpable de todos. De la nada se sintió pequeño y débil, necesitado de lograr que ella sonriera de nuevo.

¿Qué sentido tendría acabar con el niño si ella lo odiaría todavía más? ¿Acaso nunca lograría contentarla?

Necesitó creer que todavía tenía alguna posibilidad, por muy diminuta que fuera.

Snorri se inclinó y rozó los secos labios de su dueña, humedeciéndolos despacio y con delicadeza. Usó la lengua para tentarla, para arrancarle un triste suspiro que condensaba un temor inmenso. Eyra no podía confiar, acostumbrarse a sus caricias sería sencillo, perderlas de nuevo la destruiría.

Eyra se exponía al entreabrir los labios y, aún así, lo hizo. ¿Cómo evitarlo cuando se ahogaba?

Exhausta se dejó querer, apartando el dolor a un lado. Puede que no le quedase tiempo suficiente para tener una larga vida o puede que sobreviviera, no obstante, no pensaba más allá. No había nada más allá de lo bien que se sentía cuando Snorri la atravesaba con esos ojos verdes que adoraba, cuando la observaba como si fuera capaz de todo.

Obstinada hizo acopio de fuerzas para empujarlo y, aunque no habría sido suficiente para moverlo, él la dejó vencer. Se alejó con la pérdida y el rechazo, dejando una caricia en su mejilla como único argumento para que no pusiera distancia entre ambos.

—¿¿Qué haces todavía aquí?! —gritó Snorri, mirando al mucho, sabiéndose atado de manos, con la rabia invadiendo su mente despacio.

Ese ataque de violencia lo hizo retroceder, ella había pasado por eso, sabiéndose demasiado frágil para soportarlo. No era la misma, ya no sentía nada cuando la amenazaban, mas la compasión la asaltó y cedió a ella. Dejó que la poca humanidad que conservaba se impusiera.

—Puedes quedarte conmigo, si así te sientes a salvo —susurró estirando la mano derecha—. Puede que ahora seas capaz de protegerme, he de reconocer que eres hábil —le lanzo la lisonja y disfruto al ver cómo el pequeño se crecía. Era tan joven que no había aprendido a disfrazar sus

emociones, a encerrarlas bajo capas de indiferencia que le permitieran escapar de ciertas situaciones. Eyra notó que su corazón temblaba cuando Samr aceptó su oferta y se acercó.

—Si le haces daño no tendrás lugar al que huir —siseó Snorri mirando al niño.

Lo que Snorri no comprendía era que el mundo del pequeño había cambiado. De pronto, y sin proponérselo, se sentía a salvo. Bajo el ala de la gran guerrera, de la misma que se había erigido como jarl, no volverían a golpearlo, no volverían a dejarlo pasar hambre. Sin proponérselo ahora era importante, ahora contaba.

¿Cómo lastimar a quien, teniendo todo el derecho de destruirlo, lo había aceptado?

Samr se sabía indigno de tanta bondad, de tanta aceptación. No recordaba la última vez que le habían soltado una palabra hermosa, ¿cómo responder cuando no sabía cómo?

El joven asintió incapaz de hablar, con las palabras ahogándose en un gemido que estrangulaba su garganta. No quería llorar, era de niños, él era un hombre. Había matado a varias personas y, sin embargo, seguía siendo tan solo un muchacho de diez años que, sin padres, había tenido que aceptar sus circunstancias sin tiempo para plañir todo lo que, tres años atrás, había perdido.

—¿Sabes algo de mis padres? —La voz de Eyra temblaba por miedo a la posible respuesta, queriendo y sin querer saber.

—Sí.

—¿No me lo dirás?

—No, antes debes recuperarte.

—¡Para! —exigió ella, para toser después. Snorri se sintió como el peor de los cabrones, ¿era esa la forma correcta de protegerla? No lo sabía, corrió a ella y pasó los dedos por sus dorados cabellos. Era como tocar hilos de oro que se dispersaban sobre el camastro y creaban un aura entorno al rostro más hermoso que nunca había visto.

Para el vikingo era la visión de la perfección.

>> Dímelo. ¿Qué les sucedió?

—Ya no importa. Están muertos. —Snorri se encogió ante la mueca de dolor que, la mujer que amaba, mostró. Ella quiso girarse hacia la izquierda para esconderse, él no se lo permitió—. Descansa, recupérate y te lo contaré todo.

—Los siento conmigo —confesó ella, cerrando los ojos y recordando la hermosa mujer que caminó hacia ella cuando la habían dejado sobre la mesa de Lena tras el duelo. Creyó que moriría y que esa dama había venido a buscarla, pero no había sido así.

—¿Quién eres? —había preguntado Eyra aquella noche eterna, en la que el dolor le impedía pensar. La mujer se había colocado detrás de Lena, mientras ésta pasaba un paño por su piel y le daba algo de beber, observándolo todo en silencio.

Puede que Lena y el resto creyera que esas palabras fueron fruto de la fiebre, había mucho más. Cuando buscó en su corazón lo supo, una sonrisa como aquella era imposible de olvidar.

>> ¿Has venido a por mí?

La idea la aterraba y, al mismo tiempo, era tan dulce que sonrió medio ida. El miedo quedó

relegado a un segundo plano cuando la mujer se acercó y pasó la mano por su piel.

No pudo sentirla, no fue necesario para que el calor de sentirse en casa la envolviera.

—Eres todo cuanto deseaba —susurró la mujer, inclinándose y, en el proceso, dejando caer su pelo dorado sobre su hija—. He esperado desde hace mucho para poder decirte cuánto te amo.

—¿Por qué? Te he extrañado tanto... —gimió Eyra, aunque para los que seguían atendiéndola sus palabras no tuvieron sentido. Eran sonidos inconexos acompañados de una mueca de serenidad que los asustó —¿Por qué, madre?

—Perdóname. Confiaba en él —se disculpó su madre con esa forma de moverse tan delicada—. No quería dejarte sola.

—¿Me llevarás ahora contigo?

—No puedo. No todavía.

—Madre, por favor. Estoy cansada, solo sé matar. —Eyra alzó sus temblorosas manos, como si de esa forma pudiera ver las manchas carmesís que las cubrían. Ella quería libertad para olvidar, ir a otro lugar en el que pudiera renacer sin tantos pecados a su espalda—. No quiero seguir siendo yo.

—Mi niña, eres mucho más fuerte que yo. Valiente, decidida y leal. Puede que hayas tenido que sufrir mucho para llegar hasta aquí, mas ahora yo cuidaré de tu felicidad. —Eyra negó con la cabeza, no podía ser cierto.

—Madre, estoy cansada. No te vayas, por favor...

—No te preocupes, nunca te he dejado sola.

>> Mis padres merecen que alguien les haga justicia. Necesito saberlo. —Snorri pasó el pulgar por el mentón de su vikinga, que jugaba con él sin saberlo, sin necesidad de ordenar lograba que deseara dárselo todo. Era un ángel oculto bajo tantas cicatrices, bajo tantas heridas que todavía sangraban.

—Mañana, mañana te lo contaré todo. Shh... Debes descansar, solo te pido un día más. —Eyra se mordió el labio inferior, cediendo con un bufido que lo hizo sonreír satisfecho.

Capítulo 30

¿Un día? Quien dice un día dice tres. Snorri evitaba la gran conversación regalándole besos y cuanto pasaba por su mente, usando la presencia de Ása y cuanto se le ocurrió. Sin embargo, la vikinga no estaba dispuesta a posponerlo más.

—No puedes decírselo. —Wulfstan golpeó la mesa con tanta fuerza que ésta se quejó queriendo partirse en dos. El gigante ni siquiera lo notó, queriendo estrangular al hombrecillo que se empeñaba en retarlo.

—Ella se merece saberlo —repitió Snorri, posando la mano sobre la espada que portaba sobre su cadera—. Ella misma lo averiguará si tratamos de evitarlo.

—Ha sufrido mucho. No debe saberlo —replicó Wulfstan, cabezón como pocos.

—Si es cierto lo que el viejo dijo ella no está sola, merece saber que tiene una...

La puerta de la casa se abrió. Eyra, furiosa y apoyada sobre Lena, los señaló uno a uno.

—Comadreas asquerosas. ¿Qué es lo que tratáis de ocultarme? —Miró a su gigante y chasqueó la lengua—. ¿Ahora tú también? Si crees que no puedo vencerte y obligarte es que no me conoces. —Entonces se detuvo, lo pensó unos minutos, y añadió —: Quizás precise un par de semanas para entrenar y poder caminar sola, mas después comerás el polvo.

—Siéntate, tienes mala cara —dijo Snorri.

—¿Mala cara? Acerca más esa silla y te la parto en la cabeza. —Lena la ayudó a llegar hasta otra de las sillas y con la elegancia de una reina Eyra tomó asiento—. ¿Me lo contáis ya?

—Debes comprender que no puedes ir a buscarla así, debes tomarte tiempo para recuperarte —comentó Snorri.

—¿Para buscar a quién? No entiendo nada —suspiró ella.

Snorri se apartó de Wulfstan para evitar que acabase tomando el hacha y cortándola la cabeza, idea que al grandullón se le pasó por la mente al menos unas cien veces. Cogió una de las jarras de madera que había sobre la mesa y se la tendió a su mujer, porque seguía siendo suya, la necesitaba a su lado.

—Tu tío era un cobarde, no obstante, por entonces nadie sabía lo que su...

Ondina estaba agotada, las ojeras se extendían por su piel mientras ella les suplicaba a los dioses que tuvieran compasión y que sus niñas no se despertasen al menos en las próximas dos horas. Los agudos llantos de las pequeñas se metían de tal forma en su cabeza que le costaba pensar, la necesidad de dormir la llevó a tumbarse sobre el mismo suelo, a los pies de las cunas, y cerrar los ojos.

Estaba tan agotada que solo los llantos de las pequeñas podrían despertarla, era un instinto primordial, mas el resto del mundo había dejado de existir. Ella creía estar a salvo y ni siquiera

atrancó la puerta, su marido pronto regresaría y juntos disfrutarían de los hermosos gorgoritos de las niñas que, dormidas, parecían angelitos.

Ondina sonrió pues, incluso en sueños, seguía cargando sus rechonchos cuerpecitos mientras les cantaba, una y otra vez, la misma canción. Un ciclo interminable que, ante la alegría que ellas demostraban, se hacía placentero.

Unas botas rompieron varias ramitas, la puerta se abrió y un hombre irrumpió en la sala de su humilde hogar. Hacía mucho que se habían ido a las montañas, para evitar conflictos con su padre y, aunque no solían tener visita, tampoco era algo para asustarse.

Cuando una mano la movió por el hombro Ondina se limitó a entreabrir los ojos y gruñir con una sonrisa, pues esperaba el rostro sonriente de su marido sobre ella:

—Aun no he hecho la cena.

Ondina iba a girarse cuando se detuvo.

>> ¿Hermano? ¿Ha sucedido algo? ¿Qué haces aquí?

La joven madre se puso en pie, al tiempo que sacudía el polvo de su ropa. Con esa mirada, limpia de toda desconfianza, observó el aspecto sucio de Thorir y, lejos de invitarlo a marcharse, le ofreció asiento y algo de beber.

Inconscientemente Ondina miró por la ventana la caída del sol, la preocupación se asentó en la boca de su estómago a pesar de que no lograba encontrar motivos, sin embargo, a continuación, sus ojos se posaron en los diminutos iris de sus dos hijas.

—Llegará tarde —siseó Thorir.

—¿Qué...? ¿Cómo?

—Tu marido, llegará tarde. Muy tarde. —La sonrisa fría de Thorir fue acompañada de una mirada que la congeló y le impidió correr.

—¿Qué haces? ¡No! ¡Suéltame! —aulló ella, apartando las manos de su propio hermano de las telas de su vestido. Thorir las rasgaba como si no fueran nada más que un estorbo, mientras ella apenas se defendía incapaz de creerse lo que estaba viviendo al mirar el rostro de su hermano —¿Qué haces? ¿Por qué? ¡Hermano!

—¿Hermano? No somos nada. ¿No lo sabías? El jarl no es mi padre. Y yo conteniéndome todos estos años. ¡Putá! —Y la abofeteó con tanta fuerza que la hizo caer.

Ondina gateó hasta las cunas, quiso ponerse en pie y coger a sus hijas para buscar refugio entre la maleza del bosque. Esconderse y ponerlas a salvo, unos dedos se enredaron en su pelo y tirando, la obligaron a alzarse.

Puede que quisiera violarla, sin embargo, lo que de verdad quería era que sufriera y, justo por eso, la golpeó hasta que temió que fuera a perder la consciencia. Lo que sucedió ese día destrozó a Ondina y, aun así, no logró derrotarla. Incluso medio muerta y deshonrada, de tal forma que sentía arcadas solo de recordarlo, ella siguió peleando. Lo haría mientras sus hijas siguieran con vida. Esa idea era capaz de mover montañas.

>> El jarl no quiere que yo ocupe su lugar. Dice que soy débil. —Volvió a abofetearla—. Dice que tú eres la única capaz de liderar a su pueblo. ¡Tú! ¿Qué podrías liderar tú? Una estúpida y débil mujer... ¿Acaso no es traición suficiente que hayas renegado de tu pueblo por

un hombre? —escupió sobre su rostro con el odio más inmenso nadando en su oronda barriga. Thorir no comprendía por qué ella valía más, ¿qué era lo que la hacía tan especial?

Fue un impulso, no quería terminar tan pronto, mas cuando la vio sonreír...

Le rajó la garganta y, mientras lo hacía, ya se estaba arrepintiendo.

>> ¡Joder! ¡Si el jarl se entera me matará!

La puerta se abrió, Thorir escondió la navaja como pudo entre la tela de su pantalón.

—¿Qué ha pasado?! ¡Ondina! —gritó Orm, apretando una herida que ya había acabado con su vida —Mujer, ¿quién te ha hecho esto?

Orm miró a Thorir acusador, acercando el rostro de su mujer con cuidado para besar sus labios por última vez.

>> No me dejes solo... —lloró Orm como un niño, aterrado al observar a sus hijas y no verse capaz de protegerlas del mundo mismo —¿Qué ha pasado?

—No lo sé. Vi a uno de los hombres de mi padre alejarse corriendo, cuando entré ella logró decirme su nombre, pero no pude hacer nada.

Thorir envenenó a Orm sabiendo que el hombre estaba cegado por la pérdida, lo suficiente para no recapacitar y poner en tela de duda sus palabras.

Completamente perdido Orm recogió a sus niñas y recorrió la distancia que lo separaba del poblado a pie. No sentía cansancio o pena, la venganza lo alimentaba. Antes de entrar en la casa del jarl dejó a las niñas en brazos de una de las mujeres que allí había, no tenía pensado perder, sin comprender, que el jarl no era un niño pequeño y tampoco jugaba limpio.

—¡Tú! —Fue lo único que sus labios soltaron, antes de saltar sobre el jarl. Orm apretó la empuñadura de su espada dispuesto a todo, no llegó ni a acercarse cuando el jarl alzó el brazo y una flecha atravesó el corazón del hombre.

Cuando el jarl se acercó y pateó la espada de Orm para lanzarla lejos, el hombre seguía tratando de, con las últimas fuerzas que le quedaban, aferrar la bota del jarl y morderlo si era preciso. La idea de dejar solas a sus hijas fue lo que lo martirizó antes de morir, su último pensamiento consciente.

El jarl no podía comprender su actitud, aunque sospechó que algo sucedía al ver el rostro de su hijo. No podía explicarlo, no obstante, las entrañas le decían que Thorir había tenido algo que ver.

—¡Mujer! —le gritó a una de las esclavas que llevaba a Eyra en brazos —Tráeme a mis nietas y busca a mi hija.

—Padre. Ondina a muerto. Pobre mujer, nunca tuvo la fortaleza necesaria para poder... —dijo Thorir, antes de que su padre, completamente ido, le lanzase uno de sus puñales.

—Has sido tú. —Lo acusó el jarl.

—Padre, ¡era mi hermana!

—Vete, corre como la rata que eres antes de que te rastree y te de caza. Si algún día vuelvo a verte te despellejaré vivo antes de darle los restos a los perros.

—Pero padre, ¿por qué me acusas de algo tan horrendo? Era mi hermana y la amaba.

—¿Acaso crees que no sé lo que has hecho todos estos años? ¿Crees que desconozco todas las muertes que manchan tus manos? Te has desecho de ella creyendo que de esa forma serías jarl. —Sopesó la idea de lanzar otro puñal, guardando la duda de si verdad llevaba su sangre en la punta de la lengua. Se contuvo por esa misma duda—. ¡Corre! ¡Fuera!

Thorir huyó e, incluso entonces, los veía a todos como estúpidos incapaces de saber todo lo que él había hecho. Miró de reojo a su padre que nunca tendría respuestas, que se ahogaría en la pérdida sin remedio. El odio del viejo lo haría fuerte, impenetrable, cruel incluso.

—Padre, te he dejado sin nada, sin ella —susurró Thorir, llegando hasta un caballo y tendiéndole una bolsa de oro a una mujer—. Llévate a esa niña, no me importa lo que hagas, mas has de hacerla desaparecer. ¿Lo entiendes?

La esclava tenía demasiado miedo para negarse, no obstante, quiso el destino encaminarla hacia los padres de Orm que, al reconocer el símbolo que pendía del cuello del bebé, la interrogaron hasta conocer la historia.

—Mujer, ¿sabes lo que haces? —preguntó el abuelo paterno mientras seguía tallando una cuna.

—No podemos devolvérsela a ese cabrón. Ya hemos perdido mucho por su culpa —replicó la abuela mientras acariciaba la mejilla de la niña y lloraba por su propio vástago—. Le dije que esa mujer acabaría causando su muerte. ¿Por qué nunca me hace caso?

—Vieja, está con los dioses.

—¿Y por qué esos viejos dioses se empeñan en llevarse a todos mis hijos? ¿Por qué no me llevan a mí?

Entonces el abuelo paterno comprendió que no podría dejarla sin nada.

—Porque debíamos cuidar de Nanna, ¿te gusta el nombre? —El amor, que durante tantos años los había mantenido unidos, brilló en sus ojos cuando, y a pesar de las arrugas, se acercaron y besaron con pleitesía—. Cuidaremos de ella.

La historia que Snorri narraba no contaba con tantos detalles, ni siquiera pudo decir si la hermana de Eyra continuaba con vida. Lo único que podía aportar era que uno de los hombres que volvió del mercado aseguraba haber visto a Eyra allí cuando debía estar en el norte. Solo eso, un clavo ardiendo que era suficiente para hacer que la vikinga sonriera feliz.

—No estoy sola. —Y lloró amargamente por el resto. La pérdida e, incluso, la compasión que sintió por su abuelo—. Puede que algún día nuestros caminos vuelvan a cruzarse.

—¿No la buscarás? —preguntó Snorri sin creerla.

Ella se lo pensó, entonces decidió rendirse. El tiempo le daría las respuestas que ahora le costaba tanto encontrar. No podía seguir adelante, era el momento de descansar y disfrutar de lo que había logrado.

Miró los ojos verdes de su vikingo con auténtico anhelo, queriendo creer que seguiría siempre a su lado por mucho que ella pudiera equivocarse. ¿Era posible? Necesitaba intentarlo.

—No, debo cuidar de Ása y de mi pueblo. —La niña, como si hubiera escuchado que la nombraban, entró corriendo y se dirigió hacia los brazos de su nueva mamá—. ¿Veis?

Wulfstan estaba tallado en piedra, nadie podría adivinar lo que pensaba, Snorri se acercó y las envolvió a ambas.

>> Si algún día decide regresar o nuestros caminos se cruzan le ofreceré un hogar que siempre la extrañará.

Capítulo 31

Eyra quería comprender los motivos de Snorri y, aunque los entendía perfectamente, seguía sintiéndose traicionada.

No importaba lo mucho que él tratase de contentarla, a todas horas lo observaba desconfiada, esperando verlo desvanecerse y olvidarla. Dejarla atrás sin preocuparse de cómo estaba, de si lograría superar su partida.

Aquella tarde, dos semanas después, Eyra había retomado los entrenamientos y disfrutaba mientras le enseñaba a Ása a defenderse con una espada de madera. El resto de los muchachos miraba a Ása con envidia, la niña hinchaba el pecho y echaba la lengua a diestro y siniestro.

Ása saltó asustada cuando Eyra la engañó y se deslizó tras ella, para alzarla entre sus brazos después y hacerle cosquillas. Quien la conocía ya no veía en su interior a la guerrera implacable, aunque eso no restaba en absoluto su fortaleza, determinación y liderazgo.

Eyra había impuesto normas estrictas y castigos que lograban que nadie quisiera desobedecerla y, sin que su pueblo se percatase, la paz se fue estancando entre sus gentes.

—¿Puedo invitarte a dar un paseo? He cogido algo de comida y le he pedido a Lena que cuide de Ása. ¿Una noche? —sugirió Snorri tomándola por la cintura y bailando con ambas mujeres. Ása trató de empujarlo, Snorri no cedió al tiempo que se perdía en el azul más hermoso.

—¿Por qué? —La desconfianza de ella le hizo daño, Snorri no se dio por vencido.

—Debes acompañarme para descubrirlo.

—No. —Ella se deshizo de su abrazo y, con su hija en brazos, se alejó.

—Por favor. —La tomó del brazo y la detuvo. Era honesto mas, ¿cómo demostrárselo? Entonces se acercó a su oído y susurró —: Debes hacerlo para averiguar si tenemos una oportunidad juntos. Para ver si queda algo que salvar, habrás de dejarte caer en mis brazos.

—No puedo... —susurró ella, mirando el rostro preocupado de la niña —Si me traicionas no solo me harás daño a mí.

—Necesito devorarte, necesito consumirme entre tus brazos y demostrarte que debes ser mía —resumió a grandes rasgos el vikingo, aproximándose a su oreja y, cogiendo el lóbulo entre los dientes, comenzó a jugar con maestría.

El calor ascendió con rapidez, hasta el punto que Eyra bajó a Ása y la mandó a jugar. Se giró llevada por los mil demonios, por un calor imposible de apaciguar si no era incrementándolo de tal forma que su piel amenazaba con derretirse.

Eyra lo observó y, al perderse en el verde de sus ojos, recordó a Odd. Miles de recuerdos que entonces parecían insignificantes y que, con los años, habían tomando nuevos significados. Cuando Eyra alzó la mano hacia el rostro de Snorri, dejando una caricia sobre su piel, no era a él a quien le regalaba todo su corazón. Puede que, en cierta forma, su amor les perteneciera siempre a ambos.

—Iremos lejos y tendremos una pequeña granja —relató Odd esa mañana, tantos años atrás, mientras se tumbaban sobre la hierba húmeda por el rocío. Alzó la mano y comenzó a narrar miles planes que ayudaban a la niña, que Eyra era entonces, a alejarse del tormento que vivía.

Ese era su pequeño remanso de paz, Eyra se giró y se quedó observando el rostro ilusionado de Odd. Se perdió en el brillo de sus ojos, en su inmensa sonrisa, en su capacidad de creer que era posible.

“Es una mañana hermosa”, le concedió ella, aunque sin palabras. Se dejó llevar por una bonita historia, se perdió en ella hasta tal punto que pronto se encontró haciendo una pregunta peligrosa:

—¿Y si no podemos protegerlos? —Niños, una familia, un hogar. La idea de lograrlo y perderlo, de llegar un día y descubrir que estaban muertos, era un pensamiento macabro que, una vez llegó no pudo alejar. Eyra contuvo el aliento esperando que Odd encontrase una solución a sus miedos, sin comprender que él también era solo un muchacho, por mucho que hiciera su mejor esfuerzo por hacerla sonreír.

Odd se dejó llevar y se volvió hasta que acabaron frente a frente. Abrió la boca varias veces, en ninguna encontró nada importante que decir. Tenía miedo de perderla, tampoco mentiría para mantenerla a su vera. Por eso prefirió confesarse:

—Siempre seré débil, siempre tendré miedo, pero sé que si te tengo a mi lado soy capaz de todo. Juntos somos libres, invencibles —susurró el joven, poniendo su corazón en lo que era mucho más que algo que soltaba por el momento. Eran ideas que nadaban en su interior desde siempre, desde el mismo instante en el que la conoció—. No los dejaremos solos y no tendremos que llorarlos porque, si algún día se van al otro mundo, será porque nosotros hemos abandonado éste antes.

—¿Lucharemos?

—Juntos. —Y tomó la diminuta mano de Eyra para entrelazar sus dedos, un gesto inmenso que los hizo temblar y consumirse. Un gesto que convirtió las horas en segundos y que hizo que Eyra pudiera soportar el entrenamiento de la tarde con fuerzas renovadas.

Pero no habían tenido ningún futuro. Odd quiso pelear por ella, Eyra no estuvo a su lado y Odd murió. ¿Fue su culpa? Incluso ahora tenía miedo solo de pensar en su abuelo, ¿dejaría algún día atrás todos los fantasmas que la rodeaban?

Regresó al presente y miró a Snorri. Tan hermoso, capaz de hacerla temblar con una caricia, de hacerla volar con un beso y de destruirla sin esfuerzo. Lo observó queriendo confiar, queriendo creer.

—Si debo matarte lo haré. Tengo a alguien que depende de mí —comentó ella, abriendo una fina rendija en su corazón por la que él comenzaba a colarse de nuevo.

Snorri la tomó y la hizo girar, ella quiso reír y no comprendía por qué le costaba tanto ceder a ese impulso. Era como si no mereciera ser feliz, como si fuera mucho más cómodo mantenerse dentro de la oscuridad. Se había acostumbrado a su tristeza y ahora no sabía regresar de ese abismo.

>> Tengo miedo —confesó Eyra.

—Lo sé. Yo también.

—¿Un guerrero como tú?

—Me aterra perderte, que te vayas a donde no pueda alcanzarte. Me aterra que no puedas perdonarme, me aterra que no vuelvas a mirarme con esa ilusión que, incluso cuando querías no sentirla, nos acercaba sin remedio. —Ella se mordió el labio esperando un beso necesario, casi obligatorio.

Se perdieron en ese intercambio de saliva en el que Snorri no podía dejar de pensar en lo mucho que se jugaba.

Capítulo 32

Tras tanto tiempo entre la vida y la muerte la vieja regresó al mundo de los vivos. Lo hizo con una sonrisa orgullosa en los labios y mil preguntas que lanzar, lo hizo con la voz de una niña curiosa que ya deseaba ponerse en pie para irse a jugar con Ása.

Fue extraño ver la reacción de Ása. Lejos de miedo o desconfianza, la pequeña aceptó la palabra de la anciana, si ella decía que tenían la misma edad, ¿por qué habría de dudar? Sencillamente se acercó al camastro y comenzó a contarle pequeños secretos y aventuras que había llevado a cabo, invitando a la anciana a participar en sus próximos proyectos.

Eyra se quedó mirándolas pues, incluso cuando la que hablaba decía ser una niña, se percató de que la anciana colocaba la mano sobre la cabeza de Ása y la acariciaba como si fuera su abuela. Un gesto de protección y auténtico cariño que ella atesoró sin atreverse a romper un momento tan hermoso.

—Tuvimos miedo —reconoció Aren por la boca de la vieja—. Yo gritaba muy fuerte para avisar a Eyra, gritaba mucho, mucho, pero la señora que vive desde siempre con nosotros no me dejó salir.

—¿La señora? —preguntó Ása curiosa.

—Somos muchos —compartió con complicidad Aren, con ese tono agudo desgastado que hacía chirriar los oídos del resto cuando se emocionaba demasiado. Su boca creó profundos surcos cuando trató de darle un número en concreto, aunque desistió al momento, al no encontrar importancia en dicho dato—. Sin embargo, pocos quieren salir. Dicen que no es necesario, —Entonces se aproximó a la oreja de Ása y susurró, aunque lo suficientemente fuerte para que Eyra también la oyese —: Algunos nunca hablan, se mantienen en las sombras. Me dan miedo, aunque Daven dice que solo están cansados. Han visto mucho dolor en el mundo y prefieren dormir.

—¿Dónde están? —inquirió Ása, mirando a ambos lados, incluso oteando debajo del camastro, con algo de miedo por si una mano aparecía entre la oscuridad.

—¡Aquí! —Con voz infantil la anciana se señaló el pecho, orgullosa, pues nunca volverían a estar solas.

Eyra se aproximó y, tras tomar una silla, dejó caer los dedos con suavidad sobre el pelo de Ása.

—Cariño, déjanos solas. Tenemos que hablar —pidió Eyra, no precisó más. Sus palabras eran órdenes para su hija que, ansiosa por volver a jugar con los perritos que acaban de nacer, se alejó al trote.

Eyra esperó a que la puerta se hubo cerrado tras la niña para suspirar y soltar el miedo que había sentido, mezclado con culpa, por haber sido causante de la herida de la vieja.

—Gracias —soltó de sopetón. Sin saber cómo ser delicada o tierna, aferró la mano de la anciana con brusquedad y la apretó en lo que, para ella, era un gesto de apoyo—. No vuelvas a

hacer nada parecido jamás. Si lo haces yo misma te mataré. —Eyra no asimilaba que otros la protegieran, menos personas como su viejecita.

—Me haces daño... —gimió Ása, para retirarse con rapidez. La guerrera esperaba ver aparecer a Daven, no fue así.

El silencio se extendió, los ojos, cada uno de distinto color, que ahora la observaban lo hicieron sin pestañear ni una sola vez. Una mirada penetrante que escondía muchos secretos y miedos, que tenía mucho que decir, mas no una voz que poder usar.

>> ¿Qué sucede? ¿Quién eres? —preguntó la vikinga despacio, no era la primera vez que se topaba con una de las personalidades menos sociable de la anciana.

En lugar de responder la vieja comenzó a llorar, cansada, agradecida por haber logrado algo de valor en su asquerosa vida. Durante toda su existencia había creído que habría sido mejor que no hubiera nacido, ahora había encontrado un motivo.

Palmeó el rostro de Eyra y la vikinga no supo cómo reaccionar.

>> ¿Te encuentras bien? ¿Te duele algo?

Entonces la arrugada mano de la vieja acabó sobre su corazón que, incluso feliz por saber que su Eyra estaba a salvo, notaba cómo le costaba latir con normalidad. Miró las paredes de la choza, los utensilios y botellas. Antaño había vivido en un lugar parecido, parecía que había sucedido mil vidas atrás.

Con dificultad apartó las pieles y llevó sus carcomidos pies al suelo. Sin preocuparse del frío o de cubrirse se puso en pie y se aproximó a la ventana, señaló una de las montañas más alejadas, que ahora permanecía nevada, y carraspeó.

>> ¿Quieres regresar a la cabaña? ¿Quieres salir afuera? —intentó varias veces Eyra. En cada una de ellas la anciana negó sin lograr hacerse entender.

Con decisión señaló el mismo punto hasta que se volvió impotente. Hablar, sacó la lengua y posó los dedos sobre una cicatriz que solo el fuego podía haber dejado.

>> No logro comprenderte.

Entonces la vieja se golpeó el pecho, una y otra vez, hasta que Eyra aferró sus manos por miedo a que se hiciera daño.

>> ¿Qué sucede? Dime algo, por favor, dime algo.

Con resignación la anciana negó cansada, habiendo perdido toda identidad y capacidad de vivir sin las personalidades que la acompañaban. Solo observar lo que sucedía, solo eso lograba hacer. Se retiró a ese lugar oscuro en el que, antaño, se había refugiado, permitiendo que Daven tomase el control y resolviera parte de las dudas de Eyra, dejando de paso muchas más incógnitas.

—Es su hogar —resumió con rabia el hombre—. Tú no eres como ellos. Merecías vivir.

—¿Qué le han hecho? ¿Por qué no puede hablar?

—La marcaron, lo hicieron de tal forma que ella olvidó quién era. —Aunque Daven todavía lo recordaba. La vieja era importante, poderosa y merecía justicia, solo que no podían darle lo que la misma anciana temía.

—Yo podría... —comenzó Eyra.

—No, no está preparada. Puede que nunca lo esté. Además, ¿importa? Todos están muertos ya —aseguró Daven, regresando al camastro y volviendo a cubrirse. Él amaba a la anciana, la quería como hombre, como nadie lo había hecho. La protegería siempre—. No te preocupes, le has dado un bonito recuerdo del que estar orgullosa.

—¿Yo? —se sorprendió la vikinga.

—Le diste valentía, amor y respeto. Le diste la fuerza para salir después de tantas décadas.

Capítulo 33

—Nos vamos —anunció Snorri tomándola de la mano.

Eyra miró a los presentes con miedo, dejando que la arrastrase lejos de quienes la apreciaban. Debía confiar, no le pedía mucho... Besó de nuevo el rostro de Ása antes de despedirse, prometiéndose que lucharía con uñas y dientes para regresar a su lado de ser preciso.

Cuando llegaron a la linde del bosque Snorri se detuvo, ella dio un paso hacia atrás cuando lo vio buscar algo en un pequeño zurrón que llevaba al hombro.

—¿Qué haces?

—Te pedí que confiases —le recordó Snorri.

—No dejaré que me ates —replicó ella con acidez.

—Solo quiero tapar tus ojos.

—No lograrás engañarme. Puedo sentir el curso del viento, conozco este bosque y sus senderos. —Él quiso acercarse, ella golpeó su rodilla y lo hizo caer—. Ni lo intentes.

—Dijiste que lo harías.

—Sé lo que dije, pero no me gusta. —Se cruzó de brazos—. Eres un traidor, un hombre sin palabra que no vale nada. No comprendo por qué sigo tratando de justificarte, yo habría luchado contra el mundo mismo por protegerte.

—Lo sé. —Snorri aceptó cuanto ella dijo, era cierto.

—¿Lo sabes? ¿Qué sabes? Deseaba tus besos y me despellejabas la espalda con el látigo. Me enfrenté a cuanto conocía por protegerte, te concedí todo cuanto pedías incluso sabiendo que me ponía en peligro.

—Lo sé.

—¡Deja de decir eso!

—Te amo. —Con voz grave y el corazón desbocado la observó, pareciera que la hubiera apuñalado. Eyra retrocedió con los ojos a punto de salirse de sus cuencas—. Te amo y merezco que me tortures, que me golpees hasta que nadie pueda reconocerme.

Tomó la mano de ella y dejó un látigo sobre la palma.

>> Mi intención era llevarte a la cueva, donde nadie pudiera escuchar mis gritos.

—No lo digas. No lo haré.

—¿Cómo perdonarme por todo cuanto te hice? Eras la única en la que debía confiar y no pude. No logré separarme de quien era para conocerte, para descubrirte. —Scarició la muñeca femenina con los dedos sin llegar a soltarla, impidiéndole de paso lanzar el látigo lo más lejos que pudiera—. Traté de protegerte como sabía.

—Lo sé. —Al darse cuenta de lo que había soltado Eyra sonrió—. Evitaste que me matasen, que me golpease otro y las heridas fueran demasiado profundas.

—No debí permitir que te atrapasen, pero tenía mucho miedo de no volver a verte.

—Cállate...

No lo hizo, en su lugar tiró de ella hasta sentir que caía sobre sus brazos y la envolvió. Tomó su boca con la desesperación de un condenado, de quien intenta entrar en el pecho de la misma que ya había traicionado. ¿Cómo luchar contra una desconfianza que se había ganado a pulso? ¿Cómo hacerle creer que en la batalla no la dejaría sola?

No podía.

—Iremos a la cueva y me harás lo que quieras. Colócame las cadenas, seré tu esclavo de por vida si no me apartas de tu lado.

—¿Mi esclavo? —Entonces parpadeó al recordar cómo habían comenzado. Nunca fue real, nunca lo trató como tal. Eran palabras que la protegían de una necesidad que no fue capaz de controlar.

—Lo soy, lo seré siempre. Te he observado durante los últimos días, sin valor para acercarme más y lo único que sé es que esta distancia duele demasiado. No soy un hombre de palabras hermosas, no soy más que un guerrero que deja su vida en tus manos para que hagas con ella lo que gustes. —Se arrodilló sin dejarla ir, resbalando por el cuerpo femenino y enterrando la nariz en la entrepierna de ella.

Inquieta Eyra quiso apartarse, él no se lo permitió.

>> Haré que disfrutes. —Y movió la nariz suavemente—. Haré que vendas en combate.

—Para —pidió Eyra sin aliento.

Trató de alejarlo, de evitar que Snorri siguiera apartando la ropa y se abriera camino hacia sus labios más íntimos.

—Dime que no lo deseas.

—Para, por favor —suplicó ella sin aliento. Dejó caer la cabeza hacia atrás sin fuerzas cuando la punta de la lengua masculina golpeó un trocito diminuto de carne—. ¿Qué haces? No... —El gemido salió disparado al sentir que él succionaba y seguía jugando a descubrir cada hueco, cada pliegue de carne.

—Hueles a promesa, a vida.

—No digas eso, para por... ¡Oh!

—¿Te gusta? Mi jarl, mi diosa, dime que lo estás disfrutando tanto como yo.

—Sí, sí, lo hago.

—¿Quieres que me detenga?

—No, no lo hagas. —Cambió de idea con rapidez, tanto, que aferró los cabellos de su amado y lo obligó a permanecer arrodillado, a dejar la lengua en el mismo lugar al tiempo que ésta zigzagueaba y trazaba senderos escurridizos que hacían que las piernas femeninas temblasen—. ¡Más fuerte!

—Como deseas. —El aliento cálido que acompañó esas palabras la hizo temblar. Ella se aferraba a esos mechones de pelo con auténtica desesperación, sin comprender que un placer semejante pudiera existir. ¿Cómo lograba arrebatarse las fuerzas y, al mismo tiempo, conseguía que quisiera correr hasta el infinito y regresar?

No obstante, algo estaba a punto de deshacerse en su vientre. Ella apretó los ojos dejándose ir, alejando los malos pensamientos y sonriendo completamente plena al hombre que, relamiéndose como un gatito satisfecho, se alzó ante ella.

>> ¿Me permitirás ahora que te tape los ojos?

Ella dudó, él sonrió y Eyra asintió.

Tras colocarle la venda él se convirtió en su guía. Los sentidos de la vikinga se afilaron notando las caricias “despistadas” que dejaba sobre el cuerpo femenino en los lugares más inadecuados. Mucho antes de llegar al destino marcado ambos tuvieron que hacer un descanso y se dejaron caer sobre la hierba. Ella lo observaba en silencio.

—Parece sencillo —logró soltar al final.

—Debe serlo —aseguró Snorri—. Eres mi mujer, siempre lo has sido.

—¿No eras mi esclavo?

—Para ti lo soy todo.

Seis meses después

De nuevo en la cueva, la última vez que estuvieron allí habían tenido sexo como animales. Ambos mantenían el recuerdo fresco cuando entraron, también cuando se devoraron la boca.

—¿Crees que Ása estará bien? —preguntó Eyra girándose entre sus brazos.

—No dejarán que le pase nada —la consoló él, comenzando a deshacerse de las prendas femeninas sin que ella llegase a percatarse de lo que hacía.

—Pronto habrá guerra. Lo noto, lo huelo. —Y alzó el rostro para darle más énfasis a su afirmación.

—Es posible. No podemos dejar solos a los que nos importan, ellos son tu familia y por eso también la mía. —Eyra rodeó el cuello de su hombre con auténtica adoración—. Esposa mía, ¿tengo que esperar mucho más para lanzarme sobre ti?

—¿A qué estás esperando?

—A que dejes salir todo lo que te preocupa para pensar solo en mí —ronroneó él cerca de su oreja.

—No veo cómo podrías lograr eso.

—¿De verdad? —inquirió Snorri dejándose caer de rodillas.

—¡No! ¡Eso no!

Ella trató de escapar, él aferró sus manos y sonrió de medio lado de forma perversa.

—¿De verdad, esposa mía?

Iban a irse cuando Eyra posó los dedos en el medallón que descansaba sobre su pecho. Ese árbol de largas raíces que perteneció a su padre, ahora lo sabía.

“Hermana, ¿dónde estás? ¿Nos veremos algún día?”

Un medallón muy parecido adornaba a otra mujer muy lejos de allí, que pronto comenzaría su historia.

Agradecimientos

Muchas gracias por leer mi libro y por dedicarme vuestro tiempo, muchas gracias por ayudarme a cumplir mi sueño, muchas gracias simplemente por seguir ahí.

Pediros que lo puntuéis para ayudarme a mejorar, pues es una recompensa invaluable que agradezco de corazón.

Facebook: EscritoraARCid

Instagram: a_r_cid

Os espero...